



Las cosas que nunca dijimos



*Porque hay palabras que
merecen ser pronunciadas a tiempo.*

GUSTAVO MOLINA ZAFRA

EL BOQUERÓN BOOKS

LAS COSAS QUE NUNCA DIJIMOS

GUSTAVO MOLINA ZAFRA

LAS COSAS QUE NUNCA DIJIMOS



Porque hay palabras que merecen ser pronunciadas a tiempo.

El Boquerón Books

Las cosas que nunca dijimos

© Gustavo Molina Zafra, 2026

El Boquerón Books

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. El barrio de Las Cañadas y el mirador de Santa Inés no existen, aunque Málaga está llena de sitios parecidos. Cualquier parecido con personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*A la persona en la que estés pensando ahora mismo.
Llámalas. Este libro puede esperar.*

NOTA DEL AUTOR



Este libro está hecho de cosas pequeñas: un audio que se quedó sin escuchar, una silla vacía, un reloj que alguien llevaba a revisar todos los años, una carta que nunca se echó al buzón. Ninguna de esas cosas es un acontecimiento. Ninguna saldría en un periódico. Y, sin embargo, cuando miramos atrás, casi siempre es ahí donde se nos ha quedado algo enganchado.

Las doce historias que vas a leer son independientes. Puedes leerlas por separado y dejarlas a la mitad, como se deja una conversación, aunque la última se entiende mejor si llegas a ella después de las demás. Todas viven cerca del mismo barrio y, si te fijas, casi todas acaban rozando el mismo banco. No he querido explicar del todo cómo se tocan unas con otras. Me parece que la vida funciona así: uno se cruza con gente sin saber que lleva dentro una parte de su propia historia.

No he escrito un libro triste, aunque en él hay muertes, hospitales y despedidas. Tampoco he escrito un libro de consejos. Nadie aquí aprende la lección a tiempo, ni del todo, ni de la manera correcta. Algunos llegan tarde. Otros llegan justo. Alguno no llega. Como pasa fuera de los libros.

Lo único que me gustaría es que, en algún momento de la lectura, levantes la vista de la página y te acuerdes de alguien. Si eso ocurre, este libro ya habrá hecho su trabajo. Lo que hagas después es cosa tuya.

Al final de cada relato encontrarás una página con una pregunta y unas líneas libres. No es un examen. Es un sitio para que escribas, si quieres, lo que a ti te quedó por decir. Nadie lo va a leer, salvo tú. O, quién sabe, salvo esa persona.

Gustavo Molina Zafra

PRÓLOGO



El olivo

Antes de que hubiera barrio hubo un olivo. Nadie sabe quién lo plantó. Los viejos de Las Cañadas dicen que estaba ahí cuando sus abuelos subían las cabras por la ladera, y los viejos de entonces decían lo mismo de los suyos. Es un árbol que ha aprendido a no tener prisa. Se retuerce despacio, como quien se da la vuelta en la cama sin despertarse del todo, y cada otoño suelta unas aceitunas pequeñas y amargas que ya no recoge nadie, salvo los gorrones.

Debajo, desde hace más de sesenta años, hay un banco.

Al banco lo han pintado de verde, de verde otra vez, de un verde más claro que no gustó a nadie y, al final, de marrón. Le han cambiado dos listones y una pata. Han dormido en él borrachos, novios, estudiantes en vísperas de exámenes y un perro que nadie reclamó durante una semana entera de agosto. Se han dado en él besos que acabaron en boda y besos que acabaron en nada, y se han dicho cosas, muchas, y se han callado muchas más.

Si uno se sienta, se ve la bahía entera. El puerto, con sus grúas como animales pacientes. Los barcos que entran y los que se van. La catedral, que desde aquí arriba parece más pequeña de lo que es. Los montes, al fondo, que cambian de color según la hora. Por la tarde, el sol se pone a la derecha y pinta el agua de un naranja que los turistas fotografían y los vecinos ya ni miran.

En el listón central del respaldo hay unas letras grabadas a navaja. Están casi borradas por la lluvia, la pintura y las espaldas. Quien las mira con atención lee: *J y M 1964*. Nadie del barrio sabe quiénes eran J y M. Se ha hablado de ello alguna vez, en la cola del pan o en la barra de la cafetería, y se ha dicho de todo: que eran dos novios que se fugaron, que era un marinero

y una muchacha del barrio, que era un crío haciendo el tonto. Nadie lo ha preguntado en serio, porque las iniciales de los bancos son como las cicatrices de los demás: se ven, pero no se pregunta.

Este libro no trata del olivo ni del banco. Trata de las personas que pasan por debajo. Unas suben la cuesta todos los jueves. Otras solo una vez en su vida. Algunas no llegan a subir nunca, pero viven tan cerca que, si abren la ventana, oyen las sirenas de los barcos.

Todas tienen algo que no han dicho.

El olivo, que lo ha oído casi todo, no se lo va a contar a nadie. Los árboles son así. Pero quizá, si uno se sienta un rato en el banco y deja de mirar el teléfono, acabe oyendo algo.

Siéntate.

ÍNDICE

Nota del autor.....	7
Prólogo. El olivo.....	9
1. La última llamada.....	13
2. Los domingos a las dos.....	27
3. El reloj de papá.....	43
4. Las manos de la abuela.....	57
5. Habitación 214.....	69
6. La carta sin sello.....	87
7. Cuando ya no me recuerdes.....	101
8. El banco de los jueves.....	115
9. Perdóname, hermano.....	129
10. La caja de zapatos.....	145
11. Todavía estás a tiempo.....	159
12. Las cosas que nunca dijimos.....	173
Epílogo. El jueves siguiente.....	189
Carta al lector.....	191
Agradecimientos.....	193
Sobre el autor.....	195

UNO

LA ÚLTIMA LLAMADA



ERAN VEINTITRÉS. DANIEL LOS contó dos veces en el tren, a la altura de Puertollano, con el pulgar bajando despacio por la pantalla como quien cuenta billetes delante de un cajero que no se fía. Veintitrés micrófonos verdes, todavía sin reproducir, repartidos entre el catorce de enero y el veinte de marzo. El chat se llamaba «Mamá» y tenía al lado un altavoz tachado, el silencio que él mismo había puesto en otoño de 2022, después de que la voz de su madre sonara a todo volumen en mitad de una presentación ante el Ministerio, con el proyector encendido, explicando que en Atarazanas el boquerón estaba a nueve euros y que eso era un robo.

El hombre de enfrente dormía con la boca abierta y un periódico doblado sobre el pecho. Daniel se puso los auriculares, comprobó que estaban conectados al teléfono y no al portátil, y pulsó el primero.

Hola, hijo. Nada, que estoy aquí en la cocina. (Una cuchara contra un cazo.) Que ha salido un sol que da gloria y yo con la rebeca, fijate, que parece mayo. Oye, ¿tú comiste el otro día lo que te dije, las lentejas con...? No, espera, que eso se lo dije a la Paqui. Bueno, da igual. Que te abrigues, que allí sí hace frío, lo he visto en el tiempo, menos dos en Madrid, menos dos, qué barbaridad. Bueno, no te entretengo. Un beso.

Lo escuchó entero. Luego miró por la ventana, olivos en filas, un tractor parado en un camino, y no pulsó el segundo.

La Cuesta del Olivar seguía teniendo la misma inclinación absurda de siempre. A última hora de aquel miércoles de abril olía a azahar de los naranjos de la plaza y, más arriba, a sofrito, a ropa tendida, a lejía de alguna escalera recién fregada. Un gato atigrado lo vio pasar desde el capó de un coche sin moverse. Daniel llevaba la maleta cogida del asa, en vilo, porque en aquellos escalones las ruedas no servían para nada, y la americana colgada del brazo.

En el número 14 la puerta del portal estaba sujeta con una cuña de madera. En el segundo, la luz del temporizador se apagó y tuvo que buscar el interruptor a tientas, como de niño. Antes de que llegara al tercero, se abrió la puerta del A.

—¡Daniel! Ya decía yo que eran tus pasos.

—Hola, Paqui.

—Mira cómo vienes. Deja eso ahí, hijo, que no se lo lleva nadie.

Paqui era bajita, con el pelo recién teñido de un caoba muy decidido y unas zapatillas de felpa a cuadros. Le dio dos besos, le agarró el brazo y estuvo mirándolo de abajo arriba sin soltarlo, con la cabeza ladeada, como si le tomara medidas para un traje.

—Estás más delgado.

—Será la chaqueta.

—No es la chaqueta. ¿Has comido?

—En el tren.

—En el tren —repitió ella, igual que si él hubiera dicho «en una gasolinera»—. Espérate.

Desapareció dentro. Por la puerta entornada se veía un mueble zapatero y, encima, un jarrón de flores de tela y la foto de un hombre con bigote y uniforme de conductor de autobús, riéndose de algo que pasaba fuera del encuadre.

Paqui volvió con una bolsa de plástico atada con dos nudos.

—Croquetas, que son de ayer. Y nísperos, que me los ha traído el Javi y yo sola no me los como. Las llaves las tienes, ¿no?

—Las tengo.

Ella asintió y se colocó bien la rebeca. Por un momento pareció que iba a decir algo más.

—He subido a abrir las ventanas el martes y el sábado, para que no huela a cerrado. Y he regado los geranios. Lo demás no lo he tocado, ¿eh? Que eso es cosa tuya.

—Gracias, Paqui. De verdad.

—Anda, anda. Si necesitas algo, das un golpe en el suelo, que yo te oigo.

—Sería en tu techo.

—Pues en el techo. —Se rio, y la risa se le quedó en la cara un poco más de lo necesario—. Venga, sube.

* * *

El piso olía a su madre, un olor que Daniel no habría sabido describir y que reconoció de golpe nada más abrir: colonia de lavanda, suavizante, algo de cocina, un fondo de papel antiguo que venía del aparador. Las persianas estaban a medio bajar y la luz entraba en franjas sobre el sofá de flores, donde seguía la manta de ganchillo doblada en el brazo derecho, el lado donde ella se sentaba.

En la puerta de la nevera, bajo un imán de la Alhambra y otro con forma de sardina, había un calendario de farmacia con los días tachados hasta el veinte de marzo. Todos los jueves tenían un circulito a bolígrafo en la esquina del número. Debajo, una lista con la letra redonda de Carmen: *pan, aceite, fregasuelos, pilas mando, café, anís chico*.

Daniel abrió el portátil en la mesa de la cocina, apartó el frutero y creó una hoja de cálculo. La tituló «Piso Cuesta Olivar». Escribió tres columnas: *Guardar, Tienda / donar, Tirar*. Luego se quedó con las manos quietas encima del teclado.

Le sonó el teléfono. Era Sonia.

—¿Has llegado?

—Acabo de llegar. He hecho un Excel.

Hubo una pausa al otro lado.

—Claro que has hecho un Excel.

—Tres columnas.

—¿Solo tres? Estás mayor. —Él oyó que ella sonreía—. Alba sabe que estás allí. Le he dicho que te escriba.

—¿Y qué ha dicho?

—«Vale».

—Pues vale.

—Daniel. Que no hace falta que lo hagas todo esta semana. Ni en junio. Se puede pagar a alguien.

—Ya lo sé.

—Ya sé que lo sabes. Te lo digo para que te lo oigas decir a ti mismo.

A él se le escapó una risa por la nariz. Sonia había sido siempre así, incluso en los peores meses del divorcio, que no habían sido muy malos: le devolvía sus propias frases como quien devuelve una pelota que se ha colado en el jardín. Le contó que Alba se había vuelto a cortar el flequillo ella sola en el baño.

—¿Y qué tal le queda?

—Mal no le queda. Pero no se lo digas, que entonces se lo deja crecer.

Cuando colgó, la cocina estaba más oscura. Encendió el fluorescente, que tardó en arrancar con su parpadeo de siempre, y bajó en el chat hasta el segundo micrófono verde.

Dani. Hola, cariño. Que acabo de subir de casa de la Paqui, que me ha invitado a un poco de arroz porque le sobraba, dice, le sobraba, ella hace arroz para un regimiento. (Una puerta que se cierra.) Ay, perdona. Y nada, que abí estaba la mesa puesta para todos, y no ha venido nadie, que el Javi trabajaba y la Lucía tenía guardia. Y la silla de él con su servilleta. La Paqui sigue con sus domingos a las dos, como si Rafael fuera a llegar del turno. Yo no le digo nada. Cada uno se apaña como puede. Bueno. Que estaba muy rico el arroz, que tenía un punto de... no sé lo que tenía. Le pregunto y te lo digo. Un beso, hijo.

Daniel escuchó también el final, la parte en que su madre ya había dejado de hablar y el dedo todavía no había soltado el botón: un roce de tela, una respiración, el clic. Miró hacia el suelo, hacia el piso de abajo, donde Paqui veía un concurso con la silla de su marido junto a la ventana.

Cenó dos croquetas de pie, apoyado en la encimera. Estaban buenísimas. Se comió una tercera.

* * *

El jueves empezó por lo fácil. Lo fácil, según la hoja de cálculo, eran los papeles: el banco, los recibos, la pensión de viudedad, la escritura, el seguro de decesos que su madre había pagado desde 1979 y que, efectivamente, lo

había cubierto todo, hasta las flores. Estaban en el secreter del salón, un mueble oscuro de tapa abatible que había sido de la abuela y que Daniel, de pequeño, tenía prohibido abrir porque la tapa se caía «y te parte los dedos». Al bajarla hizo el mismo ruido que en 1985. Dentro había cajoncitos con tiradores de hueso, gomas elásticas, sobres del banco ordenados por años. Mucho orden y poca cosa, como en todos los cajones de las madres. Daniel lo vació en montones sobre la mesa camilla, pasó la mano por el fondo de cada hueco, no encontró nada más y anotó en la hoja: *Secreter abuela — tienda*.

A media mañana, mientras metía en una bolsa de basura los extractos de 2009, pulsó otro.

Que ya ha venido el del butano. (Un camión, alguien que grita algo en la calle.) El de siempre no, otro, uno joven, que no sabía subir la bombona sin resoplar. Le he dado un vaso de agua. Bueno, eso. Que tengo bombona. Ya te lo contaré.

Daniel se rio en voz alta en el salón vacío. Ya se lo había contado. Su madre avisaba de que contaría algo más tarde aunque ya lo hubiera contado entero, como si la conversación de verdad estuviera siempre pendiente, para otro momento, con más calma.

Escuchó otros dos mientras doblaba ropa: uno sobre una vecina de enfrente que había puesto unas cortinas «color mostaza, Dani, mostaza», y otro que se cortaba después de «Oye, una cosa...». El siguiente lo escuchó sentado en la cama de ella, con un jersey de lana gris en el regazo.

Dani, no es nada, solo... (Pausa. La tele de fondo, un anuncio de coches.) Solo que he subido al mirador, que hacía una tarde preciosa, y la fuente otra vez estropeada. Otra vez. Que le das al botón y sale un hilito así, de vergüenza. Y yo digo: hay que escribir al Ayuntamiento. Y la Paqui dice que para qué, que eso lo arreglan cuando venga el papa. A lo mejor tú sabes a quién hay que escribir, que tú eres ingeniero. Bueno, de caminos, ya lo sé, no de fuentes. Pero algo sabrás. Eso. Que no es nada. Un beso.

Con aquel «no es nada», Daniel se quedó quieto. Después llegaron la fuente, el hilito de vergüenza, el papa. Se encontró con el jersey apretado entre las manos y riéndose solo, de una manera que no sonaba del todo a risa. Dejó el jersey en el montón de *Tienda / donar*. Lo cogió otra vez. Lo pasó al de *Guardar*. En la hoja de cálculo no había una columna para «No sé».

Bajó a por pan. En la puerta del portal estaba Paqui despidiendo a una muchacha con un carrito de la compra.

—¿Qué, cómo vas?

—Con los papeles. Mi madre lo guardaba todo.

—Lo que no guardaba era el azúcar. Cuarenta años bajando a pedirme azúcar y nunca compró un kilo. —Se cruzó de brazos—. ¿Escuchas los audios? Los que te mandaba.

A Daniel le pilló por sorpresa que lo supiera.

—Algunos. Ahora. Tengo bastantes sin escuchar.

—Normal, te mandaba muchos. Se lo enseñó mi Hugo, en el veintiuno. Le dio una tarde entera. Y ya no paró. Me mandaba a mí audios desde arriba, fíjate. «Paqui, ¿tienes perejil?» Con lo fácil que es bajar un piso.

—Me hablaba de la fuente del mirador.

—¡La fuente! —Paqui levantó las manos—. Eso era una guerra.

Daniel notaba el teléfono en el bolsillo de la chaqueta como si pesara más que de costumbre.

—¿Subía mucho al mirador?

—Los jueves. Por la tarde, con su termo. Se hacía el café en casa y se lo subía. —Paqui se miró las zapatillas—. Decía que allí arriba se sentaba bien.

—¿Sola?

—A veces sola. A veces había gente. —Una mano que barría algo en el aire—. Allí sube todo el mundo, hijo. Es un mirador.

Y antes de que él preguntara nada más, ya le estaba diciendo que en la panadería de la esquina el integral era mejor que el blanco y que no se le ocurriera comprar las magdalenas, que eran de bolsa aunque las vendieran sueltas.

Después de comer abrió el costurero, una cesta de mimbre con la tapa forrada de cuadros. Dentro había carretes, un acerico de terciopelo raído, unas tijeras que no se podían usar para el papel y una lata redonda y azul que en los años noventa había contenido galletas de mantequilla. La lata pesaba. Al moverla sonó como un sonajero.

Antes de abrirla buscó en el chat. El audio era del doce de marzo, nueve días antes.

Hijo, que estaba buscando un botón para la chaqueta azul, la del cuello, y mira lo que he encontrado. (Ruido de lata, botones.) He encontrado tu primer reloj, el de la esfera azul. Estaba en la caja de los botones. No lo tires cuando yo no esté, ¿eh? Que ese tiene su historia. (Se ríe un poco.) Y el botón no lo he encontrado, eso sí. Bueno. Un beso.

Daniel abrió la lata. Botones, cientos: de nácar, de pasta, de abrigo, dorados de chaqueta militar, uno enorme de madera con forma de palillo. Metió la mano y los removió, y el ruido le devolvió una tarde de lluvia muy antigua, él sentado en el suelo de esa misma habitación separando botones por colores mientras su madre cosía. En el fondo había una cajita de cartón alargada, de un crema que se había vuelto amarillo, con las esquinas romas. En la tapa, un sello de tinta violeta, algo corrido: *Relojería Ferrer · Agua Clara, 7 · Málaga*.

Dentro estaba el reloj. Una caja de acero pequeña, una correa de piel marrón con el último agujero dado de sí, una esfera de un azul profundo, de noche de verano, con los números blancos y las agujas finas. Estaba parado en las siete menos veinte. Le pareció ridículamente pequeño. Le pareció imposible que aquello hubiera dado alguna vez la vuelta a su muñeca.

«Que ese tiene su historia».

Intentó acordarse. De la esfera, sí; de cuándo se lo regalaron, no. Había tenido después muchos relojes, hasta el de ahora, que le contaba los pasos y le avisaba de las reuniones con una vibración en la muñeca. Ninguno había tenido historia, que él supiera.

Llamó a Sonia.

—¿Te conté alguna vez algo de un reloj azul? De cuando era pequeño.

—Daniel, cuando eras pequeño yo no te conocía.

—Ya. Pero a lo mejor te lo conté.

—Me contaste que tenías una bici roja y que te pusieron tres puntos aquí. —Él supo que se estaba señalando la barbilla—. Del reloj, nada. ¿Por qué?

—Mi madre dice que tiene una historia.

—¿Dice?

—Dijo. En un audio.

Sonia se quedó callada un momento; sabía estar callada al teléfono, que era una cosa rara.

—Pregúntale a la Paqui. Esa mujer lo sabe todo.

Pero no bajó. Le pareció que aquello, fuera lo que fuera, tenía que habérselo contado su madre y no la vecina, y que preguntárselo a otra persona era como leer el final de un libro con un marcapáginas que no era suyo. Guardó el reloj en su cajita, la cajita en el bolsillo interior de la americana, y escribió en la columna *Guardar* la primera línea de verdad: *Reloj azul (caja Ferrer)*.

* * *

A las siete se dio cuenta de que era jueves y de que había un circulito en el calendario de la nevera. Buscó el audio del veintinueve de febrero. Lo había ido saltando sin admitirlo.

(Pasos, una puerta, las llaves sobre una mesa.) Hola, cariño. Hoy jueves, ya sabes, al banco con Julián, el de la relojería. Me ha vuelto a contar lo de su Menchu, la novia que tuvo de chico. Ochenta años y todavía se le pone la voz de otra manera. Bueno, que ya te lo contaré.

Al final, una risa: corta, una sola nota, más aguda de lo normal. No era la que Carmen usaba para las cortinas mostaza ni para el papa. Daniel la volvió a poner, y otra vez, y siguió sin encontrarle sitio.

«Ya sabes». Él no sabía. No sabía quién era Julián, ni que hubiera un banco, ni un día fijo para ese banco. Era posible que ella se lo hubiera contado un domingo y él hubiera contestado «ah, qué bien». Buscó «Julián» en el chat. Solo salió un mensaje suyo, de octubre de 2022: «¿Quién es Julián?». Debajo, un audio de ella, azul, escuchado, de cuatro segundos: *Un señor muy agradable. Ya te contaré.*

Se puso la chaqueta y subió al mirador.

* * *

Al final la cuesta se hacía escalones anchos y bajos, con el borde de ladrillo gastado en el centro por sesenta años de suelas. Arriba, el albero tenía ese color de pan tostado que se vuelve naranja con el sol de la tarde. Olía a tierra regada. Una jardinera de uniforme verde enrollaba una manguera junto al olivo.

El tronco del olivo parecía hecho de varios troncos que se hubieran abrazado y luego se hubieran arrepentido. Debajo estaba el banco, marrón, con las patas de hierro, y en el lado derecho había un hombre muy mayor con gorra de paño y una chaqueta de punto abotonada hasta arriba. Miraba al puerto, a una grúa del muelle que giraba con una lentitud de juguete. Tenía las manos en las rodillas. Del bolsillo del pecho le asomaba la punta de un pañuelo blanco planchado en pico. El otro lado del banco estaba vacío.

Daniel se apoyó en la barandilla, a unos metros. Abajo, la bahía tenía un brillo metálico y un portacontenedores salía con todas las luces encendidas aunque aún era de día. Los montes empezaban a ponerse violetas. Los vencejos pasaban chillando, como si llegaran tarde a algo.

Por el rabillo del ojo vio que el hombre sacaba del chaleco un reloj de bolsillo plateado, lo abría con el pulgar, lo miraba un momento muy largo y lo cerraba con un chasquido pequeño. Luego miró hacia los escalones por los que Daniel había subido.

«Ochenta años», pensó Daniel. Podía ser. Podía ser cualquiera: en Las Cañadas había muchos hombres de ochenta años con gorra que subían a ver los barcos. Pensó en acercarse y decir «perdone, ¿es usted Julián?», y se imaginó entera la escena: el hombre mirándolo sin entender, o entendiendo, y él teniendo que explicar de quién era hijo, y qué había pasado, y cuándo. Y luego qué. ¿De qué hablaban? ¿Quién era Menchu? ¿Por qué se reía así su madre?

El hombre volvió a mirar hacia los escalones.

—Hoy tampoco —dijo en voz baja, a nadie.

La jardinera pasó junto al banco, le dijo algo en un tono muy cariñoso y le tocó el hombro. Él asintió sin dejar de mirar al frente. Al poco subió por los escalones un hombre de unos cincuenta años, con la camisa por fuera y prisa en los hombros, se agachó junto al banco, le habló bajito y le ofreció el brazo. El viejo tardó en cogérselo. Se levantaron los dos muy despacio y pasaron junto a Daniel; el viejo le dio las buenas tardes con una cortesía antigua, llevándose dos dedos a la gorra, y Daniel le contestó lo mismo y no dijo nada más.

Se quedó en la barandilla hasta que el portacontenedores desapareció detrás del espigón. Al bajar, en el primer rellano de los escalones, estaba la fuente del pulsador. La pulsó. Salió un hilito de agua, de vergüenza.

—Tenías razón —dijo en voz alta.

Una señora que subía con una barra de pan lo miró con desconfianza y le dio las buenas tardes de todas formas.

* * *

El sábado, cuando estaba sacando al rellano dos estufas de butano y una máquina de coser eléctrica que su madre nunca quiso tanto como la antigua de pedal, subió Paqui con un táper de puchero.

—Que mañana es domingo —dijo, sin entrar—. Yo como a las dos. Si quieres bajar.

Daniel tenía el tren a las cinco y veinte. Pensó en la mesa puesta para todos y en la silla de la ventana con su servilleta. «Yo no le digo nada».

—A las dos bajo. Pero me tengo que ir pronto.

—Todo el mundo se tiene que ir pronto —dijo Paqui—. No pasa nada. Ya en la escalera, se volvió.

—El cuarto de tu madre, déjalo para el final. No lo digo yo, lo decía ella. Cuando murió Antonio decía: «Lo de la ropa, lo último». Y así lo hizo.

El domingo comieron cuatro: Paqui, Daniel, Javi —que llegó a las dos y veinte con una bandeja de pasteles y un «perdona, mamá» que sonaba a costumbre— y Hugo, de trece años, con los auriculares colgados del cuello. La silla de la ventana tenía su plato, su vaso boca abajo y la servilleta dentro de una anilla de madera. En algún momento Daniel se dio cuenta de que le estaba acercando la panera a la silla vacía porque le pillaba más a mano, y Paqui la cogió sin decir nada y la puso en medio.

—¿Tú le enseñaste a mi madre a mandar audios? —le preguntó a Hugo. Hugo se quitó un auricular.

—Sí. Tenía que darle al micro y mantenerlo. Al principio lo soltaba antes de tiempo y salían cortados.

—Siguió soltándolo.

—Ya. —Hugo sonrió con medio lado de la boca—. A mí también me mandaba. Para preguntarme cómo se mandaban audios.

Javi se rio con la boca llena y tuvo que taparse con la servilleta. Paqui le dio un manotazo flojo en el brazo, por no comer con educación, y luego se le escapó la risa a ella también.

En el tren de vuelta llevaba la cajita del reloj en el bolsillo interior y de vez en cuando se tocaba el pecho para comprobar que estaba, como se comprueba la cartera. En el asiento de al lado, un hombre veía un partido en la tableta y a ratos apretaba el puño sin hacer ruido.

Quedaba uno. El del miércoles veinte de marzo, a las diez menos veinte de la noche. Había llegado mientras él cenaba con un cliente en la calle Ponzano; había visto la notificación por debajo de la mesa y había pensado «luego». A la mañana siguiente tenía comité a las nueve. A las once y diez, Paqui lo llamó cuatro veces seguidas. A la quinta lo cogió.

La última vez que habló con ella en directo, con las dos voces a la vez, fue el domingo diecisiete. Ocho minutos. Ella le preguntó si había llovido en Madrid; él le dijo que un poco. Hablaron del flequillo de Alba, que Carmen ya había visto porque la niña le había mandado una foto («a mí sí me la manda, fíjate», con un orgullo muy poco disimulado). Él le dijo que tenía mucho lío. Ella le dijo «pues no te entretengo». Una llamada normal. Todas habían sido normales.

El tren entró en un tramo de túneles; la ventana se volvía negra y le devolvía su propia cara, y luego otra vez olivos y la luz de las siete tendida sobre las lomas. Pulsó.

Hola, cariño. Que ya me voy a acostar, que estoy muerta, que he estado toda la tarde con las cortinas del salón, que las he lavado y luego no había manera de colgarlas, las argollas, que no entraban. (La tele, un telediario, alguien hablando de lluvias en el norte.) Bueno, ya están. Mañana es jueves, así que subo. Ya te contaré. Oye, y dile a la niña que me mandó la foto del pelo, que le queda muy bien, que no le haga caso a nadie, que el flequillo se lleva así, que yo lo llevaba igual con su edad y estaba guapísima, que me lo decía todo el mundo. Díselo tú, que a mí me contesta con un dibujito y no sé lo que significa. (Se ríe.) Eso. Un beso, hijo. Que descanses. Y no trabajes tanto, que tú no eres el dueño.

Clic.

Daniel se quitó los auriculares y se quedó con ellos en el regazo. «Que tú no eres el dueño». Se lo decía desde que entró en la consultora en 2003. Lo había oído tantas veces que ya no le hacía gracia, y ahora, de pronto, le hizo muchísima.

Intentó imaginarse a su madre con dieciséis años y flequillo, y no pudo. No había visto nunca una foto suya de esa edad. Le pareció extraño no haberlo pensado antes. En aquella casa no había buscado nunca nada, salvo el mando de la tele.

Abrió el chat de Alba. El último mensaje era suyo, de hacía nueve días: «¿Qué tal el examen?». Respuesta: «bien». Antes: «Te quiero, cariño. Estoy aquí para lo que necesites». Respuesta: un pulgar amarillo.

Escribió: «La abuela me dejó un recado para ti. Dice que te queda muy bien el flequillo, que no le hagas caso a nadie, y que ella lo llevaba igual a tu edad».

Lo leyó. Añadió: «Lo dijo la noche antes. Yo no lo he escuchado hasta hoy, en el tren».

Pensó en añadir algo sobre la abuela, sobre cómo estaba él. Puso solo: «A mí también me gusta, por cierto. Pero no se lo digas a tu madre, que entonces te lo dejás crecer».

Los dos tics se quedaron grises. Al cabo de un minuto, azules. Daniel dejó el teléfono boca abajo en la mesita plegable, sacó la cajita y miró el reloj parado en las siete menos veinte. No le dio cuerda. Le dio miedo no saber hacerlo, o romperlo, o que se pusiera a andar en una hora que no era la suya. Lo guardó.

El teléfono vibró contra la mesa.

Alba: «mándamelo».

Él no entendió.

Alba: «el audio. el de la abuela».

Tardó en encontrar cómo se reenviaba, porque nunca lo había hecho: los audios de su madre se habían quedado siempre en aquel chat, esperando a que él tuviera un momento. Mantuvo el dedo encima, encontró la flecha, eligió a Alba. Vio aparecer el micrófono en la conversación de su hija, con la duración debajo: 0:53. Luego se puso azul. En algún cuarto de Madrid, con la puerta cerrada y seguramente los auriculares puestos, alguien estaba escuchando a su abuela pelearse con las argollas de unas cortinas.

Pasó un rato largo. El hombre de la tableta apagó el partido y se puso a mirar el techo.

Alba: «jajajaja lo de que estaba guapísima».

Y casi un minuto después:

Alba: «gracias papá».

Daniel escribió «De nada». Lo borró. Escribió «A ti». Lo dejó así.

Luego entró en los ajustes del chat de su madre y le quitó el silencio. No iba a llegar nada más; eso lo sabía. Pero el altavoz tachado ya no tenía sentido, y si alguna vez, por un fallo de la compañía o por lo que fuera, volvía a sonar aquella voz diciendo «Dani, no es nada, solo...», quería oírla a la primera, a todo volumen, aunque fuera en mitad de una reunión con el Ministerio.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Qué voz te gustaría poder escuchar una vez más, aunque solo fuera hablando del tiempo? ¿Hay alguna llamada que llevas tiempo aplazando? ¿Qué te gustaría decir en ella?

D o s

LOS DOMINGOS A LAS DOS



11:50

PAQUI CONTÓ LOS PLATOS dos veces. Nueve. Luego los volvió a contar con el dedo, tocando el borde de cada uno, porque la primera vez se había distraído pensando en el pimientito y la segunda en la Marta, que había llamado el viernes con esa voz de cuando trae algo preparado.

Nueve. Ella, la Lucía, el Toni, la Sara, el Nico, la Marta, el Javi, el niño. Y el de Rafael.

Puso el mantel de los domingos, el de cuadros pequeños que ya no era blanco ni crudo sino una cosa intermedia, y fue colocando las servilletas de tela, dobladas en tres, metidas en sus anillas de madera. Las anillas las había comprado Rafael en una feria de Ronda el verano que la Marta hizo la comunión: cinco, con una letra quemada en cada una, la R, la P, la L, la J, la M. A los nietos les tocaban servilletas de papel, y ellos lo tenían por un agravio histórico del que se quejaban con mucho gusto.

La R fue a la cabecera, junto a la ventana. Paqui le pasó el pulgar por la letra antes de dejarla, como quien quita una pelusa que no hay.

En la cocina, los tomates escaldados esperaban en el fregadero y el pan del día anterior se remojaba en un cuenco. El pollo, troceado desde las diez, con su sal y su ajo. El arroz, medido. Todo en orden, y aun así algo faltaba.

Se secó las manos en el delantal y cogió el lápiz que colgaba de una cuerda junto al calendario de la farmacia. En la libreta de la compra, debajo de LECHE y LEJÍA, escribió despacio, apretando:

HUEVOS

Se quedó mirando la palabra. Tres le quedaban, y la porra los pedía picados por encima, y eran nueve, y el Toni se servía como si fueran nueve él solo.

Abrió la ventana del patio y sacó la cabeza.

—¡Carmen! ¿Estás?

Arriba, entre dos camisas tendidas, asomó la cara de su vecina del cuarto.

—Aquí estoy, hija. ¿Qué pasa?

—¿Tienes huevos? Me he quedado corta.

—Te bajo media docena y así no me los pides el domingo que viene.

—Qué graciosa.

—Lo que tú digas. Bajo ahora.

13:10

Lucía subió los tres pisos con dos barras de pan bajo el brazo y la sensación de que en algún sitio, en una planta de hospital que hoy no era la suya, alguien la estaba echando de menos. Llevaba dos noches seguidas y una tarde. El domingo era el único día en que no contaba pastillas ajenas.

Detrás venía el Toni resoplando con la nevera portátil de las bebidas, y detrás de él, a la distancia exacta que permite no parecer de la familia, los niños. Sara con los cascos puestos. Nico con el teléfono delante de la cara, subiendo los escalones de memoria.

En el rellano del segundo, Lucía se paró. Se paraba siempre ahí, no porque le faltara el aire a ella, sino porque se imaginaba a su madre parándose ahí con las bolsas del mercado y la rodilla derecha que ya no doblaba igual. Había contado los escalones una vez y luego se había obligado a olvidar el número.

La puerta del 3.º A estaba entornada, como todos los domingos. Olía a ajo frito, a tomate y al suavizante de la casa, que era el mismo desde 1980.

—¡Ya estamos!

—¡Que no se pise el pasillo, que lo acabo de fregar!

Lucía le dio dos besos a su madre, que tenía las manos rojas de tomate y las levantó en el aire para no mancharla. Le miró la cara rápido, con ojos de trabajo: el color, los ojos, si se había tomado la pastilla de la tensión. Paqui lo notó y le dio la espalda.

—Estoy bien. No me mires así.

—No te estoy mirando.

—Me estás mirando como a los de las camas.

El Toni entró, besó a la suegra en la coronilla, levantó la tapa del arroz con la confianza de quien lleva veintidós años levantándola y recibió un golpe de cuchara de madera en los nudillos.

—¡Que eso no se toca!

—Era para ver si le faltaba sal.

—Le falta paciencia, que es lo que le falta.

Lucía fue al salón a dejar el bolso y se detuvo en la puerta. La mesa puesta. Nueve sitios. La servilleta de la R en la cabecera, donde la luz de mediodía caía sobre el plato vacío y lo volvía más blanco.

—Mamá, ¿viene Hugo? ¿No le tocaba con su madre?

—Le han cambiado el fin de semana. Por una boda.

—¿Y dónde lo vas a sentar?

—En el taburete.

—Es un niño de doce años, mamá. No cabe en el taburete. Mide más que yo.

—Pues en la esquina, que de chico se sentaba en la esquina y no se ha muerto nadie.

Lucía miró la silla de la ventana y luego hacia la cocina, donde su madre ya hablaba de otra cosa, de que la Carmen le iba a bajar huevos. Tenía un mensaje de la supervisora sin abrir. Lo abrió. Lo cerró. Se puso a llenar las jarras de agua.

13:35

Marta tardó doce minutos en aparcar y los usó todos para ensayar.

«Mamá, no es que quiera que te vayas. Es que quiero que puedas salir».

No. Eso sonaba a que su madre estaba presa.

Dejó el coche encima de un trozo de acera que en Granada le habría costado una multa y en Las Cañadas no le costaría nada, porque allí los coches dormían en las aceras desde que existían los coches. Cogió la carpeta del asiento del copiloto: tres folletos de inmobiliaria, impresos en color, con el precio subrayado en verde.

En el rellano del tercero se encontró a Carmen con una huevera de cartón en la mano y una bata de flores morada.

—¡Mira quién viene! La arquitecta.

—Arquitecta técnica, Carmen.

—Eso, técnica. ¿Y la novia?

—Se ha quedado corrigiendo exámenes.

—Pues dale recuerdos. Que la última vez me explicó lo de la factura de la luz y todavía me acuerdo. —Le puso los huevos en la mano—. Dáselos a tu madre, que yo no entro, que hoy sois muchos. Luego bajo al café, si me dejáis.

—Claro que te dejamos.

—Eso lo dices tú. A ver qué dice tu madre.

Y subió el tramo del cuarto con una agilidad que a Marta le pareció una provocación.

Dentro, el Toni intentó levantarla del suelo como cuando era chica y se le notó en los riñones que ya no podía; Nico dijo «hola, tita» sin levantar la vista. En la cocina, su madre machacaba en el mortero y Lucía troceaba pepino con una precisión de quirófano que no hacía falta para un pepino.

Marta dejó los huevos en la encimera y la carpeta encima del frigorífico, donde nadie la viera. En la puerta de la nevera, sujeta con un imán de Fuengirola, estaba la libreta de la compra. Letras grandes, separadas, como cosidas a mano.

LECHE

LEJÍA

HUEVOS

La H era más grande que las demás. Marta la miró un rato. Siempre había sido así la letra de su madre: mayúsculas lentas, con la punta de la lengua asomando entre los labios cuando escribía algo largo. De pequeña nunca le pareció raro. Le parecía que su madre tenía las manos hechas a otras cosas.

—¿Qué miras?

—Nada. Que se te han acabado los huevos.

—Ya no. Los acabas de traer tú.

13:55

—Papá, son las dos menos cinco.

—Ya lo sé.

—Que la abuela pone el arroz a las dos.

—La abuela pone el arroz a las dos desde antes de que tú nacieras, y yo llego a las dos y veinte desde antes de que tú nacieras. Es un sistema que funciona.

Hugo se cruzó de brazos. Tenía doce años y ya los cruzaba como Javi, como el abuelo, con el antebrazo derecho encima. Javi lo vio por el rabillo del ojo y miró la carretera.

En el asiento de atrás, sujeta con el cinturón como un pasajero más, iba una caja de pastelería con una milhojas. La había comprado en Marbella a las doce y media, al salir de montar un banquete de bautizo que no era suyo. Llevaba en las manos el olor de doscientos huevos revueltos.

—Papá. ¿La abuela sigue poniendo el plato del abuelo?

Javi puso el intermitente sin necesidad.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El Nico, en Navidad.

—El Nico dice muchas cosas.

—Pero ¿lo pone o no?

—Pone la mesa como la ha puesto siempre.

Hugo se quedó pensando. Luego sacó el móvil.

—La Carmen me ha mandado un audio. Desde que le enseñé, me manda uno cada vez que ve un perro con ropa.

Le dio al botón. La voz de Carmen llenó el coche, un poco metálica, con ruido de calle detrás: *Hugo, hijo, que acabo de ver un caniche con un chubasquero amarillo, que parecía un pescador, te lo juro. No le he podido hacer la foto porque se me ha ido. Bueno, que ya me dirás si vienes el domingo. Un beso, que se me...*

—Siempre suelta el botón antes de tiempo —dijo Hugo, encantado.

Javi se rio, por primera vez en el día. Luego se calló. Pasaron una parada de autobús con la marquesina rota y un hombre mayor sentado en el banco, con gorra. Javi apartó la vista.

Su padre había conducido el 11 durante treinta y un años. Los sábados de verano le dejaba ir en el primer asiento, detrás de la cabina, y le decía los nombres de las paradas antes de que llegaran, como un juego. Javi aún podía decirlos todos, de la Alameda a El Palo, con los ojos cerrados. No lo había hecho nunca en voz alta. Nadie se lo había preguntado.

14:00

A las dos en punto, Paqui sacó la porra en la fuente de barro grande, con el huevo picado por encima, las virutas de jamón y el atún desmigado en un montoncito en el centro, como una isla. Tenía la consistencia exacta, la que se queda en la cuchara sin caerse y sin ser pasta. Lo comprobó delante de todos, por si alguno dudaba.

—El Javi no ha llegado —dijo Lucía.

—El Javi llegará cuando llegue. Sentaos.

Toni en su sitio de siempre, junto al pasillo, para poder levantarse a por más pan. Sara y Nico enfrente, juntos, para enseñarse cosas en el móvil por debajo del mantel. Lucía al lado de su madre. Marta en el sitio que había sido de Javi de chico, porque Javi llegaba tarde y la silla de ella se había quedado arrimada a la pared, con los abrigos.

La silla de la ventana, vacía. El sol en el plato. La servilleta enrollada en su anilla, con la R hacia fuera.

Nadie la miró, y eso era una forma de mirarla.

—Está buenísima, mamá —dijo Marta.

—Le falta vinagre —dijo Toni.

—A ti todo te falta.

—Me falta un poco de vinagre, que no es lo mismo que todo.

Comieron. Paqui comía poco y sin prisa, mirando la puerta. Marta dejó la cuchara en el plato, alineada.

—Mamá, el otro día estuve mirando unas cosas.

Lucía le clavó a su hermana una mirada que decía «ahora no» con la misma claridad con que decía «no me metas».

—Qué cosas.

—Pisos. En la calle Ollerías hay uno, un segundo, con ascensor, dos habitaciones y una terraza pequeña. No está lejos de la Lucía. Y en Granada hay otro cerca de casa, y Clara y yo hemos...

—Marta —dijo Lucía.

—Solo digo lo que he visto.

—Llevas diciendo lo que has visto desde Reyes.

—Porque nadie más lo dice. Mamá, tienes setenta y tres años y subes tres pisos con las bolsas del mercado.

—Las bolsas me las sube el del mercado.

—Una vez al mes.

—Dos.

—Mamá.

—Y cuando no, me las sube la Carmen, que es mayor que yo y sube cuatro.

—Esa no es la cuestión —dijo Marta, y se oyó con la voz de las reuniones de obra y bajó un tono—. La cuestión es que un día te caes en la escalera y nos enteramos el martes.

—Os enteráis el domingo, que es cuando venís.

Lo dijo sin maldad, sirviéndole más porra a Nico, que no la había pedido. Pero la frase se quedó encima del mantel como una miga que nadie recogía.

Lucía dejó la cuchara.

—Yo vengo los miércoles también. Y te llamo todas las noches.

—Ya lo sé, hija.

—Pues entonces.

—Pues entonces nada. Que estoy bien.

Toni carraspeó.

—¿Y si ponemos un salvaescaleras? Yo conozco a uno en Campanillas que...

—Toni, por favor —dijeron las dos hermanas a la vez.

Se oyó la puerta.

14:20

Javi entró con la caja de la milhojas por delante, como un escudo.

—¡Ya está aquí el que faltaba!

—Ya está aquí el que trae el postre.

—Llegas tarde.

—Llego a mi hora. Vosotros llegáis pronto.

Su madre se levantó, aunque él le dijo que no se levantara, le quitó la caja de las manos y miró por debajo de la tapa con desconfianza.

—¿Milhojas otra vez?

Hugo saludó a todo el mundo con un movimiento de barbilla y recibió un beso de su abuela en la frente que le dejó una mancha de tomate. No se la quitó. Javi se dio cuenta de que no se la quitaba.

Fue entonces cuando Javi miró la mesa y vio lo que quedaba: el taburete en la esquina, al lado de Sara, con su servilleta de papel. Y la silla de la ventana.

Él se quedó de pie, buscando dónde dejar las llaves. Hugo no buscó nada. Hugo hizo lo que haría cualquier niño de doce años que ha pasado una hora en un coche: fue derecho a la silla buena, la de brazos, la que daba al patio, sacó la servilleta de la anilla de madera, la sacudió una vez en el aire como había visto hacer en algún restaurante, se la puso en las rodillas y dijo:

—Qué hambre.

Javi tuvo las llaves en la mano mucho rato.

Vio a Lucía echarse hacia delante, con la boca ya abierta para decir algo, el nombre del niño o el de su madre, y quedarse así, a medio camino, como cuando en la planta alguien se incorpora en la cama y ella todavía no sabe si es para levantarse o para caerse.

Vio a Marta mirar a su madre, no a Hugo. Fijamente. Como si de la cara de su madre dependiera algo que llevaba meses dibujando en planos.

Vio al Toni seguir comiendo porra, que era lo más sensato que se podía hacer en esa mesa y lo que él, Javi, habría hecho si hubiera tenido una cuchara en la mano.

Y vio a su madre. Tenía en las manos la caja de la milhojas. La dejó en el aparador, junto al frutero. Le colocó la tapa, que ya estaba bien colocada. Se dio la vuelta.

Hugo, que no sabía nada, había apoyado los codos en la mesa y miraba por la ventana el tendedero de enfrente con una atención total.

—Abuela, ¿esos calzoncillos son de alguien que conozcamos?

Nico soltó una carcajada. Toni se atragantó un poco.

—Esos son del Manolo, el del segundo de enfrente —dijo Paqui—. Y en la mesa no se dice calzoncillos.

—¿Y cómo se dice?

—No se dice.

Paqui se acercó a la silla. Javi la vio poner la mano en el respaldo, justo encima del hombro del niño. No la apoyó en él; la apoyó en la madera, y la tuvo ahí un momento.

—Quita los codos de la mesa. Que tu abuelo los ponía igual y yo le tenía que decir lo mismo cuarenta veces al día.

—¿Este era su sitio?

—Este.

Hugo miró la servilleta en sus rodillas, luego la anilla con la R junto al plato, luego a su padre, todavía de pie con las llaves.

—¿Me cambio?

Nadie contestó en el primer segundo. En el segundo contestó Paqui.

—¿Tú quieres cambiarte?

—No sé. Aquí da el sol.

—Pues ya está. Aquí da el sol.

Le puso delante la fuente de porra, que era lo que se hacía con el que llegaba el último, y se fue a la cocina a por el arroz. Lucía se levantó detrás de ella. Marta no se movió. Javi se sentó por fin en el taburete, con las rodillas a la altura del mantel, y notó que seguía apretando las llaves.

—Papá, ¿y el abuelo qué hacía, aquí?

Javi pensó en el 11. La Alameda, el Parque, la Malagueta, los Baños del Carmen. La mano de su padre en el volante, la alianza contra el plástico, un ruidito en cada curva.

—Se comía el socarrat del arroz antes de que llegara a la mesa —dijo—. Y se tiraba media comida contando lo que le había pasado en el autobús.

—¿Y qué le pasaba en el autobús?

—De todo. Una vez se le subió una cabra.

—Mentira.

—Pregúntale a tu abuela.

14:35

En la cocina, Paqui estaba de espaldas delante de la paellera, con la espumadera en la mano y sin hacer nada con ella. Lucía se quedó en la puerta.

—Mamá, si quieres le digo que se cambie.

—Pásame la fuente honda.

Lucía se la pasó. Su madre empezó a servir el arroz con pollo procurando que en cada cucharada fuera un trozo de pollo, que a nadie le tocara solo arroz, como si fuera una cuestión de justicia. Estaba en su punto, meloso pero suelto, con el pimiento rojo en tiras y el color del azafrán de hebra que le traía Marta de Granada. Abajo, pegado, el socarrat. Paqui lo raspó y lo puso aparte, en un platito.

—Eso para quién es.

—Para el que lo quiera.

Lucía se apoyó en el marco. Le dolían los pies como le dolían siempre el domingo, como si el cuerpo esperase a estar quieto para presentar la factura.

—No tienes que poner su plato, mamá.

—Ya sé que no tengo que ponerlo. Lo pongo. Hay muchas cosas que no tengo que hacer y las hago. Tú no tienes que llamarme todas las noches.

—Eso es distinto.

—No es tan distinto.

Lucía miró la libreta de la nevera. Debajo de HUEVOS, su madre había empezado otra palabra y la había dejado en la primera letra: una A grande, con el palito de en medio muy bajo. Aceite, ajo, azafrán. Lucía no preguntó.

—La Marta no lo hace con mala intención.

—Todos estáis preocupados. Estáis tan preocupados que parecéis las de la iglesia. —Paqui le dio la fuente—. Llévala, que se enfría. Y el platito también.

—¿Para quién?

—Para el niño. Que vea lo que es bueno.

15:40

Después del arroz vino una sobremesa en la que Nico se durmió en el sofá con la boca abierta y Sara le hizo once fotos, y la milhojas, que Paqui declaró «muy dulce» mientras se comía la segunda porción.

Marta fregaba y Lucía secaba. Siempre había sido al revés y ninguna de las dos lo comentó.

—No tenías que sacarlo hoy —dijo Lucía, con la vista en un vaso.

—¿Y cuándo? Otro día no estás tú. O estás de noche. O la llamas a las once y te dice que está bien. Siempre está bien.

—Porque está bien.

—Lucía, se le olvidó la cita del oftalmólogo en enero.

—Se me olvidó a mí, que tenía que acompañarla.

Marta cerró el grifo y se secó las manos en los vaqueros, que era algo que su madre odiaba.

—Eso es lo que te digo. Que lo haces todo tú. Que yo vengo cada dos domingos y me voy como si hubiera hecho una visita, y tú te quedas con lo que no se ve. Las pastillas, los análisis, la rodilla. Y no me lo cuentas.

—¿Y para qué te lo cuento, a ciento treinta kilómetros?

—Para saberlo.

Lucía dobló el trapo en tres, como las servilletas de su madre.

—Estoy cansada, Marta. No es por mamá. Es por el hospital, por la Sara que se examina, por el Toni que está pensando en dejar el taller. Mamá es lo más fácil que tengo.

Desde el salón llegaba la voz de Hugo preguntando por la cabra.

—Lo del piso no es para quitártela de encima —dijo Marta—. Es que no quiero que se quede sola ahí arriba con la silla.

Lucía tardó en contestar.

—Hoy no estaba sola.

Las dos se asomaron. Hugo seguía en la silla de la ventana, vuelto de lado, con un brazo en el respaldo, y Paqui estaba sentada a su lado con las gafas en la punta de la nariz, contando con las manos. La cabra se había subido en la parada de Pedregalejo con una señora de Olías, y Rafael se había negado a arrancar hasta que pagara billete, y la señora pagó billete para la cabra, y la cabra hizo todo el viaje de pie, mirando por la ventana como los demás pasajeros. Lucía la había oído cien veces. Nunca la había visto contar con esa cara.

—Se la está inventando más —dijo Marta.

—Ha crecido la cabra. Antes era un cabrito.

—Antes era una gallina.

Lucía se echó a reír, y luego Marta, y la carpeta de los folletos se quedó encima del frigorífico, donde estaba.

16:10

Llamaron con los nudillos a la puerta abierta, que era la forma de llamar de Carmen: no por educación, sino para que nadie se asustara.

—¿Se puede, o estáis todavía con las peleas?

—Pasa, que ya nos hemos peleado.

Carmen entró con un plato tapado con un paño. Se había quitado la bata y llevaba una rebeca gris con un broche pequeño de plata, y se había pintado los labios, lo justo para bajar un piso. Hugo se levantó de la silla.

—¡Carmen!

—¡Mi profesor! —Le cogió la cara con la mano libre—. ¿Has visto mi caniche?

—No mandaste la foto.

—Porque el bicho se fue corriendo. Tú sabes lo difícil que es eso del botón: apretar y hablar y no soltar, tres cosas a la vez. A mi edad eso es un deporte.

—Se te corta siempre al final.

—Porque me emociono.

Destapó el plato. Torrijas, doradas, con miel y canela.

—Que ya estamos en Cuaresma y yo sin hacer nada. Las he hecho esta mañana, que no dormía.

Paqui ya había puesto la cafetera grande, la de doce tazas que solo salía los domingos. Carmen se sentó en la silla del Toni, que se había ido al sofá con Nico y roncaba a los dos minutos, y se quedó mirando la mesa. La servilleta de la R estaba arrugada junto al plato de Hugo, con una mancha anaranjada de arroz.

Carmen la miró. Luego miró a Paqui, que sacaba las tazas del aparador y las contaba. No dijo nada. Cogió la anilla de madera, la giró entre los dedos hasta ver la letra y la dejó junto a la azucarera, de pie.

—Paqui, ¿tú le pones anís al café todavía?

—Hoy no tengo.

—Pues apúntalo, que luego se te olvida.

—Ya lo tengo apuntado.

Javi, que no había abierto la boca en una hora, se acercó con su taza y se quedó de pie al lado de Carmen.

—Carmen, mi padre decía que usted se subía en su autobús.

—Pues claro que me subía. Todos los días que bajaba al centro. Y me dejaba en la puerta del mercado aunque allí no hubiera parada, que eso no se podía hacer.

—¿Eso hacía?

—Eso y peor. —Carmen le dio un sorbo al café—. Cantaba. Bajito, para que no lo oyeran. Pero yo iba sentada delante y lo oía.

—¿Qué cantaba?

—Coplas. Muy mal, Javi, te lo juro. Tu padre era muy buen hombre y cantaba como una puerta.

Javi se rio. Se rio tanto que tuvo que dejar la taza en el aparador, encima de la caja de la milhojas, y Hugo lo miró extrañado, porque no sabía que su padre se reía así. Y Paqui lo miró desde el otro lado de la mesa, con la cafetera en la mano, sin servir.

18:30

Se fueron todos a la vez, que era como se iban siempre: en un tumulto de abrigos, de táperes con arroz para la cena, de «llámame cuando llegues», de «la próxima vez trae otra cosa que no sea milhojas». Marta fue la última. En el rellano se volvió.

—Mamá, los papeles se han quedado encima de la nevera.

—Ya los he visto.

—No hace falta que los mires.

—Ya los miraré.

Marta bajó dos escalones. Volvió a subir uno.

—¿Vengo el domingo que viene?

—Te toca dentro de dos.

—Ya. Pero ¿vengo?

Paqui se apoyó en el quicio.

—Trae a la Clara. Que la Carmen quiere preguntarle algo de la luz.

Cuando se quedó sola, fregó las tazas del café, que nadie fregaba nunca porque siempre se acordaban de ellas ya en la calle. Sacudió el mantel por la ventana del patio. Recogió las servilletas de tela, la de la L, la de la J, la de la M, la suya. La de la R, con la mancha de arroz, la tuvo un momento entre los dedos.

La echó al cesto de la ropa sucia, con las otras.

Luego cogió el lápiz de la cuerda y, en la libreta, terminó la palabra que había dejado empezada, despacio, apretando, letra a letra:

ANÍS

Y debajo, después de pensarlo, con la punta de la lengua asomando:

SERVILLETAS DE PAPEL. MÁS.

Arriba, Carmen andaba por el pasillo; se oían sus zapatillas yendo y viniendo. Paqui se quedó un rato sin encender la luz, mirando la silla de la ventana con el sol ya ido, y la anilla de madera de pie junto a la azucarera, donde la había dejado otra persona.

No la guardó. Mañana era lunes.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Qué costumbre de tu familia, o de las personas que sientes como tu familia, sigue en pie gracias a alguien que nunca ha dicho lo que le cuesta mantenerla?

T R E S

EL RELOJ DE PAPÁ



EL RELOJ DE MI padre se paró un martes, nueve días después del entierro, y yo tardé otros dos meses en darme cuenta.

Lo había metido en el cajón de la mesita de noche, junto a los cargadores viejos y un tubo de crema para las manos que Lourdes compra y que nadie usa. Me lo dieron en el hospital, en una bolsa de plástico con su nombre escrito a rotulador —SÁNCHEZ, RAMÓN—, con las gafas, la cartera y un pañuelo de tela doblado en cuatro. Firmé un papel y bajé en el ascensor con la bolsa colgando de dos dedos, como si fuera la de la farmacia.

En noviembre, buscando un cargador, lo vi. Las agujas marcaban las cuatro y diez. Una hora que no era de nada.

Era más pesado de lo que recordaba. Un Certina de acero de 1972, esfera plateada, la correa de cuero tan gastada que en el agujero de siempre se había abierto una grieta en forma de boca. Me lo acerqué a la oreja como hacía de niño y no se oía nada, y me quedé sentado en el borde de la cama, en calcetines, sin saber qué hacer con él.

—¿Qué haces a oscuras? —dijo Lourdes desde la puerta.

—Buscaba el cargador.

—Lo tiene Pablo.

Claro que lo tenía Pablo.

* * *

Mi padre arreglaba motores de barco en un taller del puerto, una nave alargada con techo de uralita y un portón azul siempre medio abierto, de

manera que dentro había una luz de rendija, polvorienta, que cortaba el aire en dos. Olía a gasoil, a hierro mojado, a la grasa espesa que venía en latas redondas y que él sacaba con dos dedos como quien saca mantequilla. Tenía las manos negras. No sucias: negras. La grasa se le metía en las grietas de los nudillos, debajo de las uñas, en las líneas de la palma, y por mucho que se frotara con jabón de piedra y un cepillo de raíces en el fregadero del patio, el negro no se iba nunca del todo. Mi madre decía que mi padre tenía las manos de otro color, y lo decía en serio.

El reloj no entraba en el taller. Antes de meter las manos en un motor se lo quitaba, lo envolvía en el único trapo limpio de toda la nave y lo guardaba en una lata de galletas danesas, en la estantería, entre una caja de tornillos y un transistor con la antena rota. Al acabar se lavaba con gasoil, luego con el jabón, se secaba en el pantalón, y solo entonces abría la lata. Siempre en ese orden. Nunca lo vi ponérselo con las manos manchadas.

Yo tendría ocho años la primera vez que me llevó un sábado. Me sentó en un cajón de madera, al lado de un motor desmontado que parecía un animal abierto en canal, y me dio una llave del catorce.

—Tú sujeta esto.

—¿Para qué?

—Para que no se pierda.

Me pasé la mañana sujetando la llave del catorce. A mediodía la necesitó, alargó la mano sin mirarme y yo se la puse en la palma. Dijo «ea» y siguió. Volví a casa convencido de que había arreglado un barco.

Mi madre se rio cuando se lo conté. Mi padre, en la mesa, no dijo nada; partió el pan con esas manos y me pasó el trozo de la punta, que era el que a mí me gustaba. Entonces no me pareció nada. Ahora no sé.

* * *

La caja del reloj apareció en octubre, cuando Lourdes y yo vaciamos el piso de mi padre. No guardaba casi nada: tres camisas, dos pantalones de diario y uno de bodas, una caja de zapatos con papeles del banco y, en el fondo del armario, metida en una bolsa del supermercado, la caja original del reloj. Cartón gris, las esquinas comidas, y en la tapa un sello en tinta azul, casi borrado: *Relojería Ferrer · Agua Clara, 7 · Málaga*.

—¿Eso sigue abierto? —preguntó Lourdes.

—Ni idea.

Me la llevé y me olvidé de ella hasta la noche en que el reloj apareció parado en el cajón. Entonces até cabos —no muchos, dos— y al día siguiente, a la hora de comer, en lugar de comer, subí a Las Cañadas.

* * *

La calle Agua Clara es estrecha y empinada, de las que tienen escalones en mitad de la acera. La relojería estaba en un bajo, con un escaparate tan estrecho que solo cabían dos filas de relojes y un despertador de campanas, y una persiana metálica verde subida hasta la mitad. Pensé que estaba cerrada. Me agaché, empujé la puerta, y sonó una campanilla.

Dentro olía a aceite fino y a metal, un olor limpio, de cosa pequeña. Había un mostrador de madera con la parte de arriba de cristal y, debajo, correas enrolladas y un par de relojes de bolsillo con la tapa abierta. Al fondo, bajo una lámpara de brazo, un hombre mayor trabajaba inclinado sobre un banco lleno de cajitas. Llevaba unas gafas de aumento subidas a la frente, como una segunda frente, y una bata gris.

—Un momento, que si suelto esto se me escapa —dijo sin levantar la cabeza.

Esperé. Tardó un rato largo. Luego dejó algo diminuto en una cajita, la tapó con un cristal de reloj puesto del revés y se levantó poco a poco, apoyando una mano en el banco y la otra en la rodilla.

—Usted dirá.

—Le traigo un reloj. Creo que es de aquí. Era de mi padre.

Lo había envuelto en un pañuelo, no sé por qué, quizá porque así venía en la bolsa del hospital. Lo dejé encima del cristal. El hombre se bajó las gafas a los ojos, miró el reloj y luego me miró a mí.

—Un Certina del setenta y dos. Cuerda manual. —Lo cogió con dos dedos, igual que mi padre cogía la grasa, y le dio la vuelta—. ¿Usted es el hijo de Ramón?

—Sí.

—Me lo figuraba. Deja las cosas en el mostrador igual que él. —Se quedó callado un momento—. ¿Ha muerto?

—En septiembre.

—Vaya. —Asintió varias veces, con la boca apretada—. Lo siento mucho. Este año no vino, y yo pensé: «A Ramón le ha pasado algo, o se ha comprado un reloj de pilas». Y no me cuadraba lo de las pilas.

Me tendió la mano por encima del mostrador. Una mano fina, seca, con los dedos un poco torcidos en la última falange.

—Julián Ferrer. Para servirle.

—Miguel.

—Miguel. —Lo repitió como si estuviera comprobando algo—. Claro.

* * *

Una noche, con diecinueve años, le dije a mi padre que no pensaba acabar como él.

No lo dije así. Lo dije peor. Había dejado Mecánica —él me había buscado la plaza, había hablado con un conocido— y me había apuntado a una academia de administración, y él se enteró por mi madre, y esa noche, en la cocina, me preguntó por qué.

—Porque no.

—Eso no es una razón.

—Porque no quiero pasarme la vida debajo de un barco. No quiero tener las manos como las tuyas. No quiero llegar a casa oliendo a gasoil y no hablar con nadie.

Mi madre dejó de fregar. Mi padre tenía el periódico abierto por la página de los barcos que entraban y salían del puerto, la única que leía entera. Se miró las manos. Lo recuerdo perfectamente: las dos, con las palmas hacia arriba, como si yo le hubiera dicho que tenía algo en ellas y quisiera comprobarlo. Luego dobló el periódico con mucho cuidado, se levantó y salió. Oí la puerta de la calle.

Volvió a las once. Yo estaba en mi cuarto con la luz apagada, haciéndome el dormido. Oí a mi madre decir en la cocina «ya se le pasará», y no supe si lo decía de mí o de él.

No volvimos a hablar del tema. Saqué el título, entré de administrativo en una correduría, luego de comercial, y ahora vendo seguros de hogar y de comercio y de vida, y tengo las manos blandas y limpias, y sé hablar con todo el mundo menos con quien hace falta. Cuando me dieron el primer coche

de empresa fui a enseñárselo. Lo rodeó sin prisa, le dio una patada suave a la rueda, abrió el capó y estuvo un rato mirando el motor.

—Está bien —dijo.

Y cerró el capó.

* * *

Julián abrió la tapa trasera con una herramienta que parecía una llave inglesa en miniatura, sujetando el reloj en un soporte de goma. Cuando la tapa cedió, con un chasquido pequeño, la puso del revés sobre un paño verde.

—Acérquese.

Por dentro, el acero estaba lleno de rayitas. Pensé que eran arañazos, lo que tienen las cosas viejas. Luego vi que eran letras y números muy pequeños, grabados con una punta fina, en filas apretadas que seguían el borde y luego iban entrando hacia el centro como las vueltas de un caracol.

JF 10-76. JF 10-77. JF 10-78. JF 10-79.

—Son mis marcas —dijo Julián—. Cuando revisas un reloj, rayas por dentro tus iniciales y la fecha. Así, si viene otro relojero después, sabe quién ha metido mano y cuándo. Es como firmar, pero para que no lo vea nadie.

Giró el brazo de la lámpara, que llevaba una lente redonda incorporada, y me la puso delante.

JF 10-80. JF 10-81. JF 10-82. Las primeras eran más grandes, más separadas; a medida que se acababa el sitio se iban haciendo más pequeñas y más juntas. *JF 10-95. JF 10-96.* Faltaba el noventa y uno. Y en lugar de un 10-10 había un *JF 1-11*.

—Octubre —dije.

—La primera semana, siempre. Venía un lunes o un martes, a la salida del taller, oliendo todavía a jabón. Lo dejaba, se iba, y el viernes venía a recogerlo. —Puso el dedo, sin tocar el metal, encima del último—. El del año pasado.

JF 10-18.

Yo nací el seis de octubre.

No dije nada. Julián tampoco. Se quitó las gafas, las limpió con la punta de la bata, se las volvió a subir a la frente.

—Espere, que tengo una cosa.

Se fue detrás de una cortina de cuadros. Le oí mover sillas, abrir un armario, protestar entre dientes. Volvió con una caja de puros de madera clara, de las grandes, con la tapa sujeta con una goma elástica. Dentro había cinco cuadernos de tapa negra, de hule, con las esquinas redondeadas por el uso. En el lomo de cada uno, en una tira de esparadrapo, un año a bolígrafo: *1975, 1980, 1990, 2000, 2010*.

—Uno por década. El primero empieza a la mitad, porque hasta entonces la tienda era de mi tío, y mi tío lo apuntaba todo en la cabeza, que es donde no se debe apuntar nada.

Pasó las hojas mojándose apenas la yema del dedo. Letra pequeña, inclinada, de lápiz al principio y luego de bolígrafo azul. Fechas, nombres, marcas, el trabajo, el precio.

—Aquí.

Oct. 1975. Certina 1972, acero, cuerda manual. Vendido a Ramón S., del puerto. Lo paga en tres veces.

—Ese reloj llevaba tres años en el escaparate —dijo Julián—. Era caro para el barrio. Y un día de octubre entra un hombre con las manos negras, más negras que las de mi tío, que ya es decir, y me pide ver el de acero. Le está grande de correa, le hago un agujero. Me pregunta si puede pagarlo en tres veces. Le digo que sí. Y me dice: «Es que me ha nacido un niño». Así, como si eso explicara lo de las tres veces.

Me reí. No sé por qué, pero me reí, y Julián sonrió también, con la boca cerrada.

—Ya. A mí también me hizo gracia.

* * *

Con quince años, mi padre fue a verme jugar al fútbol una sola vez. Un domingo por la mañana, en un campo de tierra detrás de la gasolinera. Yo jugaba de lateral izquierdo, mal. Él se quedó detrás de la valla, con las manos en los bolsillos del chaquetón, sin hablar con los otros padres, que fumaban y se acordaban de la familia del árbitro.

En el minuto veinte metí un gol en propia puerta. Un rechace, me dio en la rodilla, la pelota hizo una cosa rara y entró. Miré hacia la valla, y él seguía allí, quieto.

Perdimos tres a uno. A la salida me estaba esperando en la puerta de la caseta que hacía de vestuario.

—¿Qué? —dije, a la defensiva.

—Tienes que mirar dónde está el portero antes de despejar.

—Ya lo sé.

—Ya. —Me dio una palmada en el hombro, una sola, con esa mano—. Vamos, que tu madre ha hecho croquetas.

No volvió a verme jugar. Durante años pensé que era porque le había hecho pasar vergüenza. Ahora tampoco lo sé.

* * *

Julián cogió el cuaderno que ponía 1980.

—Usted perdone que vaya tan lento. Si lo hago deprisa, se me revuelven los años.

Enero, febrero. Un Omega de un notario. Un despertador de una tal señora Gálvez: *sin arreglo, le he dicho que se compre otro, no le ha gustado*. Un reloj de cuco. Octubre. Se paró.

—Lea usted, que yo ya me lo sé.

Ramón S. — *Certina 1972, revisión y limpieza. Dice: «Que no se le pare, que es para el chico».*

Lo leí dos veces. La segunda, en voz alta, sin darme cuenta. Me salió la voz de siempre, la de leer una póliza.

—Por entonces empecé a apuntar lo que decía la gente —dijo Julián—. Mi tío decía que el mostrador es un confesionario sin cura: la gente te cuenta cosas mientras espera el cambio. Y a mí me daba pena que se perdieran. No todas. Las que me hacían gracia, o las que no entendía.

—¿Y esta?

—Esta me hizo gracia porque usted tendría entonces...

—Cinco años.

—Cinco años. Y él ya estaba con que el reloj era para usted. —Cerró el cuaderno con el dedo dentro—. Lo decía todos los años. Yo lo apunté esa vez, porque no hacía falta más. Lo dejaba en el mostrador, yo le preguntaba qué tal, él decía «bien», y cuando ya se iba, con la mano en la puerta y la campanilla sonando, se volvía: «Que no se le pare, que es para el chico». Como quien dice buenos días. Ni lo pensaba.

Abrió los otros cuadernos. En cada octubre, la primera semana: *Ramón S. — Certina, revisión. A veces cambio de correa. En el noventa y ocho, cambio de cristal, se le cayó en el barco, dice que no se lo cuente a nadie.* Y en enero de 2011, en lugar de octubre:

Ramón S. — Certina, revisión. Viene tarde. Ha estado liado.

—En octubre de 2010 se murió mi madre —dije.

Julián levantó la vista.

—No me lo dijo. —Se quedó pensando—. Sí me acuerdo de que vino distinto. Más callado todavía, que ya era difícil. Y se fue sin decir lo del chico. La única vez. Pero a los dos pasos volvió, abrió otra vez, asomó la cabeza y me lo dijo desde la puerta. Y se fue.

Me apoyé en el mostrador. El cristal estaba frío.

—¿Y el noventa y uno?

Julián buscó el octubre del noventa y uno y negó con la cabeza.

—Algo pasaría.

En el noventa y uno yo tenía dieciséis años y estuve tres semanas sin dirigirle la palabra porque no me dejó ir al viaje de fin de curso. Era caro. Se lo conté a Julián, aunque no tenía nada que ver.

—A lo mejor sí —dijo—. A lo mejor ese año no le apetecía que yo le preguntara por el chico.

* * *

Julián guardó los cuadernos en la caja de puros, uno por uno, en orden, y le puso la goma. Fuera pasó una moto subiendo la cuesta y se oyó durante mucho tiempo, cada vez más lejos.

—Y nunca me lo dio —dije por fin—. Si era para mí.

—¿Cómo se lo iba a dar? Lo llevaba puesto.

Lo dijo con toda la naturalidad del mundo. Y era tan verdad que me dio vergüenza haberlo preguntado.

—Él no era de dar las cosas —siguió—. Era de tenerlas a punto. No es lo mismo, pero se parece.

—Nunca me dijo nada. Ni que estaba contento, ni que estaba orgulloso. Una vez le dije una cosa muy fea y se fue a la calle. Ni me contestó.

—Hay gente que no contesta porque no sabe qué decir. Y hay gente que no contesta porque sabe que lo que diría no le iba a servir de nada al otro. —

Se encogió de hombros—. Yo tampoco hablo mucho. Mi hijo me lo dice. Es profesor de Historia y habla por los codos, se gana la vida hablando. Le quise enseñar el oficio de chico y se aburría, y menos mal, porque ¿qué iba a hacer él con esto? Si cierro.

—¿Cierra?

—Me jubilo, que ya me tocaba hace unos años. A mediados del año que viene, o cuando se pueda. La gente ya no arregla relojes: los tira. —Miró el banco del fondo, la lámpara, los cajoncitos—. Tengo setenta y cuatro años, y las manos todavía me van, pero la vista ya no tanto. Los jueves por la tarde cierro y me subo al mirador de Santa Inés, al banco del olivo, a ver los barcos. Cuento los que entran. Es lo que tiene uno ganas de hacer a esta edad: contar barcos.

—Mi padre también los contaba. En el periódico.

—Pues mire. —Sonrió—. Ya tienen algo de qué hablar los dos, donde estén.

Lo dijo como una broma, y me reí otra vez. Me estaba riendo mucho para estar como estaba.

* * *

—¿Y qué le pasa? —pregunté al fin—. ¿Tiene arreglo?

Julían volvió a bajarse las gafas, le dio un par de toques con una herramienta del tamaño de un palillo, le puso la tapa y la apretó con la palma. Luego giró la corona unas cuantas vueltas, con dos dedos, se lo llevó a la oreja y me lo tendió.

Hacía tic. Un tic pequeño, seco, rápido.

—No le pasa nada. Está parado porque nadie le ha dado cuerda. Lo revisé el año pasado. No está como nuevo: está como un reloj de cuarenta y siete años que alguien ha cuidado. Que es mejor.

—¿Nada más?

—Es un reloj de cuerda. Si no se le da cuerda, se para. No tiene más misterio.

Pensé en el cajón de la mesita, en los cargadores, en las cuatro y diez de un martes que yo no recordaba. Se había parado porque nadie le había dado cuerda, y a mí nadie me había dicho que había que dársela, y tampoco lo había preguntado.

—¿Me enseña?

—¿A darle cuerda?

—Yo siempre he tenido relojes de pilas. Ahora ni eso, miro el móvil.

Julían salió de detrás del mostrador. Se puso a mi lado, junto al escaparate, donde entraba la luz de la calle.

—En la mano, así. Con esta lo sujeta, y con estos dos dedos coge la corona. Sin sacarla, ¿eh?, que si la saca cambia la hora. Gire hacia arriba, hacia las doce. Despacio. Suelte, vuelva a coger, vuelva a girar. Hacia atrás no hace nada; hacia atrás es para descansar el dedo.

Giré. Notaba una resistencia muy pequeña, un roce de cosa viva dentro.

—¿Cuánto?

—Hasta que note que se pone duro. Entonces para. No fuerce nunca. El que fuerza un reloj lo rompe, y luego me lo trae y me dice que se ha roto solo. —Me miró por encima de las gafas—. Su padre no lo forzó nunca. Se nota en el muelle, al abrirlo. Hay relojes que vienen castigados. Este no.

Al cabo de veintitantas vueltas la corona se resistió, como si algo dentro dijera que ya.

—Ahí. Ya está.

—¿Y cada cuánto?

—Cada mañana. A la misma hora, a ser posible. Cuando se afeite, o cuando se tome el café, lo que usted haga siempre. Su padre lo hacía al ponerse los zapatos; me lo contó una vez. Primero los zapatos, luego la cuerda. Así el muelle trabaja siempre con la misma fuerza, y usted no se olvida, porque se le pega a otra costumbre.

—Cada mañana, a la misma hora, sin forzar.

—Eso es. No hay más.

Le pregunté cuánto le debía y negó con la mano.

—Por darle cuerda a un reloj no se cobra. Pero déjeme una cosa.

Volvió a abrir la tapa. Buscó con la lente un hueco casi en el centro, donde ya no cabía nada, y con una punta de acero, la mano apoyada en la otra para que no le temblara, rayó algo. Tardó casi un minuto. Luego cerró y me lo dio.

—¿Qué ha puesto?

—Lo de siempre. *JF 11-19*. La última que le hago, porque el año que viene ya no estaré abierto. A partir de ahora, que lo revise otro. Pero que conste que este año también ha venido.

Bajé la cuesta con el reloj puesto. Me quedaba grande de correa, igual que a él en el setenta y cinco. Tenía un mensaje de Lourdes: «¿Has comido?».

Le contesté: «Luego te cuento». Se lo conté al día siguiente, en la cocina, mientras ella pelaba una naranja, y no me interrumpió ni una vez.

A la mañana siguiente me levanté a las siete y cuarto, como siempre. Pablo estaba ya en la cocina, con el pelo mojado de punta y una tostada en la boca, mirando el móvil apoyado contra el bote del azúcar. Me senté enfrente. Me puse los zapatos —los dejo junto a la puerta de la cocina, porque Lourdes no quiere zapatos por el pasillo— y luego me quité el reloj, lo sujeté con la mano izquierda y empecé a girar la corona. Despacio. Hacia las doce. Suelta, coge, gira.

Pablo levantó la vista.

—¿Qué haces?

—Darle cuerda.

—¿Eso hay que hacerlo todos los días?

—Todos.

—Qué rollo.

—Sí.

Siguió mirándome. Yo iba contando: siete, ocho, nueve.

—Es el del abuelo, ¿no?

—Sí.

—No sabía que había que hacerle eso.

—Yo tampoco.

Tiene catorce años y desde el verano mira de esa manera, por debajo del flequillo, como si comprobara cosas sin querer que se note.

—Oye —dije—. Lo del sábado. El partido.

—Perdimos cuatro a uno.

—Ya. —Diecinueve, veinte—. Pero cuando cortaste la que iba a ser el quinto, en el segundo tiempo. Eso estuvo muy bien.

Pablo dejó de masticar. Me miró como si le hubiera dicho que tenía algo en la cara.

—Vale.

—Vale.

Volvió al móvil, pero no lo miraba: le daba vueltas entre los dedos, lo encendía, lo apagaba. Veintidós, veintitrés. La corona se puso dura y paré.

Me abroché el reloj, primero en el agujero de siempre, el de la grieta, y luego, pensándolo mejor, en el de al lado. Pablo dejó el plato en el fregadero y cogió la mochila.

—Papá.

—¿Qué?

—El sábado jugamos a las once. En el campo de arriba, no en el de siempre.

—A las once.

—Para que lo sepas —dijo. Y se fue, y la puerta hizo el ruido que hace siempre, que es un ruido que yo tendría que haber arreglado hace meses.

Me quedé en la cocina, con el café enfriándose, oyendo el reloj. Eran las siete y cuarenta y dos. Mañana, a la misma hora, otra vez.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Ha habido en tu vida alguien que te quisiera a su manera, sin palabras? ¿Qué gesto suyo entiendes hoy de otra forma? ¿Qué le dirías ahora?

CUATRO

LAS MANOS DE LA ABUELA



LA CAJA DE COSTURA estaba donde siempre, en el segundo cajón del aparador, debajo de los manteles que no se usaban nunca. Mamá quería empezar por la ropa, porque la ropa se mete en bolsas y las bolsas se bajan y así se ve que se avanza. Yo quería empezar por cualquier cosa que no fuera tu ropa. Abrí el aparador.

Era la caja de mimbre con la tapa forrada de cretona, la de las flores granate que se habían quedado rosas en la esquina por donde la cogías. El acerico con forma de tomate, perdiendo serrín por una costura. Las tijeras grandes, las de tela, envueltas en un trapo, que nadie podía tocar. Una vez, con siete años, corté con ellas una cartulina para el colegio, y tú lo supiste al día siguiente, al primer tijeretazo. «¿Quién ha cortado papel con estas?». No me levantaste la voz. Dejaste las tijeras en la mesa, abiertas, como quien enseña una herida, y estuviste dos días sin hablarme más que lo justo.

Estaba también el dedal. Me lo puse en el dedo corazón, como tú, y me quedaba grande. Al final, con la artrosis, ya no te entraba en ninguno y lo usabas de pisapapeles para las facturas de la luz.

—¿Qué haces? —dijo mamá desde el dormitorio.

—Nada. La caja de costura.

—Eso para ti, si lo quieres. Yo no voy a coser un botón en la vida.

Debajo de las madejas y de un sobre con botones de nácar que habías ido quitando a camisas muertas durante sesenta años, había una libreta escolar de tapas azules, de cuadrícula. Y debajo de la libreta, envuelto en un pañuelo de hombre, un librito pequeño con las tapas forradas de una tela de rayas finas, azul y blanca.

Lo reconocí antes de abrirlo, aunque no lo había visto nunca. Era tela de camisa. Popelín, de la buena. Tú forraste ese libro con un retal de las camisas que cosías para la fábrica.

* * *

Te recuerdo enhebrando. Es lo primero que me viene, antes que tu cara. La aguja en una mano, a la altura del pecho, y el hilo en la otra, mojado entre los labios y retorcido con dos dedos hasta dejarle la punta dura. Y la mirada en otro sitio: en la tele, en mí, en la olla. Nunca en la aguja. El hilo entraba solo. Yo me ponía a tu lado guiñando un ojo, sacando la lengua, y tú decías:

—Si la miras, se asusta.

Y te reías por la nariz, sin abrir la boca.

Cortabas el hilo con los dientes. Mamá te lo reñía, que te ibas a quedar sin dientes, y tú decías que las tijeras pequeñas estaban en la caja y la boca estaba aquí. Llegaste a los noventa y cinco con casi todos. Ganaste tú.

Cuando yo tenía doce años me enseñaste a bordar en un bastidor que había sido de tu madre. Punto de cruz primero, que es para tontos, decías, y luego punto atrás, cadeneta, punto de tallo. Me sentabas en la silla baja de la cocina y te ponías detrás. No me cogías la mano. Me cogías los hombros. Me los bajabas con las dos palmas, despacio, hasta que dejaban de estar pegados a las orejas.

—Los hombros no cosen —decías—. Cosen los dedos. Si coses con los hombros, a los cuarenta no levantas los brazos.

Luego me ponías un dedo en la muñeca y me la girabas un poco hacia fuera. Ese dedo era duro, frío, con la yema lisa de tanto empujar agujas. Ahora, en el taller, cuando llevo tres horas inclinada sobre un mantón y se me suben los hombros, los bajo sola, y a veces me sorprendo haciéndolo con tu ritmo.

Lo que no hacías nunca era decir que algo estaba bien. Cuando te enseñé mi primer pañito terminado, unas ramitas de olivo, le diste la vuelta. Siempre le dabas la vuelta. Miraste el revés un rato largo, con las gafas en la punta, y dijiste:

—El revés es lo que es la persona.

No sé si me estabas elogiando. Me lo he preguntado durante diecisiete años.

La libreta tenía las tapas combadas por la humedad y olía a ti, a jabón de pastilla y a armario. En la primera página, con tu letra de las buenas, la redonda, la de las cartas al banco, ponía: *Mujeres. Cocina.* Y debajo, una línea por persona. Nombre, año, una frase.

Antonia Carmona — 1962 — sabe su nombre. Ya es algo.

Josefa Martín — 1963 — la a, la e, la o. Se ha ido a Alemania con el marido. Sin terminar.

Dolores Peña — 1966 — ya firma sola.

Francisca López (Pauqi) — 1967 — leyó la carta de su madre ella sola.

Remedios Gallardo — 1970 — le lee el periódico al marido, que no sabe. Él no lo sabe.

Isabel Trujillo — 1974 — no vuelve. Lástima, tenía cabeza.

Ana Mari Ortega — 1978 — la última. Escribe mejor que yo.

Las conté sentada en el suelo del comedor, con la espalda contra el aparador. La primera vez me salieron cuarenta y la segunda cuarenta y una. Cuarenta y una mujeres entre 1962 y 1978. Algunas líneas tenían al lado una crucecita a lápiz, con la mano temblona de los últimos años. Me costó entender que eran las que se habían muerto.

Luego abrí el librito. Era una cartilla de leer de antes de la guerra, con dibujos de una niña, un oso, una uva, una escalera. Las hojas estaban amarillas y blandas como tela vieja. En la guarda, con una caligrafía inclinada, de pluma, que no era la tuya: *Para Rosario, que ya sabe la eme. Su padre, E. M. 1933.*

Tu padre. Don Ezequiel. El maestro al que quitaron la escuela en el treinta y nueve, del que en casa se hablaba poco y bajando la voz. Sé de él lo que me contaste de pasada, pelando patatas: que tenía muy buena letra y que después dio clases por las casas a cambio de aceite. No me contaste nunca que te había enseñado a leer con ese libro. Ni que lo habías guardado noventa años. Ni que lo habías forrado con un trozo de camisa para que no se deshiciera entre las manos de otras.

—Mamá —dije—. Ven un momento.

Vino con un rollo de bolsas de basura en la mano y el gesto de la gente a la que interrumpe.

No es que no lo supiera. Eso fue lo primero que me sentó mal.

—Ah, eso —dijo, mirando la libreta por encima de mi hombro—. Lo de las mujeres.

—¿Tú lo sabías?

—Saberlo, saberlo... Venían por las noches. Yo me tenía que ir a la cama a las nueve, y por la rendija de la puerta veía la luz y las oía. Creía que eran clientas, que venían a que les cogiera un bajo. Luego, de más grande, me di cuenta de que les estaba enseñando las letras. Pero no era nada, Irene. Era tu abuela con sus cosas.

—¿Cuarenta y una mujeres son sus cosas?

Pepa dejó las bolsas en la mesa. Mi madre tiene sesenta y seis años y manos de oficina, finas, con las uñas pintadas de un rosa que no le pega. No se parecen a las tuyas en nada, y eso también lo sé ahora: que le alegra no parecerse.

—A mí me sentaba a pegar botones —dijo—. Con nueve años. Cuarenta botones por noche, porque la fábrica pagaba por docena de camisas y las camisas sin botones no se pagaban. Y si me equivocaba, me lo hacía descoser. Sin decir nada, solo con el dedo, así, señalando. Mientras yo pegaba botones, ella les tenía paciencia a las de fuera.

—Mamá...

—No, si me parece muy bien. Yo solo digo que en esta casa la paciencia era para la calle.

Cogió las bolsas y se volvió al dormitorio. Oí las perchas chocando entre sí. Me quedé en el suelo con la libreta en las rodillas y pensé en una niña de nueve años en la cocina de esta casa, a las ocho y media de la noche, pegando su botón treinta y uno con la boca apretada, sabiendo que a las nueve iba a llegar gente y que la iban a mandar a la cama.

Tú no eras una santa. No te lo digo como reproche. Te lo digo porque, si no te lo digo yo, dentro de un tiempo te harán una, y te enfadarías.

En el taller tenemos una lámpara de lupa con brazo articulado que Concha compró a un dentista jubilado. Concha es la dueña y habla con los tejidos.

«Venga, bonito, que no te voy a hacer daño», le dice a un manto de Virgen con el oro deshilachado. Te habría caído mal. Demasiada conversación.

El lunes llevé la cartilla. La puse bajo la lupa encima de un papel secante, y Concha se asomó con el café en la mano y lo dejó lejos, en la otra mesa, que es lo que hace cuando algo le importa.

—El papel no es nuestro —dijo.

—El forro sí.

Lo miró un rato. El popelín estaba gastado en las esquinas hasta dejar ver la trama, y en el lomo las rayas azules habían desaparecido. Y había un remiendo. Eso fue lo que me hizo sentarme. En la esquina de abajo, donde la tela se había roto, alguien había metido un trocito de otro popelín, azul claro, liso, con unas puntadas tan pequeñas que bajo la lupa parecían de máquina. No lo eran. Las conté. Doce puntadas en un centímetro.

—Eso lo has hecho tú —le dije a la lupa, a ti.

Concha no preguntó nada.

—El papel se lo damos a Andrea, la del archivo, que me debe un favor —dijo—. El forro lo haces tú. Despacio. No lo quites. Consolídalo encima.

—Ya lo sé.

—Pues entonces no hace falta que te lo diga.

Esa tarde estuve con un mantón de Manila de una señora de Ronda, negro con flores, al que se le había comido la polilla el centro. Lo estaba fijando sobre tul, puntada a puntada, y en algún momento me di cuenta de que tenía la cartilla abierta al lado, en la página de la uva, y de que no había mirado la aguja en un buen rato.

* * *

Paqui fue la más fácil de encontrar porque mamá la conocía de vista.

—Una bajita, viuda del conductor de autobuses —dijo por teléfono—. Venía a ver a tu abuela a veces. Cuesta del Olivar, catorce, creo. Tercero.

Subí andando desde la calle de la Higuera, que es lo que tú hacías cuando todavía podías. En los últimos años, cuando pasábamos en el coche por la esquina de la cuesta, mirabas para arriba como se mira a alguien que te ha dejado de hablar. El catorce es un bloque de cinco plantas sin ascensor, con escalera de terrazo y una maceta de potos en cada rellano. En el tercero A hay un felpudo con un gato y una mirilla de las antiguas, de rejilla.

Me abrió una mujer pequeña, de pelo corto y rizado, con una rebeca gris y unas zapatillas de cuadros. Me miró de arriba abajo.

—Tú eres la nieta de Rosario.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las cejas. Pasa, que se va el calor.

El piso olía a sofrito y a suavizante. En el salón había una mesa grande con un hule de flores y, en la cabecera, junto a la ventana, una servilleta enrollada en una anilla de madera, aunque era martes y no comía nadie. Paqui me vio mirarla y no dijo nada, y yo tampoco. Fue a la cocina y volvió con dos cafés que no le había pedido y un plato de roscos de vino.

—Siento lo de tu abuela —dijo—. No fui al entierro porque tenía médico, y luego me dio vergüenza llamar. Así son las cosas.

No sabía cómo empezar, así que abrí la libreta por su página y se la di.

Paqui buscó las gafas en el bolsillo, las limpió con el pico de la rebeca, se las puso. Leyó moviendo un poco los labios, como quien reza sin querer que se note. Se quedó mucho rato con el dedo en la línea.

—La carta de mi madre —dijo—. Mira tú.

Le pregunté si se acordaba. Se rio de golpe, como un estornudo.

—¿Que si me acuerdo? Niña, yo llegué a Málaga con dieciséis años a servir en casa de un notario, y no sabía ni poner mi nombre. Mi madre me mandaba cartas desde el cortijo, que se las escribía una vecina, y yo se las llevaba a la cocinera para que me las leyera, y la cocinera me las leía delante del chófer y de la planchadora. Un día la planchadora, que era de aquí del barrio, me dijo: «Vete a ver a la Rosario, la de la Higuera, que esa enseña. Por las noches. No cobra».

—¿No cobraba nada?

—Nada. Bueno. —Se quedó pensando—. Había que llevar un huevo. O un poco de azúcar. No por pagar, decía ella, sino porque lo que no cuesta no se respeta. Yo llevaba azúcar del notario, que no se enteraba.

Me contó la cocina: la máquina de coser apartada y tapada con una funda, tres o cuatro mujeres cada noche y la cartilla de las rayas pasando de mano en mano.

—Y no te creas que era cariñosa, ¿eh? Tu abuela era más seca que el palo de una escoba. Si te equivocabas, te miraba por encima de las gafas y no decía nada, y tú ya te querías morir. Y tenía una mano dura con las haches. Dura, dura. Que si «hoy» con hache, que si «ahora» sin hache, que si «a

ver» separado. Yo le decía: «Rosario, por Dios, si la hache no suena, qué más da», y ella: «Porque te van a leer otros, y los otros se fijan». Una noche me hizo escribir «hierro» veinte veces. ¡Hierro! Yo, que en mi vida había tenido que escribir «hierro».

—¿Y la carta?

Paqui dejó la taza en el plato.

—Llegó en marzo del sesenta y siete. La abrí en mi cuarto, que era una despensa con una cama, y tardé una hora. Que mi hermana se había echado novio y que el olivar había dado poco. Nada. Pero la leí yo. El sábado se la llevé a tu abuela, y ella la leyó, me la devolvió y me dijo: «Bueno. Ahora contéstale». Y se puso a pelar papas. Eso fue todo.

Volvió a mirar la libreta.

—Mira, la Dolores Peña. La conocí allí, en la cocina. Costurera, como tu abuela, con muy buena mano, pero firmaba con una cruz y le daba una vergüenza que no veas. Se casó luego con el relojero de la calle Agua Clara. Murió hace unos años, la pobre. Él todavía sube los jueves al mirador. Y esta, la Remedios, vive con una hija en Ciudad Jardín. La Antonia murió hace mucho. Esta no sé.

Le pasé un bolígrafo y una hoja de mi agenda, y Paqui fue escribiendo al lado de cada nombre lo que sabía: viva, muerta, dónde, con quién. En mayúsculas lentas, apretando mucho, y cada vez que llegaba a una hache levantaba la vista con cara de pillina, como si tú estuvieras en el sofá de al lado.

En la puerta me cogió la mano y me la miró por los dos lados.

—Tienes sus dedos —dijo—. Los de antes. Antes de que se le torcieran.

* * *

Al final no podías con la aguja. Eso fue lo peor, creo, peor que la cadera y que la vista. Los nudillos se te habían hecho como nueces y los dedos se te iban todos hacia el meñique, como si les hubiera dado un viento. Un domingo de hace tres años te traje un botón suelto de mi abrigo, por llevarte algo que hacer, y te vi intentar enhebrar. Sin mirar, como siempre, hablando del perro de la vecina. El hilo se doblaba contra el ojo y no entraba. Al cabo de un rato dejaste de hablar.

—Trae —dije.

—Deja.

—Abuela, trae.

—Que dejes.

Me la diste al final, sin mirarme, y yo enhebré mirando la aguja, guiñando un ojo, y te la devolví. Tardaste veinte minutos en un botón. Te quedó perfecto. Le diste la vuelta al abrigo para mirar el revés, me lo diste y te fuiste a la cocina con el andador, y te oí abrir el grifo y cerrarlo y abrirlo otra vez.

No te volví a llevar botones. Pensé que era por respeto. Ahora creo que era por mí, por no tener que verlo otra vez, y que a lo mejor tú lo echaste de menos, aquello de tener entre las manos algo de otra persona que necesitaba arreglo.

* * *

Mamá vino al taller el viernes. No había venido nunca. Entró con el abrigo puesto y el bolso apretado contra el costado, como se entra en una consulta.

—Me ha llamado la Paqui —dijo—. Para decirme que eres igual que tu abuela. No sé si era bueno.

Concha descubrió que tenía que ir a la droguería. Nos quedamos solas con el mantón en el bastidor grande y la cartilla en la mesa pequeña, con unos pesos de plomo forrados de franela sujetando las tapas.

Mamá se acercó. No la tocó.

—Esto lo tenía en la mesilla cuando yo era chica. Una vez lo cogí para pintar en él, tendría seis años, y me dio una bofetada. La única en la vida. Luego estuvo llorando en el patio y yo pensé que lloraba porque me había pegado.

—A lo mejor sí.

—A lo mejor. —Se sentó en mi taburete sin quitarse el abrigo—. Tu abuelo se mató en el sesenta, Irene. Yo tenía tres años. Se cayó de un andamio, y la empresa le dio a tu abuela una cantidad que no daba ni para el luto. Ella cosía de seis de la mañana a ocho de la tarde. A las nueve llegaban las mujeres. A las once se iban. A las once y cuarto seguía cosiendo, porque lo de la noche no lo pagaba nadie y había que recuperar esas dos horas. Eso sí lo sabía. Lo que no sabía es que lo tuviera apuntado. Que le importara tanto.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no me pareció una historia. —Se miró las uñas rosas—. Era lo que pasaba en casa. Igual que el ruido de la máquina. Tú no le cuentas a nadie que en tu casa sonaba una máquina de coser.

Abajo, en la calle, un camión de reparto daba marcha atrás con su pitido.

—Cuando me fui a estudiar a Granada no vino a despedirme a la estación —dijo—. Tenía un encargo. Me dio un sobre con dinero en la cocina, me dijo «escribe» y se puso a coser. Cuarenta y una mujeres. Y a mí, «escribe».

—¿Y le escribiste?

Tardó en contestar.

—Cada semana. Cuatro años. Y me contestaba cada semana, con esa letra redonda. Sin una falta. —Se levantó y se arregló el abrigo—. Las tengo en casa. Nunca te lo he dicho.

Se fue sin darme un beso, porque nunca nos damos besos al despedirnos, en eso somos de tu rama. Pero desde la puerta se volvió.

—Si haces algo con la libreta, me lo cuentas antes.

* * *

Andrea me devolvió las hojas planas y limpias, con los desgarros del lomo unidos con tiras de papel japonés tan finas que había que buscarlas con luz rasante. Me dejó una nota: *El cosido original era bueno. Lo he respetado. La niña de la uva tiene una mancha de chocolate que no he quitado, me parecía de alguien.* No sé de quién es la mancha. Pudo ser tuya, con cinco años. Pudo ser de cualquiera de las cuarenta y una.

Empecé con el forro un lunes de noviembre, temprano, antes de que llegara Concha. Lo relajé con vapor frío, muy poco, para no mover los tintes, y lo dejé reposar bajo cristal. Teñí una crepelina de seda de un azul grisáceo, tres pruebas, hasta que dejó de notarse sobre el popelín gastado, y la coloqué encima del lomo como una piel. No se trata de que parezca nuevo. Se trata de que no se rompa más.

Enhebré mirando la aguja, como hago siempre. Seda de un cabo, color hueso. Me bajé los hombros. Puse la muñeca un poco hacia fuera.

La primera puntada la di al lado de tu remiendo, el de las doce puntadas por centímetro, y no me atreví a tocarlo. Lo dejé ahí, a la vista bajo la seda. Si alguna vez alguien le da la vuelta a esta cartilla, que lo vea.

A media mañana llegó Concha, me vio, se quitó el abrigo sin hacer ruido, que es algo que no ha hecho en su vida, y se puso a lo suyo.

* * *

Lo de la libreta lo decidí esa noche, en mi piso, con la hoja de Paqui al lado.

Según Paqui y según mamá, que llamó a dos vecinas viejas y a una prima de Archidona, de las cuarenta y una quedan vivas once. Remedios Gallardo, con su hija. Una Carmela que se fue a Barcelona y volvió. Una Ana Mari Ortega que, si es la que creemos, vive en Teatinos. Paqui, claro.

No voy a hacer fotocopias ni a arrancar las hojas; me mirarías sin decir nada desde donde estés. Voy a copiar cada línea a mano en una tarjeta de cartulina blanca, con tinta que no se borre y mi mejor letra, que no es la tuya pero no lleva faltas, y vigilaré las haches. El nombre, el año y tu frase tal como la escribiste, aunque algunas sean secas, como eras tú. Y debajo, en pequeño: *Apuntado por Rosario Montiel, en su cocina de la calle de la Higuera*. Se la llevaré a cada una a su casa, en mano, con un huevo o un poco de azúcar.

Las de las que se murieron también las haré, para quien quiera tenerlas: una hija, una nieta, un viudo. Paqui dice que el relojero es muy suyo, pero que a lo mejor la de la Dolores le hace ilusión.

La de Paqui la escribí la primera. Me salió torcida y la repetí. Mañana se la subo a la Cuesta del Olivar, y luego bajo a casa de mamá, que me ha dicho que tiene las cartas en una caja de zapatos y que, si quiero, las leemos juntas, aunque no hay nada en ellas, dice, cosas de la casa, el precio de la tela, que si llueve.

Le he dicho que me las enseñe igual. Que les daré la vuelta.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Qué trabajo invisible hizo por ti alguien de tu familia o de tu entorno? ¿Cómo lo nombrarías hoy, aunque sea solo aquí?

CINCO

HABITACIÓN 214



Día 1. Lunes

LA PRIMERA COSA QUE dijo Encarna Vega al entrar en la habitación 214, empujada en silla de ruedas por un celador y con las piernas como dos botijos, fue que ella había pedido la cama de la ventana.

—Nadie ha pedido nada, mamá. Estábamos en urgencias.

—Pues yo la he pedido por dentro.

La cama de la ventana estaba libre, de modo que la tuvo. En la de la puerta había un hombre mayor, delgado, con las gafas puestas y una cánula de oxígeno en la nariz, que levantó la mano como si saludara desde un balcón. A su lado, en el sillón reclinable de escay verde, una mujer de unos cuarenta años tecleaba en un portátil apoyado en las rodillas. Tenía el pelo recogido con un lápiz.

—Buenas tardes —dijo Sergio, por decir algo.

—Buenas tardes —contestó ella sin dejar de teclear, y luego levantó la vista y añadió—: Bienvenidos. El mando de la tele no funciona. Hay que darle con la mano.

—¿A la tele o al mando?

—A los dos, según el día.

Sergio Vega tenía cincuenta y cuatro años, conducía el taxi de licencia 1187 desde hacía veintidós y sabía que los nervios se le iban por la boca. Cuando estaba preocupado hacía chistes malos; cuando estaba muy preocupado los hacía peores. Aquella tarde llevaba seis horas en urgencias y ya había hecho tres.

La auxiliar entró detrás de ellos con una báscula. Pijama morado y un nombre bordado en el pecho: Puri.

—Encarnación, vamos a pesarnos. Esto lo vamos a hacer todas las mañanas, así que vaya haciéndose a la idea.

—Yo no me peso delante de hombres.

—Su hijo no cuenta.

—Mi hijo no, pero ese señor sí.

El señor de la cama de la puerta no se dio por aludido. Sergio, después, entendería por qué: Ernesto Ibáñez no oía nada por el oído izquierdo, y Encarna le había hablado justo por ese lado.

Puri corrió la cortina entre las dos camas con un tirón que sonó a telón de teatro. Encarna pesó setenta y cuatro kilos con cuatrocientos gramos, y lo comentó con la indignación de quien ha sufrido un atraco.

* * *

A las ocho y cuarto llegó el carro de la cena. Se le oía venir desde lejos, con un traqueteo de tranvía pequeño. Encarna levantó la tapa de su plato y la volvió a bajar.

—Merluza hervida sin sal. Esto es para que una se muera de pena antes que del corazón.

—Mamá.

—Es una broma. ¿No se puede hacer una broma?

Al otro lado, Nuria Ibáñez le partía el pescado a su padre en trozos pequeños. Ernesto comía con una servilleta metida en el cuello del pijama. Encarna lo estudió con descaro.

—Su padre tiene muy buena planta —le dijo a Nuria, que tardó un segundo en entender que le hablaban a ella.

—Se lo diré.

—No, no se lo diga, que luego se lo creen.

Nuria sonrió hacia el plato. A Sergio le pareció que lo hacía con disgusto, como si la risa la hubiera pillado distraída.

Día 2. Martes

Por la mañana pasaron los médicos: una adjunta de pelo gris muy corto, la doctora Garrido, y un residente joven con zapatillas de correr, Álvaro, que lo apuntaba todo en una libreta. Le apretaron a Encarna con el pulgar la piel de los tobillos y miraron cuánto tardaba en volver el hoyo. Hablaron del peso y de las pastillas.

—¿Ha descansado?

—Yo descanso poco, doctora. Tengo un vecino muy guapo.

La doctora Garrido no se rio, pero levantó una ceja de una manera que valía por una carcajada. Había bajado un kilo; había que seguir. El residente le explicó a Sergio en el pasillo cosas sobre el líquido y la orina, y Sergio asintió a todo y solo retuvo las zapatillas.

Volvió a la habitación con dos cafés de la máquina del final del pasillo, que daba un quejido de animal herido antes de soltar el vaso. Uno era para su madre, hasta que recordó que no podía tomarlo.

—¿Quiere un café? —le preguntó a Nuria—. Está recién hecho. Bueno, recién gemido.

Nuria lo miró por encima del portátil.

—¿Lleva azúcar?

—Lleva lo que haya querido la máquina.

Lo aceptó. Sergio sacó el periódico doblado por los pasatiempos y un bolígrafo mordido. Hacía crucigramas en papel desde los veinte años, en los semáforos largos y en la parada del aeropuerto. Su exmujer decía que era la única cosa que había terminado nunca.

—Oiga —dijo al rato—. ¿Usted qué hace con el ordenador, si no es indiscreción?

—Traduzco. Y corrijo textos de otros.

—¿De qué idiomas?

—Del inglés y del francés. Ahora, las instrucciones de una caldera.

—Entonces sabrá esto. Horizontal, nueve letras: «Que no se puede decir».

Nuria no levantó la vista.

—Inefable.

—Eso tiene ocho.

—Indecible.

Sergio contó con el dedo. Lo escribió letra a letra, en mayúsculas.

—Pues ya está. Me ha salvado la mañana.

—Le he salvado una palabra.

—A mi edad, eso es la mañana.

Encarna, que fingía dormir, dijo sin abrir los ojos:

—Este es así. Te pregunta una y después ya no te deja en paz.

* * *

Por la tarde entró el turno nuevo, y con él la enfermera Lucía Domínguez: coleta tirante, gafas colgadas de un cordón, bolígrafo de cuatro colores.

—Encarnación, ¿qué tal esas piernas?

—Hinchadas, hija, como siempre. Ya no me caben ni las zapatillas de mi marido, que en paz descanse, que tenía un cuarenta y cuatro.

—¿Y por qué se pone usted las zapatillas de su marido?

—Porque son las únicas que me caben.

Lucía soltó una risa corta y franca. Después habló hacia la otra cama, más alto y por el lado bueno, sin que nadie se lo hubiera dicho:

—Ernesto, ¿ha hecho los ejercicios del aparatito?

Ernesto levantó un inspirómetro de plástico con tres bolitas dentro, como un niño que enseña los deberes.

—Dos bolas. La tercera no sube.

—La tercera es para nota. Mañana.

Antes de salir, Lucía le dijo a Sergio, sin bajar la voz pero sin subirla:

—Su madre tiene que beber poco. Ya sé que pide agua. Medio vaso, y se lo apunta en la hoja. Si tiene la boca seca, le moja los labios con una gasa.

—¿Y si me insulta?

—Le insulta un poco y se le pasa. Peor es lo otro.

Día 3. Miércoles

La noche del martes al miércoles, tras una tarde de respiración corta, Sergio se quedó en el sillón reclinable, que se reclinaba hasta un punto y luego se negaba, como un mulo. Desde el pasillo llegaban una luz azulada y los ruidos de la planta: un timbre, unos zuecos, alguien que tosía tres puertas más allá. Su madre respiraba con un silbido pequeño al final.

Al otro lado de la cortina, que estaba a medio correr, Nuria tampoco dormía. La luz del móvil le iluminaba la cara desde abajo.

—¿Tiene usted un cargador de los de ahora? —susurró ella—. El mío lo he dejado en casa.

—Tengo de todos. Un taxista sin cargadores es como un cura sin agua bendita.

Le pasó uno por debajo de la cortina. Ella lo enchufó en la regleta, donde solo funcionaban dos enchufes de cuatro.

—Gracias.

—De nada. Me lo devuelve con intereses.

—¿De cuánto?

—Una palabra de siete letras.

La oyó reírse, por la nariz, con cuidado de no despertar a nadie. Luego se quedaron un rato callados.

—Mi padre se cayó en la cocina —dijo ella, al cabo—. Estuvo una noche entera en el suelo. Yo vivo a veinte minutos. No me llamó porque no quería molestarme a esas horas. Lo encontró la vecina por la mañana, porque no había sacado la basura.

—Y luego, claro, la neumonía —siguió Nuria—. El médico dice que va bien. Que es fuerte. Tiene setenta y ocho años y hace sudokus de los difíciles sin lápiz.

—Mi madre tiene ochenta y seis y no sabe dónde deja las gafas, pero se sabe los actores de todas las series turcas. Con apellidos.

—¿Turcas?

—Turcas. Hay una que se llama *Las rosas de Estambul* que lleva trescientos capítulos. Chica pobre, chico rico, suegra malísima, y cada vez que se van a besar pasa algo: un accidente, un hermano gemelo.

—¿Usted la ve?

—Yo no. Yo la oigo. Que es peor.

* * *

El miércoles por la mañana Encarna amaneció con mejor color y con la lengua afilada. Se pesó: setenta y tres kilos con cien.

—Me estoy quedando en nada —le dijo a Puri.

—Se está quedando en usted, que es lo que queremos.

Le pidió a Sergio que le trajera de casa el pintalabios, el que estaba en el cajón de la mesita, «el de color ciruela, no el rojo, que el rojo es para bodas». Sergio trajo el rojo. Encarna se lo puso igual, con la mano temblona, mirándose en la polvera.

—Esto es una boda —dijo— porque yo lo digo.

Después habló alto hacia la cama de la puerta, por el lado derecho de Ernesto, el que oía, porque ya lo había averiguado:

—Ernesto, ¿a usted le gustan las series turcas?

Ernesto se quitó las gafas, como para oír mejor.

—No he visto ninguna, señora.

—Pues esta tarde la vemos juntos, que hoy echan el capítulo en que Kerem se entera de que Asli no es hija de quien él cree.

—¿Y de quién es hija?

—Eso es lo que vamos a ver. Encarna, por cierto. A mí no me llame señora, que me hace mayor.

—Encarna —repitió Ernesto, con una pequeña inclinación de cabeza, como si estuviera en un baile.

Nuria miró a Sergio. Sergio miró a Nuria. Ninguno de los dos dijo nada, y los dos tuvieron que mirar a otra parte.

* * *

Por la tarde vieron el capítulo en la tele de tarjeta, que Sergio cargó con diez euros. Encarna explicaba en voz alta lo que pasaba y lo que iba a pasar, y se equivocaba con frecuencia. Ernesto escuchaba con el ceño fruncido, como cuando corregía exámenes.

—Esa señora es la abuela —dijo él en un momento dado.

—Esa es la tía.

—Pero antes ha dicho que es la madre de la madre.

—Porque miente, Ernesto. Aquí miente todo el mundo. Si no mintieran, la serie duraría dos capítulos.

Al final del episodio, cuando Kerem estaba a punto de abrir un sobre, apareció la palabra «continuará» sobre una puesta de sol. Encarna dio una palmada en la sábana.

—¿Ve usted? Siempre igual.

—Es un método muy eficaz —dijo Ernesto—. Si yo hubiera dado así las clases de trigonometría, habría tenido otros resultados.

Encarna se rio tan fuerte que le terminó en tos, y Sergio se levantó de un salto, y ella le hizo un gesto para que se sentara, que no era nada. Lucía asomó la cabeza por la puerta, entró, le subió el cabecero, le puso los dedos en la muñeca y esperó con ella hasta que pasó.

—Nada de reírse tan fuerte, Encarnación.

—Pues que no me hagan gracia.

Día 4. Jueves

La doctora Garrido pidió hablar con Sergio y con su madre a la vez. A media mañana, con la cortina corrida. Nuria salió al pasillo con el portátil sin que nadie se lo pidiera. Ernesto se puso los auriculares de la radio, aunque Sergio sospechó que los llevaba en el oído sordo.

La doctora se sentó en el borde de la silla de las visitas. No llevaba papeles en la mano.

—Encarna, quiero hablar con usted con tranquilidad. Las piernas han mejorado, el peso ha bajado, respira mejor que el lunes. Eso es bueno. Pero quiero que sepa que su corazón está cansado. Lleva muchos años trabajando y ahora le cuesta más. Esto que le ha pasado, que se le acumule el líquido y le falte el aire, puede volver a pasar.

Encarna la escuchaba con las manos juntas sobre la sábana y el pintalabios gastado en las comisuras.

—¿Y cuántas veces puede volver a pasar?

—Eso no lo sé. Nadie lo sabe con exactitud. Lo que sí podemos es cuidarla para que esté lo mejor posible y donde usted quiera estar. Hay un equipo de enfermeras y médicos que va a las casas. Y hay decisiones que me gustaría que usted tomara, con su hijo, si quiere, sobre lo que quiere que hagamos y lo que no.

Sergio le daba vueltas al bolígrafo. Buscó un chiste. No encontró ninguno.

Encarna tardó en contestar. Por la ventana se veían azoteas con antenas, un trozo de cielo blanco y una grúa parada.

—Mire, doctora. Yo tengo ochenta y seis años. He enterrado a un marido y a dos hermanos. Tengo un hijo que es un poco tonto pero muy

bueno, y una nieta en Irlanda que me manda fotos de unas vacas que no sé por qué me las manda. —Sergio abrió la boca y ella levantó un dedo sin mirarlo—. Yo quiero estar en mi casa, en mi sillón, con mi tele. Si me tengo que morir, me muero en mi casa. A mí no me entuben. Ni me metan en la UCI esa. Lo de las pastillas, las que hagan falta. Lo de pesarme todos los días, también, aunque me den ganas de tirar la báscula por el balcón. Y que me dejen tomarme un café con leche por las mañanas, aunque sea pequeño.

La doctora asintió.

—El café, pequeño, lo podemos hablar.

—Pues ya está todo hablado.

—No todo, pero gran parte. Vamos a apuntarlo, ¿le parece? Y si cambia de opinión, se cambia. Esto no es un contrato.

—Yo no cambio de opinión desde 1962 —dijo Encarna—. Pregúntele a mi hijo.

Cuando la doctora se fue, su madre le alargó la mano por encima de la barandilla de la cama y él la cogió. Tenía la piel fina como el papel de fumar y caliente.

—No pongas esa cara, Sergio, que pareces tu padre cuando perdía el Málaga.

—No pongo ninguna cara.

—Pones la de siempre. Anda, sal a que te dé el aire, y dile a la muchacha que entre, que está en el pasillo como una pobre.

* * *

Sergio llegó hasta la máquina del café y apoyó la frente en el cristal frío. Entre los botones había uno de caldo. No sabía que hubiera caldo. Nuria se acercó por detrás.

—¿Qué tal?

—Bien. Quiere irse a casa.

—Es lo normal.

—Ya. —Pulsó el botón del caldo, por curiosidad. La máquina gimió—. Lo ha dicho con mucha claridad, ¿sabe? Como quien pide la vez en la pescadería. Yo llevo dos años sin atreverme a preguntárselo.

El vaso salió con un líquido amarillento que olía a pastilla de caldo. Sergio lo probó.

—Esto es lo peor que me he bebido en mi vida. Y una vez en la feria de Fuengirola me bebí una cosa azul.

Nuria se rio. Esta vez no parecía que le disgustara.

* * *

Esa noche los dos se quedaron. Encarna roncaba suave, como un gato. Ernesto también. Nuria estaba en el sillón con las piernas recogidas, envuelta en una chaqueta de lana gris. La cortina estaba descorrida; desde hacía dos noches ya nadie la corría del todo.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo Sergio, en voz baja.

—Depende.

—Su madre. Su padre lleva aquí cuatro días y no ha venido nadie más que usted. Yo no tengo derecho a preguntar nada, conste.

—No, no tiene derecho.

—Vale.

Una luz roja parpadeó sobre la puerta de enfrente y se apagó.

—Mis padres se separaron cuando yo tenía trece años —dijo Nuria al cabo de un rato, mirando al techo—. Mi madre se fue. Bebía. Bebía mucho, durante mucho tiempo. Ahora no, ahora dicen que no bebe desde hace nueve años. Vive en Torremolinos. No hablo con ella desde hace siete.

—¿Siete años?

—Siete. La última vez fue en 2017. Nos vimos en una cafetería y quiso que la perdonara allí mismo, entre el café y la cuenta, de golpe y entera. Como si fuera un trámite. Le dije que no podía. Ella se levantó y se fue. O me fui yo. No me acuerdo de quién se levantó primero. Me acuerdo del color de la taza.

Sergio no dijo nada.

—Usted no hace chistes cuando le cuentan cosas serias —dijo Nuria—. Es raro, porque los hace con todo lo demás.

—Hago chistes cuando el que está mal soy yo.

—Ya me he dado cuenta.

Al rato fue él quien habló.

—Mi hija vive en Dublín. Lorena. Tiene veintiséis años y trabaja en algo de ordenadores que me ha explicado tres veces. Hablamos por videollamada los domingos, diez minutos. A los cinco ya no sé qué decirle y le pregunto si

llueve. Me dice que sí. Luego le pregunto si come bien. —Se frotó la cara con las manos—. Es la que manda las fotos de las vacas. A mi madre. A mí no me manda vacas.

—A lo mejor espera que se las pida.

—A lo mejor.

—Pídaselas.

—¿Las vacas?

—Lo que sea.

Encarna hizo un ruido en sueños, una palabra que no se entendió, y se dio la vuelta. Los dos se quedaron quietos, como pillados en falta.

Día 5. Viernes

Nuria bajó a la cafetería a por un bocadillo de tortilla y a contestar a un cliente que quería la caldera para el lunes. Tardó cuarenta minutos. Cuando volvió, Ernesto estaba sentado en el borde de la cama, con los pies colgando y en la mano el móvil de teclas grandes que él decía que era para jubilados, como si él no lo fuera.

Encarna estaba en el baño con Puri. Sergio había ido a su casa a ducharse.

—Se me ha subido la tercera bolita —dijo Ernesto.

—¿La del aparato?

—La del aparato. Para nota.

—Enhorabuena.

Nuria dejó el bocadillo en la mesita y se sentó. Ernesto miraba el móvil sin manejarlo, con los ojos un poco entornados, como cuando hacía una cuenta difícil de cabeza.

—Nuria.

—Dime.

—Tu madre ha llamado. Preguntó por ti. Le dije que estabas aquí.

Nuria se quedó con la mano en el envoltorio del bocadillo. El papel de aluminio crujió.

—¿Cuándo?

—Hace un rato. Mientras estabas abajo.

—¿Y cómo sabía ella...?

—Se lo dijo la vecina. La de la basura. Siguen hablando, por lo visto. Yo no lo sabía.

Por el pasillo pasó una camilla con un celador silbando bajito. Puri dijo algo dentro del baño y Encarna contestó que eso a ella no se lo decía nadie.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Me ha preguntado cómo estaba. Le he dicho que bien, que me voy mañana o pasado. Me ha preguntado si tú estabas bien. Le he dicho que no lo sé, que tú no cuentas esas cosas. Y luego me ha preguntado si estabas aquí, y le he dicho que sí, que estabas aquí, que estabas todos los días. —Ernesto dejó el móvil sobre la sábana, con cuidado, como si fuera de cristal—. No le he dado tu número. Eso te lo digo para que estés tranquila.

—Estoy tranquila.

—Ya.

Ernesto se quitó las gafas y las limpió con la sábana, que era lo que hacía siempre que no sabía qué hacer con las manos. Nuria se lo había visto hacer frente a la pizarra, en las reuniones de padres, en el entierro de la abuela.

—Tenía otra voz —dijo él—. No la de antes. Una voz más despacio.

—Papá, no.

—Vale.

Ernesto se volvió a poner las gafas. Encarna salió del baño agarrada al brazo de Puri, en camión y con las zapatillas del difunto, y se detuvo en mitad de la habitación al verlos tan quietos, como si hubiera entrado en una iglesia por error.

—Huy. Aquí ha pasado algo.

—No ha pasado nada, Encarna —dijo Ernesto.

—Usted no sabe mentir, Ernesto. Se le nota en las orejas.

Ernesto se tocó la oreja derecha, la buena, y Nuria, sin querer, se rio. Era una risa rara, que le salía torcida. Salió al pasillo con el bocadillo y no se lo comió.

* * *

Sergio volvió a las once con la ropa limpia, el pelo húmedo y el periódico nuevo. Encontró a Nuria en las sillas de plástico de los ascensores, mirando el suelo. No le preguntó nada. Se sentó a su lado y se puso a leer definiciones en voz alta.

—Vertical, cuatro letras: «Hace falta para empezar».

—Gana.

—No encaja. Aquí la segunda es una ce.

Nuria se inclinó sobre el periódico. Tardó un momento.

—Acto.

—¿Acto?

—Hace falta un acto para empezar. Es un crucigrama de listillo.

—Todos los de este periódico son de listillo. Por eso me gustan.

Lo escribió. Se quedaron un rato así, él con el bolígrafo en el aire.

—Mi madre ha llamado a mi padre —dijo Nuria.

—Ah.

—Ha preguntado por mí.

Sergio movió la cabeza y siguió mirando el crucigrama.

—Pues —dijo— vertical, nueve: «Lo que se deja para otro día».

—No lo sé.

—Yo tampoco. Lo dejamos para otro día.

* * *

Esa tarde Lucía Domínguez entró en la habitación con el alta de Ernesto en la carpeta.

—Mañana a primera hora le quitamos la vía y le vamos a echar, Ernesto, que ya está usted ocupando cama de balde.

—Me voy con pena —dijo Ernesto, y miró a la cama de la ventana.

—Ay, no diga eso, que me sofoco —dijo Encarna, y se abanicó con el menú del día siguiente.

Lucía le explicó a Nuria el antibiótico de casa, la cita con el médico de cabecera y los ejercicios del aparato, y luego la hizo repetirlo, como a los alumnos buenos y a los malos.

—¿Va a estar alguien con él en casa los primeros días?

—Yo.

—¿Usted sola?

—Yo sola.

Lucía la miró un segundo más de lo necesario.

—Pues duerma, que usted también cuenta. Si se cae usted, ¿quién lo levanta a él?

Antes de irse, ya en la puerta, Lucía se volvió hacia Encarna.

—Encarnación, me han dicho que quiere usted irse a casa con su sillón y su tele.

—Y con mi café con leche.

—Pequeño.

—Pequeño, ya lo sé. Aquí todo el mundo me dice que pequeño. Hasta la merluza es pequeña.

—Mi madre dice que el café, si no es grande, no es café —dijo Lucía—. Y ahí la tiene, con setenta y cinco años, subiendo tres pisos a pie con la compra.

—Pues dígle a su madre que es una mujer muy sensata.

—Se lo digo el domingo. Que el domingo como allí.

Día 6. Sábado

El alta llegó como llegan las cosas en los hospitales: después de horas en que no pasa nada, todo a la vez. A las diez le habían quitado la vía a Ernesto; a las diez y media Puri trajo una bolsa grande y el informe en un sobre marrón; a las once Nuria metía en la bolsa el pijama, el neceser y el libro de ajedrez que su padre no había abierto.

Sergio no sabía qué hacer con el cuerpo. Bajó a la máquina y subió con un café que no quería. Ofreció su taxi.

—Está abajo, en el aparcamiento. Os llevo. Le llevo. Les llevo.

—Ya he pedido uno —dijo Nuria—. Viene a las once y media. Lo pedí anoche, antes de... Bueno. Ya lo había pedido.

—Ah, bueno. Mejor. Así no tiene que aguantarme.

—No es eso.

—Ya sé que no es eso.

Ernesto se vistió detrás de la cortina con ayuda de Puri: un pantalón de pana marrón, una camisa de cuadros abrochada hasta el último botón y una rebeca. Parecía un profesor a punto de entrar en clase. Encarna lo miró de arriba abajo.

—Huy, Ernesto. Si llego a saber que se arreglaba usted así, me pongo yo las medias.

Ernesto se acercó a la cama de la ventana. Despacio, apoyándose en el respaldo del sillón. Se acercó por el lado de su oído bueno.

—Encarna, ha sido un placer compartir con usted la habitación.

—Lo mismo digo. Y ya sabe, el martes que viene sale lo de Kerem. Si se entera usted de quién es el padre de Asli, me llama.

—No tengo su número.

—Pues mi hijo se lo da. Mi hijo da su número a todo el mundo, es taxista.

Ernesto le tendió la mano y Encarna, en lugar de darle la suya, tiró de él hacia abajo y le dio un beso en la mejilla izquierda, la del oído sordo. Le dejó un poco de pintalabios rojo. Ernesto se enderezó, con las gafas torcidas, y no se limpió.

—¿Qué me ha dicho? —preguntó él—. Por ese lado no oigo.

—Por eso se lo he dicho por ese lado.

Nuria tuvo que mirar por la ventana: azoteas, antenas, la grúa parada, un trozo de cielo que por fin era azul.

* * *

Mientras Nuria firmaba papeles en el control, Sergio se quedó sin saber dónde ponerse. Ernesto esperaba en la silla de ruedas en la que tenía que bajar por norma, aunque podía andar. Encarna se había quedado medio dormida, o lo fingía.

—Su hija —dijo Sergio, y no supo seguir.

Ernesto lo miró, esperando, como se espera a un alumno que ha empezado bien una demostración y se ha quedado a la mitad.

—Que tiene usted una hija muy lista.

—Lo sé. Lo malo es que lo sabe ella también.

A Sergio le hizo gracia. Luego sacó la cartera y, entre tiques y una estampa de la Virgen que le había metido su madre y que no se atrevía a tirar, encontró una tarjeta. Cartulina blanca, un taxi dibujado en una esquina, un poco doblada: «Sergio Vega · Taxi licencia 1187 · Málaga», y un número de teléfono. La sostuvo un momento en la mano. Después la dejó encima de la mesita de Ernesto, al lado del vaso de plástico y del inspirómetro con sus tres bolitas.

—Por si necesitan que les lleve a algún sitio —dijo—. Para las revisiones, o para lo que sea. Yo cojo el teléfono siempre. Bueno, cuando no conduzco. O sea, casi nunca. Pero devuelvo las llamadas.

—Lo tendré en cuenta —dijo Ernesto, sin coger la tarjeta.

Nuria volvió con el sobre del informe y una copia de la receta. Vio la tarjeta. No dijo nada. Puri apareció en la puerta para empujar la silla.

—Venga, que el taxi no espera. Bueno, este sí —dijo, señalando a Sergio con la barbilla—, pero el otro no.

Hubo un momento en que los cuatro se quedaron en mitad de la habitación sin saber cómo se terminaba aquello. Sergio le tendió la mano a Nuria. Nuria se la estrechó. Fue un apretón corto, de notaría. Después los dos se dieron cuenta de que había sido ridículo y ninguno lo arregló.

—Bueno —dijo ella.

—Bueno —dijo él—. Que le vaya bien con la caldera.

—Ya la terminé anoche.

—¿Y cómo acababa?

Nuria se lo pensó.

—Si persiste la avería, llame al servicio técnico.

—Eso es un buen final.

—Es el único que tienen todas.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió, dio dos pasos hacia la mesita, cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta de lana gris. Lo hizo deprisa, sin mirar a Sergio, como quien recoge una cosa que se le ha caído.

—Por si acaso —dijo.

Y se fue detrás de la silla de su padre por el pasillo, entre el carro de las sábanas y un hombre con su gotero, y Sergio la vio hasta el recodo de los ascensores y luego ya no la vio.

* * *

La cama de la puerta estuvo vacía dos horas. Puri cambió las sábanas y se llevó el inspirómetro. Sergio se sentó en el sillón de su madre y abrió el periódico. Le quedaban tres palabras del crucigrama.

—Se ha llevado la tarjeta —dijo Encarna, sin abrir los ojos.

—¿Tú no dormías?

—Yo no duermo nunca. Yo descanso la vista.

Sergio dio unos golpecitos con el bolígrafo en el papel.

—Mamá. Vertical, nueve: «Lo que se deja para otro día».

—Pues lo que tú dejas siempre, hijo. Todo. —Encarna abrió un ojo—. ¿Has llamado a la niña esta semana?

—Mañana es domingo.

—Pues mañana le dices que me mande otra vaca. Que la última era muy bonita, tenía cara de persona.

Por el pasillo empezaba a oírse, a lo lejos, el traqueteo de las ruedas. Faltaban horas para la cena, pero algún carro pasaba siempre, camino de alguna parte. Sergio contó las casillas con el dedo, una, dos, nueve, y no escribió nada. Dejó el bolígrafo dentro del periódico doblado, para que no se perdiera la página, y se quedó mirando la cama vacía, que dentro de un rato ya sería de otro.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Recuerdas a algún desconocido que te acompañara en un mal momento? ¿Qué le habrías dicho si hubieras tenido ocasión?

SEIS

LA CARTA SIN SELLO



AMPARO GIL NO ENTRABA en las tiendas de muebles viejos a comprar muebles. Entraba a leer. Le gustaban las etiquetas escritas con rotulador, los precios tachados dos y tres veces, los cajones que todavía guardaban un recibo de la luz de 1987. Veinte años de cartera y otros quince de ventanilla le habían dejado una costumbre: mirar una letra y adivinar a la persona. La gente que escribe con mayúsculas tiene miedo a no ser entendida. La que firma con una rúbrica de tres vueltas ha sido, alguna vez, importante en una oficina.

Muebles y Ocasión Jiménez estaba en una calle estrecha de El Perchel, entre una peluquería de caballeros y una zapatería cerrada. Tenía la puerta abierta todo el año y un perchero de hierro en la acera con sombreros que nadie se probaba. Dentro olía a cera, a polvo y a bizcocho, porque la mujer de Paco Jiménez se lo mandaba en un táper y él lo iba picando toda la mañana.

—Doña Amparo, la de los cajones —la saludó Paco desde detrás de una cómoda—. Hoy no le he guardado nada, que la última vez se me llevó usted las postales de un marinero a veinte céntimos.

—Las pagué.

—Eso no es pagar, es una limosna con recibo.

Paco tenía sesenta y tantos años y un bigote amarillo de tabaco que ya no fumaba. Hablaba de los muebles como de los parientes: este es de buena familia, este ha tenido mala vida.

El secreter estaba al fondo, debajo de un cuadro de ciervos. Nogal oscurecido, patas torneadas, la tapa abatible con una cerradura de latón y la

llave puesta, atada con un cordón rojo. Amparo bajó la tapa. Dentro había un casillero de seis huecos, dos cajoncitos con tiradores de hueso y un tapete de fieltro verde comido en una esquina. En el fieltro se veían las marcas de un bolígrafo que alguien había apoyado durante años siempre en el mismo sitio.

—Años cuarenta —dijo Paco—. Ese no se mueve aunque le dé usted una patada.

—Yo no doy patadas a los muebles.

—Ya lo sé. Por eso se lo enseñó a usted y no a otra.

Regatearon. Amparo señaló el fieltro, la bisagra de la izquierda que no cerraba del todo, una mancha blanca de vaso. Paco señaló las patas. Llegaron a un número que ninguno de los dos dijo en voz alta para no admitir que había perdido.

—Se lo sube mi sobrino el martes. ¿Sigue usted en Lagunillas, en el tercero sin ascensor?

—En el mismo.

—Pues el martes mi sobrino se acuerda de usted toda la tarde.

* * *

Lo puso en el salón, junto a la ventana, donde antes estaba la mesita del teléfono. Durante tres tardes lo limpió con un trapo de algodón y aceite de linaza, siguiendo la veta, como le había enseñado su padre con la mesa de la cocina. En un cajoncito había un botón negro de abrigo y un clip oxidado. En el otro, nada. Pasó el trapo por el casillero hueco a hueco, con el dedo índice envuelto hasta el fondo.

En el tercer hueco de la fila de abajo, la tablilla del fondo no sonó como las demás.

Amparo había llamado a muchas puertas en su vida; sabía distinguir una casa llena de una vacía. Golpeó la tablilla con el nudillo: hueco. Golpeó la de al lado: pared.

No había botón ni resorte. Había que empujar la tablilla hacia arriba y luego tirar del canto con la uña. Se le partió la del pulgar. Por fin salió un cajoncito plano, sin tirador, de dos dedos de alto, que alguien había hecho para que nadie supiera que estaba allí.

Dentro había un sobre.

Lo sacó de canto, sin doblarlo, como se sacaba antes una carta atrapada entre dos paquetes en el fondo de la saca. Lo dejó sobre el fieltro y encendió la lámpara.

Era un sobre pequeño, de papel color crema que los años habían vuelto del color de la cáscara de huevo. No tenía sello. No tenía dirección ni remite. La solapa no estaba pegada, sino metida hacia dentro, como se hace cuando todavía se piensa añadir algo o cuando no se ha decidido nada. En el centro, con bolígrafo azul, una sola palabra:

Julían

La jota era grande, con una lazada abierta por arriba, de las que se enseñaban en los cuadernos de caligrafía de los años cincuenta; la ele subía y se arrepentía. Letra de mujer que había ido al colegio el tiempo justo y después había escrito poco: listas de la compra, alguna felicitación. Cuidadosa porque no estaba acostumbrada. Debajo del nombre, el bolígrafo había descansado y había dejado un puntito de tinta, como si la mano hubiera dudado si poner un apellido.

En Correos, las cartas que no se podían entregar ni devolver iban a rezagos, donde a veces, con permiso y con testigos, se abrían para buscar dentro una pista. Amparo había sido testigo dos veces y recordaba la incomodidad de los dedos al desplegar papel ajeno.

En su ruta no había abierto nunca una carta. Había entregado una dirigida a *La abuela Lola, la de los geranios, por detrás de la iglesia*, que llegó porque Amparo conocía los geranios. Había entregado durante once años las cartas que un viudo de la calle Cuarteles se mandaba a sí mismo los lunes, para tener algo en el buzón. Una carta tiene que llegar. Era lo único que Amparo tenía claro del oficio y, a veces, de casi todo lo demás.

Pero para que llegue hay que saber adónde va.

Dentro había dos cuartillas pautadas, dobladas en tres, escritas por una sola cara. Al abrirlas, el papel hizo un ruido seco de cosa que llevaba mucho tiempo cerrada.

Málaga, 12 de mayo de 1984

Julían:

Hoy te he visto. Tú ya lo sabes, porque me has despachado tú. Me has preguntado si el reloj era para regalo y yo te he dicho que sí, que era para mi hijo, que tiene seis años y se llama Daniel. Tú lo has envuelto en papel de estraza con esa cuerdecita que pone tu tío desde siempre y me has dicho que, si

se paraba, que se lo trajera. Ni tú ni yo hemos dicho nada más. Yo he salido de la tienda y he tenido que sentarme en un escalón de la calle de la Higuera, porque no me sostenían las piernas.

Te escribo lo que no te dije en el sesenta y cinco. Que no era verdad que no te quisiera bastante. Que mi madre se estaba quedando ciega y la Fina ya se había ido, y que si yo me iba contigo a Suiza mi madre se quedaba sola en un cuarto con la luz apagada. Que te dije aquello tan feo para que te fueras sin mirar atrás, porque si mirabas atrás te ibas a quedar, y si te quedabas no ibas a ser nunca el relojero que tú querías ser. Y lo eres. Se nota en cómo envuelves los paquetes.

No te escribo para volver a nada. Tengo un marido que es bueno y un niño que es lo mejor que he hecho, y no me arrepiento de mi vida. Te escribo porque llevo diecinueve años pensando que tú creías una mentira mía, y eso sí que me pesa.

No sé si te la voy a mandar. Creo que no. Creo que esta carta es más para mí que para ti, y eso no está bien.

Que seas feliz. Lo digo de verdad.

M.

Amparo la leyó dos veces. La segunda se fijó en lo que se fijaba siempre: la presión. En *no era verdad que no te quisiera bastante* el bolígrafo casi había atravesado el papel; por detrás se notaba el relieve con la yema, como el braille de las cajas de medicinas. En *Que seas feliz* la letra se hacía más pequeña. La *M.* no tenía rúbrica: una eme sola con su punto, como quien firma un recibo con prisa para que no le vean la cara.

Dobló las cuartillas por los mismos pliegues, las metió en el sobre y metió la solapa hacia dentro. Apagó la lámpara. Se quedó a oscuras en el salón, con el ruido de una moto que subía la calle a tirones.

Luego se hizo una manzanilla que no se bebió.

* * *

—Una señora que murió en marzo —dijo Paco Jiménez, rascándose el bigote—. Eso sí lo sé. Un piso de Las Cañadas, por arriba, sin ascensor también. Lo vació el hijo en junio, un hombre muy educado, con prisa, que vive en Madrid. Me vendió el secreter, una cómoda, dos sillas de enea y una vitrina con la puerta rota.

—¿Cómo se llamaba?

—Doña Amparo, yo pago en efectivo y apunto «secreter, nogal, cuarenta euros». Si le pidiera el carné a la gente que me vende cosas, me quedaba sin la mitad del género.

—¿Y qué calle?

—Una cuesta. En Las Cañadas todo son cuestas. Me acuerdo de un gato en la escalera que no se apartaba, que casi me mato.

Amparo sacó el sobre del bolso. Lo llevaba en una funda de plástico transparente de las de Correos para envíos deteriorados, con una leyenda impresa en azul que pedía disculpas por el estado del contenido; se había quedado un paquete al jubilarse, sin pedir permiso a nadie, y le servían para todo. Paco leyó el nombre a través del plástico.

—Julián. ¿Y qué pone dentro?

—Eso es de Julián.

—Pero usted lo ha leído.

—Para saber adónde va.

—¿Y adónde va?

Amparo no contestó. Paco cortó un trozo de bizcocho y se lo dio en una servilleta de papel.

—Mi madre guardaba las cartas de mi padre en una lata de membrillo —dijo—. Cuando se murió las quemamos sin leerlas. Unos días digo que hicimos bien y otros que vaya tontería.

El bizcocho estaba seco por fuera y bueno por dentro.

* * *

Las Cañadas no la conocía; en sus años de reparto le tocaron El Perchel, La Trinidad y el centro. Subió un jueves por la mañana, con zapato cómodo y el bolso cruzado, y la primera cuesta la obligó a pararse con una mano en la pared encalada.

Tenía lo que ella llamaba un plan: un relojero llamado Julián que en 1984 trabajaba en una tienda con su tío y que en 1965 se había ido a Suiza; una mujer que firmaba M., con un hijo llamado Daniel nacido hacia 1978, muerta en marzo en un piso del barrio; un escalón de la calle de la Higuera. Con eso, en Correos, se encontraba a cualquiera.

En la plaza de la Fuente pidió un café con leche en una cafetería con terraza. El camarero, un chico de barba recortada, arrugó la frente.

—¿Un relojero? Yo es que soy de Alhaurín, señora. Llevo aquí desde enero. —Se iluminó—. Ahora, Julián, sí: el del taller de motos de la esquina. Ese arregla de todo.

El Julián del taller tenía cuarenta y pocos años, un mono azul y los antebrazos tatuados, y se limpió las manos con un trapo negro antes de darle una a ella.

—¿Relojes? —se rio—. Mi abuelo sí se llamaba Julián, pero era de Jaén y vendía melones. —Cuando ella ya se iba, la llamó—. ¿Y para qué lo busca? ¿Le debe algo?

—Le traigo una carta.

—¿Es usted cartera?

—Lo fui.

—Mi madre dice que ya no viene nadie con cartas, que solo con multas.

—Su madre tiene razón —dijo Amparo, y le pareció que el hombre se quedaba un poco triste.

Subió por calles con nombres de plantas y de oficios. Una mujer regaba con una botella de plástico las macetas de una ventana baja, y Amparo le preguntó por una señora que hubiera muerto en marzo.

—En marzo murió la Carmen, la del cuarto de la Cuesta del Olivar. Un ictus, por la mañana; la encontró la vecina. Una pena, que subía esas escaleras como una chiquilla.

—Carmen —repitió Amparo, y negó con la cabeza—. No. Tiene que empezar por eme.

—¿Por eme? —La mujer miró al cielo, que era su manera de buscar—. La Manoli, la de la mercería, pero esa vive, que la vi ayer. La Milagros se murió hace dos años. Pregunte usted a la Pilar, la del nueve de la Cuesta del Olivar, que lleva aquí desde que se fundó Málaga y se acuerda de todo, aunque no lo cuenta.

La casa del nueve era baja, de puerta verde y aldaba de mano de bronce. Amparo llamó dos golpes, como cuando traía un certificado. Nadie. Dentro, un reloj de pared dio las once, y Amparo pensó que en esa casa había un reloj dando la hora para nadie. Apuntó en su libreta *Pilar, n.º 9, volver.*

Más arriba, en la misma cuesta, había un bloque de pisos de cinco plantas, ladrillo visto, el cristal del portal agrietado y sujeto con cinta americana. En el escalón dormía un gato rubio que no se movió. Amparo miró los buzones a través del cristal, porque era incapaz de pasar ante unos buzones sin mirarlos: metálicos, de los de antes, con los nombres en tiras de cartulina. Uno de la cuarta planta tenía la tira arrancada. Pensó, como pensaba siempre, que un buzón sin nombre es lo más triste que hay en un portal. Y siguió subiendo.

* * *

La calle de la Higuera la encontró bajando por una bocacalle de la Cuesta del Olivar: estrecha, con escalones a trechos y una barandilla negra por el centro. Había muchos escalones. Cualquiera podía ser.

Se sentó en uno a la sombra, con el bolso en las rodillas. Pensó en una mujer de treinta y tantos años, en mayo, con un paquete de papel de estraza y una cuerdecita en las manos, sentada allí porque no le sostenían las piernas.

Una niña con mochila de ruedas bajó dando saltos, con las ruedas detrás como un perro torpe, y se paró delante de ella.

—¿Es usted la abuela de alguien?

—De nadie.

—Pues está sentada en el escalón de la señora Rosario, que se murió. Ella se sentaba ahí a tomar el sol cuando hacía bueno.

—¿Le importará que me siente?

—Ya no —dijo la niña con mucha lógica, y siguió bajando.

Entre dos tejados se veía un trozo de mar con una grúa del puerto. Amparo pensó en su madre, al final, en la silla de enea de la cocina, cuando ya casi no veía y le pedía que le leyera las cartas del banco y las de Inés. Las del banco se las leía enteras. Las de Inés, también. No se saltaba nada.

* * *

Los relojeros del centro fueron lo que peor salió, porque era lo que mejor había pensado. En una tienda pequeña de una calle que bajaba hacia la Alameda, con una plaquita que decía *Reparaciones*, un señor de bata gris se quitó las gafas de aumento.

—¿Julián qué?

—No sé el apellido.

—Relojeros viejos conozco unos cuantos, y la mitad están muertos. En los sesenta se fueron unos pocos a las fábricas de Suiza. Los que se iban buenos no volvían, que allí les pagaban como Dios manda. Ese estará en un pueblo con nieve y un lago, comiendo queso. No es mala vida.

—¿Y uno que volvió? ¿Uno que tenía la tienda con su tío?

—Señora, aquí todo el mundo aprendía con su tío. El oficio va por los tíos. —Sonrió—. Déjeme su teléfono y, si me acuerdo de algo, la llamo.

Amparo le dejó el número con letra clara y con el prefijo, por si acaso. No la llamó nunca.

Volvió a Las Cañadas a primeros de noviembre, por la casa del nueve, y subió por una calle distinta para no repetir. Se llamaba Agua Clara, corta, con una fuente seca en la esquina y casi todos los bajos cerrados. En el siete había un local estrecho con la persiana metálica verde bajada, un garabato azul de espray abajo y un cartel de inmobiliaria pegado con cinta: *Se alquila*. Encima de la persiana, en la piedra, quedaban los agujeros de unos tornillos y la sombra más clara de algo que había colgado allí mucho tiempo. Amparo apuntó el teléfono, porque una vecina suya, Toñi, buscaba un local para una tienda de arreglos de ropa y no sabía por dónde empezar. Escribió *para Toñi* y lo subrayó dos veces.

En la casa del nueve tampoco abrió nadie.

* * *

La llamada a Inés era el día cuatro de noviembre, todos los años. Amparo la hizo sentada al secreter, con la tapa abierta, porque el cable del teléfono llegaba justo.

Cinco tonos. Al otro lado, una televisión, un niño que pedía algo en catalán, una cucharilla.

—¿Sí?

—Felicidades.

—Ay, Amparo. Gracias, mujer. Setenta, fíjate.

—Setenta.

—¿Y tú qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Aquí con los nietos, que han venido a cenar. Jordi ha hecho canelones.

—Qué bien.

—¿Y las rodillas? ¿Sigues subiendo las escaleras?

—Qué voy a hacer, ¿volar?

Inés se rio por educación. Al fondo, alguien le dijo al niño que esperase, que la *iaia* estaba hablando con la tía de Málaga. Amparo puso la mano abierta sobre el fieltro verde.

—Oye, Inés.

—Dime.

Miró el tercer hueco de abajo. La tablilla estaba cerrada; no se notaba nada.

—Que me he comprado un secreter.

—¿Un secreter? ¿Y para qué quieres tú eso?

—Para escribir.

—¿Y a quién escribes tú?

Amparo no contestó enseguida. Oyó a Inés tapar el auricular y decir algo de unos platos.

—Perdona, que estamos con lío. ¿Qué me decías?

—Nada. Que felicidades.

—Gracias, cariño. Abrígate, que dicen que va a refrescar.

—Allí más.

—Allí más. Un beso.

Colgó. El auricular estaba caliente. Amparo miró el aparato como se mira un sobre que se ha entregado mal.

En septiembre de 1976 ella tenía dieciocho años e Inés estaba a punto de cumplir veintidós. Inés metió su ropa en la maleta de cartón azul de la mili de su padre, con un cuaderno de dibujo y un bocadoillo de tortilla que su madre le hizo sin decir palabra en toda la mañana. A la estación la acompañó solo Amparo: el padre dijo que tenía turno; la madre, que le dolía la cabeza. En el andén, Inés la abrazó muy fuerte y le dijo al oído: «Tú también puedes, ¿eh? Tú también». Amparo dijo que sí. Volvió andando, hora y media, por el camino largo, y al llegar encontró a su madre sentada en la cocina con la luz apagada. Encendió la luz, puso la radio y se puso a pelar patatas.

Luego vinieron los años. Los pulmones del padre, la vista de la madre y después todo lo demás. Las oposiciones a Correos, estudiadas de noche en esa misma cocina. Un novio, Ramiro, que se cansó de esperar a que ella dijera que sí a algo. Inés venía en agosto, una semana, y siempre decía en la puerta, con la maleta hecha: «Si necesitáis algo, me llamáis». Nunca la llamaron. Amparo nunca le dijo «vuelve». Ni en 1998, cuando la madre se quedó mirando la silla del padre como si fuera a levantarse. Ni en 2009, en el tanatorio, cuando Inés le cogió la mano y le dijo «gracias por todo, de verdad», y a Amparo le dieron ganas de soltársela y también de no soltársela nunca.

Las dos cosas eran verdad. Que la había envidiado cada vez que llegaba una carta con matasellos de Barcelona y su madre decía «léemela tú, que yo no veo». Y que, con una maleta de cartón azul y la cara que tenía Inés aquel día en el andén, ella también se habría subido al tren.

No se lo había dicho nunca. Ni lo uno ni lo otro.

Cerró la tapa con cuidado, para no forzar la bisagra, y se fue a calentar la cena.

* * *

El penúltimo sábado de noviembre subió sin plan, por subir, o porque no sabía qué hacer con el sobre que llevaba en el bolso. Al final de la Cuesta del Olivar la calle se abría a una explanada de albero con un muro bajo, una barandilla de hierro y un olivo viejísimo, retorcido sobre sí mismo como si llevara cien años intentando darse la vuelta para ver algo que tenía detrás.

Debajo del olivo había un banco, y Amparo se sentó. Los listones estaban pintados de marrón, y donde la pintura había saltado asomaban capas de verde, uno claro y debajo otro más oscuro, como los sellos que se reimprimen de distinto color cada década. Delante estaba la bahía entera: las grúas, un portacontenedores atracado, los montes con una nube encima que no se decidía.

Al apoyar la espalda notó algo bajo los omóplatos. En el listón central del respaldo había unas letras grabadas a navaja, alisadas por muchas espaldas y muchas manos de pintura. Con los ojos no bastaba; tuvo que pasar el dedo.

J y M 1964

La jota era más profunda que el resto, como si quien la grabó hubiera empezado con ganas y luego lo hubieran interrumpido. La y griega, pequeña. La eme, con los picos desiguales. Los números, lo más claro de todo, porque los números siempre se graban con más cuidado.

Una jota y una eme. En un barrio así, en 1964, habría cien parejas con esas letras: un Juan y una María, un José y una Mercedes, un Joaquín y una Manoli. Las iniciales eran como los apellidos más corrientes de la guía: no servían para encontrar a nadie.

Y aun así no apartó el dedo.

«Otra carta sin sello», pensó. Alguien que había escrito algo sin dirección ni remite para que lo leyera quien se sentara.

Junto al muro, una chica con uniforme verde de Parques y Jardines recogía hojas con un rastrillo. Vio que Amparo la miraba y se quitó un auricular.

—¿Le molesta el ruido?

—No. ¿Usted sabe quién escribió esto?

La chica se acercó y se inclinó sobre las letras.

—Eso lleva ahí desde siempre. Mi encargado dice que desde antes de la barandilla. —Se quedó mirando la jota un momento más de lo necesario—. Aquí sube mucha gente mayor. Algunos se sientan siempre en el mismo sitio y se pasan una hora mirando los barcos sin decir nada.

—¿Y usted viene todos los días?

—Cuando me toca. Los jueves, seguro. Los jueves hay un señor que espera aquí hasta que oscurece, y luego viene su hijo a buscarlo. —Se encogió de hombros—. Pero eso es cosa suya. Yo de la gente me quedo con las caras, no con lo que cuenta.

—Yo al revés —dijo Amparo—. Me acuerdo de los nombres, de las calles y de los números de los portales. Las caras se me olvidan.

—Pues entre las dos haríamos una persona —dijo la chica, y se volvió a poner el auricular.

Amparo se quedó hasta que el sol se escondió detrás de los montes y el portacontenedores encendió las luces. Sacó el sobre y lo comparó a la poca luz con el respaldo: la jota de bolígrafo con su lazada, la jota de navaja. No se parecían en nada, claro. Se rio un poco de sí misma y lo guardó.

Iba a seguir buscando. Le quedaba la Pilar del número nueve, el archivo de la parroquia, la tienda de Paco por si el hijo de Madrid llamaba algún día.

Le quedaba, sobre todo, una costumbre de veinte años: no devolver una carta mientras hubiera una puerta a la que llamar.

* * *

El lunes bajó al estanco de la plaza y pidió un sello nacional. El estanquero se lo puso en la palma de la mano, a pelo. En su ventanilla, Amparo los daba siempre dentro de un sobrecito de papel cristal para que no se doblaran las esquinas. No dijo nada.

En casa abrió el secreter, encendió la lámpara y sacó papel de carta del cajoncito donde había estado el botón negro. Escribió la fecha arriba a la derecha. Escribió *Querida Inés*: y se quedó mirando los dos puntos. Tachó *Querida*. Lo volvió a escribir encima, más pequeño. Arrugó la hoja y sacó otra.

Inés:

Escribió despacio, apretando poco. Escribió lo de la estación, lo de la maleta de cartón azul, lo de la cocina con la luz apagada. Escribió *te envidié* y no lo tachó. Escribió *y te entendía*, y tampoco. Escribió que nunca le había pedido que volviera y que no se lo pedía ahora, que era otra cosa que no sabía cómo se llamaba. Escribió que había encontrado una carta que no era suya y que por eso le escribía a ella, aunque no tuviera mucho sentido. Escribió que en marzo podía ir ella a Barcelona, en tren, que las rodillas aguantaban. Firmó *Amparo*, con todas las letras.

Esta vez cerró la solapa pasando la lengua por la cola, que sabía igual que hacía cuarenta años. Escribió la dirección sin mirar la agenda, con la ciudad en mayúsculas y subrayada, y el remite detrás. Pegó el sello en la esquina superior derecha, recto, apretándolo con el pulgar, como se lo habían enseñado y como ella se lo había enseñado después a tantos.

Por la tarde fue al buzón amarillo de la esquina. Un niño quería meter la mano por la ranura para ver qué había dentro. Amparo esperó su turno. Leyó en la placa la hora de recogida, como si no la supiera.

Metió la carta y oyó cómo caía sobre las otras: papel sobre papel. Se quedó un momento con la mano en el metal frío.

Luego se colocó el bolso cruzado. En el bolsillo interior, junto al monedero, en su funda de plástico que pedía disculpas por el estado del

contenido, seguía el sobre color crema con la jota grande y la solapa metida hacia dentro. Sin sello. Sin dirección. Esperando.

Al pasar por la tienda de Paco Jiménez, que estaba echando la persiana, él le gritó desde la puerta si había encontrado ya al tal Julián.

—Todavía no.

—¿Y lo va a encontrar?

—Las cartas llegan —dijo Amparo, y no se paró.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

Si encontraras hoy una carta que escribiste hace años y nunca enviaste, ¿a quién iría dirigida? ¿Qué diría?

CUANDO YA NO ME RECUERDES



A LAS CINCO Y diez de la mañana, Andrés oye la cadena de la puerta. Es un roce de metal pequeño que en otra casa no despertaría a nadie, pero que en esta lleva año y medio despertándolo a él.

Se levanta sin encender la luz. Begoña se da la vuelta y dice algo contra la almohada que podría ser su nombre o podría ser «voy yo». No va ella. Esta semana le toca a él, aunque nunca han hecho un cuadrante: simplemente, el que oye primero.

Su padre está en el recibidor, vestido. Pantalón gris con la raya marcada, camisa abrochada hasta el cuello, zapatos con doble lazo. Se ha peinado con agua. Tiene en la mano el llavero del trastero y está probando las llaves una tras otra en la cerradura con una paciencia que a Andrés, a esas horas, le parece una forma de reproche.

—Papá.

—Ah, ya estás. —Julián no se vuelve—. Esta no entra. Alguien ha cambiado el bombín.

—Son las cinco de la mañana.

—Por eso. A las nueve tengo que tener la persiana subida y todavía no he pasado por el Morales a por el periódico. Y viene el de Correos con un paquete de Barcelona, de las coronas.

Andrés piensa, con una claridad que le avergüenza, en que los martes da cinco horas seguidas.

—Papá, estamos en 2025. La tienda está cerrada. La cerraste tú, en junio de 2020, ¿no te acuerdas? Hicimos una merienda. Vino la del estanco.

Julián deja de probar llaves. Se queda mirando el llavero como si se lo acabaran de poner en la mano.

—¿Y quién la ha cerrado?

—Tú.

—Yo no he cerrado nada. —Lo dice sin enfado, con la seguridad de quien informa de la hora—. Mi tío no me la dejaría cerrar.

—El tío Eusebio murió hace muchísimos años, papá.

Lo dice y enseguida sabe que no tendría que haberlo dicho. Julián se sienta en la banqueta del recibidor y se queda con las manos sobre las rodillas, las llaves colgando de un dedo. No llora. Hace algo peor: asiente, como si le hubieran dado una mala noticia que ya conocía y que, aun así, le sorprende.

—Ya —dice—. Ya, ya.

Andrés le quita las llaves con cuidado. Le ayuda a levantarse. Lo acompaña al dormitorio y le desabrocha los botones de la camisa, que su padre ha abrochado todos, cada uno en su ojal, sin fallar uno solo.

* * *

El centro de día se llama Los Almendros, aunque en la calle no hay ni un almendro. Está en un bajo de El Palo, a cinco minutos en coche de su casa de Pedregalejo, y tiene en el vestíbulo un tablón de corcho con las fotos del mes: taller de memoria, gimnasia en silla, una tarta con velas en forma de número.

La furgoneta pasa a las nueve menos cuarto. Julián sube casi siempre sin protestar, porque el conductor, que se llama Fermín, le habla de relojes. Una vez le enseñó el de su suegro, con la corona partida, y Julián lo tuvo en la mano medio minuto y dijo «esto tiene arreglo, pero no aquí». Desde entonces Fermín lo llama «maestro».

—Buenos días, maestro. ¿Qué, a currar?

—A currar —dice Julián, y se sube con el pañuelo planchado asomándole por el bolsillo de la chaqueta.

Andrés se queda en la acera hasta que la furgoneta dobla la esquina. Luego, en el coche, antes de arrancar, apoya la frente en el volante. No mucho. Lo justo para notar que el plástico está frío.

En el instituto explica la crisis de 1917 de memoria, fechas, huelgas, juntas de defensa, todo en su sitio, y en mitad de la explicación se da cuenta de que no se acuerda de si esta mañana ha echado la pastilla de las ocho en el pastillero de su padre o solo lo ha pensado.

* * *

La neuróloga se llama Sanz y tiene una consulta con una ventana a un patio de luces y una planta que nadie riega. Es más joven que Andrés y habla despacio, pero no despacio de hablarle a un niño: despacio de quien tiene tiempo.

Le pregunta a Julián, no a Andrés. Eso es lo primero que Andrés nota.

—¿Cómo duerme usted, Julián?

—Bien. Poco, pero bien. Los relojeros dormimos poco.

—¿Y qué año diría usted que es?

Julián mira a la ventana, al patio, a la planta seca. Se toma su tiempo.

—Setenta y nueve —dice—. U ochenta. Por ahí.

Andrés abre la boca. La doctora no lo mira; apunta algo en la pantalla como si setenta y nueve fuera una respuesta razonable a una pregunta razonable.

—¿Y qué estaba haciendo usted en el setenta y nueve?

—Trabajando. —A Julián se le ilumina un poco la cara—. Ese año me llegaron cinco relojes suizos de una herencia, todos parados. Me pasé el verano con ellos.

—¿Y salieron bien?

—Cuatro. El quinto tenía el volante tocado. Ese lo dejé para piezas.

La doctora le pide que dibuje un reloj en un papel. Julián coge el bolígrafo, lo mira, dibuja un círculo perfecto y luego se queda parado, con la punta sobre el papel, como si le hubieran pedido algo de mal gusto.

—Un reloj no se dibuja —dice al final—. Un reloj se hace.

En el pasillo, mientras Julián va al servicio, Andrés le pregunta a la doctora lo que lleva semanas queriendo preguntar. Le cuenta lo de las cinco de la mañana, lo de las llaves, lo de corregirle. Le pregunta si hace bien en decirle la verdad, o si debe seguirle la corriente, o qué.

La doctora tarda en contestar.

—Yo no le puedo decir qué hacer en cada caso —dice—. Lo que veo hoy es a un señor que contesta mejor cuando le preguntan por lo que sabe que cuando le corrigen lo que no sabe. Eso es de hoy y es de su padre. No es una regla.

—Ya.

—Y usted —añade, y por primera vez lo mira a él— tiene cara de dormir poco. Y no es relojero.

* * *

Begoña es enfermera de atención primaria y tiene una mirada sin adornos que a Andrés casi siempre le parece un alivio. Fue ella la que, en diciembre de 2023, dijo «que se venga» antes de que él se atreviera a pedirlo, y la que vació el cuarto de Lola, que estudia en Salamanca.

Ahora, a las once de la noche, está en la cocina con un yogur, y escucha a Andrés contarle lo de la consulta.

—Setenta y nueve —repite ella—. Pues no está mal. En el setenta y nueve tu padre tenía treinta y cuatro años y una tienda llena de relojes suizos. Yo también me quedaría ahí.

—No tiene gracia.

—Un poco sí. —Rebaña el yogur—. Andrés, cariño, ¿tú de qué quieres convencerlo?

—De que estamos en 2025.

—¿Para qué?

Andrés no contesta. Abre la nevera, mira dentro, la cierra.

—Porque es verdad.

—Ya sé que es verdad. Pero tú no les dices a tus alumnos todo lo que es verdad en el orden en que es verdad. Les dices lo que les sirve para entender. —Se levanta y le da un beso en la sien al pasar—. Y no le mientas, que tampoco. A tu padre no le ha gustado nunca que lo traten de tonto. Ni antes ni ahora.

Antes de irse a la cama, Begoña se para en la puerta.

—Por cierto, ¿quién es Menchu?

—¿Qué Menchu?

—Ha preguntado esta tarde por Menchu. Cuando lo he traído del centro. Que si Menchu iba a subir el jueves.

Andrés se encoge de hombros. No ha oído nunca ese nombre en casa. Su madre era Dolores, las vecinas de Agua Clara eran la Fuensanta, la Chari y doña Asunción. Menchu, ninguna.

—Una prima, digo yo —dice—. O alguna vecina de cuando era chico. Del barrio.

—Pues pregunta por ella como se pregunta por la persona que viene a merendar.

* * *

Los jueves son otra cosa.

A las cuatro Julián ya está en el recibidor con la gorra de paño gris puesta. Mira el reloj de bolsillo, aunque en casa hay relojes en todas las paredes. Lo abre, lo mira, lo cierra. Lo vuelve a abrir.

—Hay que subir al banco.

Andrés ha cambiado su horario para tener libres los jueves por la tarde; le ha costado una guardia de recreo los lunes, que es la peor del instituto.

Dejan el coche donde se puede, que casi nunca es cerca, y suben a pie la Cuesta del Olivar parándose en los escalones. Su padre conoce cada portal: «Aquí vivía el Manolo, el del taxi», «aquí había un ultramarinos que olía a bacalao». Y Andrés, que es profesor de Historia, piensa que nadie le va a preguntar nunca a su padre por esto en un examen y que es una pena.

Arriba, el mirador. La explanada de albero, el muro bajo, el olivo con el tronco retorcido como una toalla escurrida, el banco de madera. Julián se sienta siempre en el lado derecho, con la espalda recta y la gorra en las rodillas, y deja libre el resto. Andrés se queda de pie junto a la barandilla, con el móvil en la mano.

—¿Qué esperamos, papá?

—Nada. Aquí se está bien.

Al cabo de un rato, Julián mira hacia el hueco por donde aparece la gente que sube.

—¿Ha subido ya Menchu?

—No sé quién es Menchu, papá.

Julián se vuelve hacia él con una expresión que Andrés no sabe leer. No es de confusión. Es casi de picardía, la cara que ponía cuando de niño Andrés le preguntaba cómo sabía la hora sin mirar el reloj.

—Menchu es Menchu —dice. Y vuelve a mirar a la bahía.

* * *

Una noche de mayo, Andrés pierde los papeles.

Julián está en la cocina con la luz encendida y ha sacado todos los cubiertos del cajón y los ha puesto en fila sobre la encimera, por tamaños, y está limpiando una cucharilla con el pico del mantel. Dice que tiene que dejarlo todo listo porque mañana viene el tío Eusebio a hacer inventario.

—Papá, a la cama.

—Ahora voy.

—Papá, que son las tres y media.

—Tío, ya voy, déjame que acabe esto.

Lo ha llamado tío. Es la tercera vez esta semana. La primera, a Andrés le hizo gracia; la segunda le dio miedo; esta vez, con el cuello rígido y un examen a primera hora, le da rabia. Una rabia sucia, pequeña, que no sabe adónde mandar.

—¡Que no soy el tío Eusebio! ¡Que soy Andrés! ¡Tu hijo! ¡Que el tío está muerto y la tienda está cerrada y tú tienes ochenta años y son las tres y media y yo tengo que dormir!

Lo dice demasiado alto. Lo sabe mientras lo dice. Su padre se queda con la cucharilla en la mano. Begoña aparece en la puerta de la cocina en camiseta y no dice nada.

Julián deja la cucharilla en la fila, en su sitio, alineada con las otras. Luego dice, muy bajo, con una cortesía de mostrador:

—Perdone usted. No sabía que era tan tarde.

Begoña lo acompaña a la cama. Andrés guarda los cubiertos en el cajón y se da cuenta de que su padre los ha ordenado mejor que como estaban, y los deja así.

Por la mañana, Julián desayuna su café con leche y su tostada con aceite y no se acuerda de nada. Le pregunta a Andrés si ha dormido bien. Andrés le dice que sí. Es la primera mentira del día y no es para su padre.

* * *

La idea se le ocurre en el rastro, un domingo, buscando otra cosa.

Iba a por una estantería para el cuarto de Jaime, que vendrá de Bilbao en agosto. En un puesto, entre cafeteras y figuritas de porcelana sin cabeza, hay una caja de zapatos llena de relojes: de pulsera, de bolsillo, un despertador con dos campanas, todos parados.

—A dos euros la pieza —dice el del puesto—. A uno si te llevas la caja.

—¿Funciona alguno?

—Si funcionara alguno no estaría a un euro.

Andrés se lleva la caja. Treinta y un relojes. Luego encuentra una lámpara de brazo con la base de hierro y una lupa de relojero, de las que se encajan en el ojo, con la rosca un poco floja. Vuelve a casa con la sensación clandestina de quien ha comprado algo que no debía.

Begoña lo ve entrar con la caja.

—¿Y la estantería?

—Otro día.

En el trastero, detrás de las bicicletas, están las cajas de la tienda, que Andrés trajo en 2020 y no había abierto hasta hoy. Dentro hay herramientas envueltas en trapos: destornilladores, pinzas, un soplador de goma, frascos de aceite. También una caja de puros con los cuadernos de taller, de tapa negra, uno por década. Andrés la abre, ve la letra de su padre, columnas de fechas y nombres, y la vuelve a cerrar. Le parece que eso no es suyo todavía.

Durante dos tardes monta el banco en la terraza: una mesa plegable con un tablero, un borde de listón para que no rueden las piezas, una tela verde de un mantel viejo de Begoña, la lámpara atornillada. Pone las herramientas en un taco de madera con agujeros que hace él con el taladro y que le queda torcido.

Se le ocurre que todo esto puede salir mal. Que su padre puede mirar el banco y no reconocer nada. O, peor, que puede reconocerlo todo, mirar alrededor buscando el mostrador, la campanilla, la persiana verde, y no encontrarlos.

* * *

Lo lleva a la terraza un sábado por la tarde, cuando el sol ya no da de frente.

—Mira, papá. He comprado unos relojes en el rastro. Están todos muertos.

Julián se queda en la puerta de la terraza. Mira la lámpara, la tela verde, los destornilladores en su taco torcido. Mira la caja de zapatos. No dice nada durante tanto tiempo que Andrés empieza a buscar una frase para deshacer lo que ha hecho.

Entonces su padre se acerca, se sienta, baja la lámpara con dos dedos. Coge la lupa y le aprieta la rosca. Se la encaja en el ojo derecho.

—Este taco está mal hecho —dice.

—Ya lo sé.

—Los agujeros se hacen con la broca derecha. Si no, el destornillador se tumba y se mella la punta. —Saca un destornillador, lo mira a contraluz—. Este está bien. Este es del tío.

Mete la mano en la caja sin mirar y saca un reloj de pulsera de caballero, cuadrado, con la esfera amarillenta. Le da la vuelta. Encuentra con la uña la ranura de la tapa trasera a la primera y la abre. Dentro, la maquinaria: ruedas doradas, rubíes diminutos, una espiral más fina que un pelo.

Andrés se sienta en el escalón de la terraza y mira.

Las manos de su padre no se parecen a las del resto de su padre. El resto de su padre es lento, se cansa en las escaleras, olvida si ha comido. Las manos no. Las manos sacan tornillos más pequeños que una miga de pan, los dejan en fila sobre la tela verde, en el orden en que han salido. Levantan un puente con la pinza, sin temblar. Soplan con la pera de goma. Desmontan el volante con un movimiento que Andrés no consigue seguir, como un truco de cartas visto de muy cerca. Su padre no habla. De vez en cuando dice algo para sí: «sucio», «esto no», «ajá».

—¿Qué tiene? —pregunta Andrés al cabo de un rato.

—Mugre. Treinta años de mugre. Y el aceite seco, que es como cola. —Levanta una rueda con la pinza, la pone a la luz—. Este no está muerto. Está dormido.

A las ocho y media, Begoña sale a decir que la cena está. Los encuentra con la lámpara encendida y a Julián con el reloj montado otra vez, cerrado, en la palma de la mano, pegándoselo a la oreja.

—¿Qué? —dice Begoña.

Julián le tiende el reloj sin decir nada. Ella se lo pone en la oreja. Se queda quieta. Luego mira a Andrés por encima de la cabeza de su suegro con una cara que Andrés le conoce de pocas veces: la de cuando nació Jaime, la de cuando a Lola le dieron la beca.

—Pues anda que no hace ruido el puñetero —dice, y le devuelve el reloj.

* * *

Desde entonces, la terraza es el sitio.

No todos los días. Hay días en que Julián vuelve del centro agotado, o enfadado porque una señora le ha quitado el sitio en el taller de memoria. Pero otros va directo a la terraza, cuelga la chaqueta en la silla, se arremanga dos vueltas exactas y enciende la lámpara.

Andrés se sienta a su lado en un taburete. Al principio solo mira. Luego, un día, su padre le pasa la pinza.

—Sujeta esto. No. Así. No aprietes, que no es una tenaza. Como si fuera un pájaro.

—Nunca he cogido un pájaro.

—Pues como si fuera un pájaro que te han dejado cuidar. —Lo dice con impaciencia de maestro, la misma que Andrés recuerda de cuando le enseñaba a montar en bicicleta en la calle Agua Clara, corriendo detrás con la mano en el sillín—. Eso es.

En la terraza Julián lo llama a veces Andrés y a veces tío. Andrés deja de corregirlo. No lo decide; un día se da cuenta de que no lo ha hecho en toda la tarde y de que no ha pasado nada. Cuando su padre le dice «tío, pásame el aceite fino», él le pasa el aceite fino. Cuando le dice «tío, esto está para el cliente del jueves», él contesta «pues el jueves se lo damos». No le parece una mentira. El reloj está, el jueves está, el cliente es lo de menos.

Una tarde de finales de mayo, con un despertador de dos campanas desmontado entre los dos, Julián levanta la lupa y lo mira con los dos ojos, sin aumento.

—Tú nunca quisiste esto.

Andrés tarda en contestar. No sabe con quién está hablando su padre. No sabe si sabe con quién está hablando.

—No, papá. Yo quise ser profesor.

—De Historia.

—De Historia.

Julián dice que sí con la cabeza. Vuelve a encajarse la lupa.

—Hiciste bien —dice—. Alguien tiene que acordarse de las cosas.

Andrés se ríe. Es una risa que le sale de golpe, y que tiene que tapar con la mano. Su padre levanta la cabeza, ofendido.

—¿Qué pasa?

—Nada. Que tiene gracia.

—No le veo la gracia.

—Ya te la contaré.

* * *

Hay cosas que Andrés no le cuenta a nadie.

Que ha mirado tres residencias en el móvil, de noche, y que en una de ellas había una foto de un jardín con un banco de madera bajo un árbol, y que cerró la página enseguida.

Que hay mañanas en las que, al ver doblar la furgoneta de Fermín por la esquina, siente un alivio tan grande que le da vergüenza, y que esa vergüenza le dura hasta la segunda hora de clase.

Que su padre lleva siempre una agenda de bolsillo de tapas de hule, en la que apunta cosas con un lápiz, y que alguna vez la ha dejado abierta en la mesa del salón, y que Andrés no ha leído ni una línea. Ha visto fechas, ha cerrado la agenda y la ha devuelto al bolsillo de la chaqueta. Por respeto o por miedo. Las dos cosas, supone.

* * *

El primer jueves de junio hace calor. En la Cuesta del Olivar hay sábanas tendidas que se mueven sin viento. En el número 14, una señora mayor riega los geranios del balcón del tercero y saluda a Julián con la mano. Julián le devuelve el saludo con la gorra.

—¿Quién es, papá?

—Una vecina.

—¿Cómo se llama?

Julián se para. Mira el balcón. La señora ya ha entrado.

—Es la que vive debajo —dice, y sigue subiendo.

Arriba, el olivo da una sombra redonda y apretada sobre el banco. La jardinera de los jueves, una chica con coleta y uniforme verde, enrolla una manguera al fondo de la explanada. Un perro sin dueño bebe de la fuente de pulsador, que hoy funciona.

Julián tiene la mano izquierda apoyada en el respaldo, en el listón del centro, y con el pulgar frota la madera, adelante y atrás, como quien comprueba si una superficie está lisa. Andrés no sabe qué busca y no pregunta.

Pasa una hora. El sol empieza a bajar hacia los montes.

—La señora del banco no ha venido —dice Julián.

Andrés se vuelve hacia él.

—¿Qué señora, papá?

—La señora del banco. —Julián mira hacia el principio de la cuesta, hacia el hueco por donde aparece la gente—. Ha venido siempre. Hoy no ha venido.

Andrés intenta recordar. Hace dos años, cuando su padre todavía vivía solo y subía por su cuenta, le habló alguna vez de una vecina «de la Cuesta del Olivar», muy salada. Andrés estaba con el móvil y dijo «qué bien, papá», y no preguntó más. No sabe si sigue viva, si se ha mudado, si era aquella señora bajita a la que una tarde de diciembre vio despedirse de su padre en este banco, y a la que no preguntó el nombre.

Piensa en decirle que no hay ninguna señora. Piensa en decirle que la señora no puede venir hoy, que se ha ido de viaje, que está mala. Ninguna de las dos cosas la sabe. Ninguna de las dos le parece decente.

—No sé quién es, papá —dice al final—. Pero si viene, la saludamos.

Julián no insiste. No parece decepcionado con la respuesta. Parece, si acaso, decepcionado con la tarde.

—Era muy puntual —dice.

* * *

En la última semana de junio, Andrés pasa las mañanas contestando a padres que no entienden por qué un cuatro con siete no es un cinco, y las tardes en la terraza. Julián ha arreglado ya once de los treinta y un relojes del rastro. Los tiene en fila en el alféizar, todos en marcha, y si uno pega el oído a la ventana se oye el ruido de los once a la vez, un ruido de lluvia muy menuda que no acaba de caer.

Begoña ha empezado a tomarse el café en la terraza, apoyada en la barandilla. Un día le pregunta a Julián si le arreglaría el reloj de su madre, que lleva veinte años en un cajón.

—Tráigamelo —dice Julián—. Pero no le prometo nada. Los de señora son muy delicados. Son como las señoras.

—¡Julián!

—Lo digo bien. Lo digo con respeto.

Begoña se ríe con la cabeza echada hacia atrás. Hacía meses que Andrés no la oía reírse así.

Esa noche, en la cama, Begoña le dice a oscuras:

—¿Te has dado cuenta de que ya no le corriges?

—Sí.

—¿Y?

Andrés tarda en contestar.

—Y no sé. Me parece que antes le estaba pidiendo que viniera adonde estoy yo. Y no puede. Así que voy yo.

—Pues ten cuidado de no quedarte allí —dice Begoña. Y luego, ya medio dormida—: Que mañana te toca a ti si suena la cadena.

* * *

El último jueves de junio el calor aprieta incluso a las seis de la tarde. Andrés se plantea no subir: treinta y un grados, la cuesta, el corazón de su padre. Pero a las cuatro Julián ya está en el recibidor con una gorra de lino blanco que Begoña le ha comprado en el mercadillo.

—Hay que subir al banco.

—Hace mucho calor, papá.

Julián lo mira. Abre el reloj de bolsillo. Lo cierra.

—Por eso. Arriba corre el aire.

Suben parando en cada escalón. En el portal del número 14 no hay nadie en el balcón del tercero; los geranios están regados, la tierra todavía oscura.

Arriba corre el aire, en efecto. Poco, pero corre. El olivo hace su sombra redonda. Julián se sienta en su lado, se pasa el pañuelo planchado por la frente y lo vuelve a doblar en cuatro. Andrés se sienta en la otra punta, como hace desde hace unas semanas. Luego se cambia y se sienta en el centro, más cerca, con el muslo casi rozando el de su padre.

Abajo, la bahía está blanca de luz. Un barco de contenedores maniobra sin prisa para entrar en el puerto, y Julián lo sigue con la vista, como si estuviera comprobando que lo hace bien.

Pasa el tiempo. Andrés no mira el móvil. Mira las manos de su padre, quietas sobre la gorra blanca, con una mancha de aceite fino en la yema del índice. Piensa en todos los relojes que hay en esta ciudad, en cajones, en muñecas, en mesillas de noche, con las iniciales de su padre rayadas por dentro de la tapa. Nadie los ve, y ahí siguen.

—Papá —dice—. ¿Qué hacemos aquí?

Julián tarda. Mira hacia la cuesta, hacia el hueco por donde aparece la gente que sube. Luego mira el respaldo del banco, el listón del centro. Luego mira a su hijo, y Andrés no sabe, no sabrá nunca, a quién está mirando.

—Estoy esperando a alguien —dice Julián.

Andrés abre la boca para decir lo que diría un profesor de Historia. Que ¿a quién?, que no va a venir nadie, que es tarde, que hace calor. Lo tiene en la punta de la lengua, ordenado, con fechas.

No lo dice. Apoya la espalda en el respaldo, estira las piernas, cruza los tobillos.

—Pues espero contigo —dice.

Julián asiente, como quien recibe la respuesta correcta a una pregunta que no ha hecho. Vuelve a mirar a la bahía.

Al fondo de la explanada, la jardinera de la coleta ha terminado de regar el olivo y está recogiendo la manguera. Al verlos se endereza, se seca la frente con el antebrazo y levanta la mano para saludar, de lejos, con el gesto de quien saluda a gente de la que se acuerda.

Julián le devuelve el saludo con la gorra blanca. Andrés también levanta la mano. Luego los dos se quedan quietos, uno al lado del otro, mirando hacia donde mira el otro, que no siempre es el mismo sitio.

Abajo, el barco grande termina de entrar en el puerto.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Cómo te gustaría que te acompañaran si un día empezaras a olvidar? ¿Hay alguien a quien quieras acompañar así ahora?

OCHO

EL BANCO DE LOS JUEVES



AL OLIVO DEL MIRADOR de Santa Inés le echan entre trescientos y seiscientos años, según quién lo diga y si ha comido. Yo no digo nada porque soy la que lo riega, y a quien riega no se le pregunta.

Me llamo Rocío Benítez, tengo treinta y un años y trabajo para la contrata municipal de parques y jardines. Me tocan el mirador, los parterres de la plaza de la Fuente y dos rotondas que no quiere nadie. Los jueves por la tarde subo al mirador con la furgoneta, la manguera y las tijeras de podar. Riego, recojo, vacío la papelería verde, le doy dos golpes a la fuente de pulsador para que se acuerde de que es una fuente. Y miro. Eso no viene en el contrato, pero tampoco lo prohíbe.

Lo que voy a contar empezó un jueves de abril de hace tres años. Lo sé porque esa mañana suspendí por primera vez las pruebas de bombera: cinco metros de cuerda lisa, y yo colgada a tres y medio como un jamón.

* * *

Jueves 7 de abril de 2022. Había un señor en el banco. Eso no era raro: en el banco del olivo se sienta todo el mundo. El de ese día llevaba gorra de paño, chaqueta gris aunque hacía calor y un pañuelo blanco asomando del bolsillo del pecho, planchado en pico. Estaba muy derecho. Miraba los barcos.

A eso de las seis subió una señora por la Cuesta del Olivar. Bajita, pelo corto y blanco recién salido de la peluquería, rebeca color vino, bolso cruzado. Le vi la duda: el banco, el muro, el banco. Al final fue al banco.

—¿Se puede?

—Está libre —dijo él, y se corrió hacia la punta, aunque no hacía falta, porque el banco es largo.

Yo estaba con el seto de pitósporo, a cuatro metros, y el seto de pitósporo no hace ruido. Ella se sentó en el otro extremo. Estuvieron un rato sin hablar. Pasó un ferry blanco y los dos lo siguieron con la cabeza a la vez, como en el tenis.

—Usted es el de la relojería —dijo ella—. La de Agua Clara.

—Era. Cerré hace dos años.

—Ya. Lo vi con el cartel. Me dio pena.

—A mí también, fíjese.

Él sacó un reloj de bolsillo con tapa, lo abrió, lo miró y lo cerró. Lo hizo tan deprisa que dudo que viera la hora. Luego lo hizo otra vez. Ella miraba al frente.

No oí mucho más. Hablaron del tiempo y de un bar que había cambiado de nombre, cosas de gente que se acaba de conocer y no sabe por dónde agarrarse. A las siete y media ella se levantó, dijo «bueno», él dijo «bueno», y ella bajó la cuesta. Él se quedó hasta que encendieron las farolas del puerto.

Esa noche le dije a Nacho, mientras cenábamos de pie en la cocina, que en el mirador había ligoteo de la tercera edad.

—¿Y la cuerda?

—Te estoy hablando de otra cosa.

* * *

El jueves siguiente ella subió con un termo. Un termo verde, de rosca, de cuando los termos pesaban un kilo vacíos, y dos vasitos de plástico blanco metidos uno dentro de otro. Se sentó un poco más cerca que la semana anterior, desenroscó el tapón y sirvió.

Luego hizo una cosa que yo vi porque tengo los ojos donde los tengo: sacó del bolso un frasquito de cristal, de esos de muestra, y echó una gota en uno de los vasos. Una sola. Le dio ese vaso a él.

Él lo miró. Lo olió.

—Anís —dijo.

—Una gota. Si no le gusta, se lo cambio.

—No, no. —Bebió. Tardó en contestar—. Así es como lo tomo yo.

—Pues mire qué casualidad.

Y se rieron los dos, cada uno hacia su lado.

Yo pensé: qué arte tiene la señora, que le ha acertado a la primera.

* * *

Durante aquella primavera fueron el señor de la gorra y la señora del termo, nombres que yo les ponía por dentro, como a las plantas que no sé clasificar. Él miraba el reloj de bolsillo cada cuarto de hora, como quien mira si sigue lloviendo.

En junio me hablaron. Yo estaba subida a la escalera, quitándole al olivo los chupones del tronco, que le salen como pelos de la oreja a un viejo. La señora se levantó y vino a mirar.

—Niña, por ahí no, que le vas a hacer daño.

—Es un chupón, señora.

—Ya sé que es un chupón. Pero ese no, que ese da sombra al banco por la tarde.

Lo miré. Tenía razón, la muy puñetera. Por las tardes aquella rama dejaba en el banco una sombra de encaje. La dejé.

—Gracias —dijo ella, como si se la hubiera regalado.

—Yo soy Rocío —dije desde la escalera.

—Carmen. Y este es Julián, que no habla hasta que lo invitan.

—Buenas tardes —dijo Julián, y se tocó la gorra.

Así que tenían nombre. Me pareció un ascenso.

* * *

Nacho me lo dijo en julio, en un chiringuito de Pedregalejo, con unos espetos delante para amortiguar. Le habían ofrecido un puesto en Ámsterdam con un sueldo que me hizo reír de lo que era. Se iba en octubre. Me preguntó si me iba con él.

—¿Y qué hago yo en Ámsterdam? ¿Regar tulipanes?

—Hay bomberos en Ámsterdam.

—Que hablan neerlandés, Nacho.

Lo dejamos en el aire, que es donde se dejan esas cosas para que se pudran despacio.

El jueves siguiente se lo conté a ellos. Carmen me había preguntado «¿y a ti qué te pasa hoy, que le estás dando a ese seto como si te debiera dinero?», y contarles algo a dos desconocidos en un banco no cuenta como contarlo.

Carmen escuchó con el vaso entre las manos. Julián miraba el puerto.

—Si se va, que se vaya bien ido —dijo Carmen—. Lo peor es quedarse a medias, con un pie en cada sitio. Eso no lo aguanta nadie.

—O se va usted detrás —dijo Julián, sin volverse.

—Eso se dice muy fácil —dijo Carmen.

—No he dicho que sea fácil. He dicho que se puede.

Se quedaron callados. Me pareció que ya no estaban hablando conmigo. Carmen le sirvió más café sin preguntarle, con su gota. Él lo aceptó sin dar las gracias, como se aceptan las cosas que siempre han estado ahí.

—Ustedes se llevan muy bien para conocerse de tan poco —dije.

—A mi edad no hay tiempo para llevarse mal —dijo Carmen.

—Ni ganas —dijo él.

* * *

Nacho se fue un viernes, el 14 de octubre. Lo llevé al aeropuerto en mi coche, que tiene la puerta del copiloto rota, y tuvo que entrar por mi lado, saltando la palanca de cambios con la mochila puesta. Fue lo más gracioso que hicimos en meses.

El jueves siguiente subí al mirador con las tijeras y sin ganas. Carmen no preguntó nada. A las siete, cuando iba a recoger, me llamó y me dio un táper de tapa azul con una tira de esparadrapo encima donde ponía, en boli, CROQUETAS JAMÓN.

—Las he hecho de más —dijo.

—Carmen, no hace falta.

—Ya sé que no hace falta. Por eso te las doy. Si hiciera falta te daría lentejas.

Julián se rio por la nariz. Me las comí esa noche, de pie, las doce. Estaban tan buenas que me enfadé.

—Esta mujer te va a dar de comer hasta que apruebes —dijo Julián.

—¿Y si no apruebo?

—Pues hasta que te mueras. Ella es así.

—¿Y usted cómo lo sabe? —dije—. Si la conoce desde abril.

Julián sacó el reloj de bolsillo, lo abrió, lo cerró.

—Hay cosas que se ven enseguida.

Carmen estaba enroscando el termo. Lo enroscó, lo desenroscó y lo volvió a enroscar.

* * *

En Navidad fui a Ámsterdam. Nacho tenía un piso de treinta metros con una escalera que subí a cuatro patas. Volví sabiendo lo que había que saber, aunque tardamos hasta marzo en decirlo, por teléfono, con una conexión tan mala que cada frase triste había que repetirla dos veces.

Se lo conté a mi madre, que vive en Ronda con un gato que se llama Fede. La llamo poco: las conversaciones con mi madre son como las rotondas, das vueltas y sales por donde entraste.

—¿Y ese muchacho no te va a llamar más?

—Nos hemos dejado, mamá.

—Ya, pero ¿no te va a llamar más?

En febrero me presenté otra vez. Pasé la cuerda y suspendí el teórico por tres preguntas, una sobre extintores que me sé de memoria y contesté mal por leer deprisa.

—¿Otra vez? —dijo Carmen.

—Otra vez.

—Pues otra vez será.

—Es lo que dice todo el mundo.

—Porque es verdad, niña. Lo que pasa es que la verdad es muy aburrida.

Julián le daba vueltas al pañuelo entre los dedos, sin desdoblarlo.

—Yo estuve cuatro años en Suiza para aprender un oficio que creía que ya sabía —dijo—. El primer año no me dejaron tocar un reloj. Barría y miraba. Yo pensaba que me estaban humillando. Luego me di cuenta de que me estaban enseñando a mirar.

—¿Y qué tiene eso que ver con los extintores?

—Nada —dijo él—. Pero me apetecía contarlo.

Carmen miraba la bahía con la boca muy apretada.

* * *

Fue esa primavera cuando le di a Julián el reloj de mi abuelo.

Era de mi abuelo Cristóbal, cerrajero en Ronda. El reloj era de pulsera, de acero, con la esfera de un amarillo de diente viejo. Se paró en 2009, el año que se murió él, y en Ronda me dijeron que no valía la pena arreglarlo.

Se lo enseñé un jueves de abril de 2023. Él se bajó las gafas que llevaba en la frente y lo cogió como se coge un pájaro.

—Esto no está muerto. Está dormido.

—En Ronda me dijeron que no merece la pena.

—Eso depende de para quién. ¿Era de alguien?

—De mi abuelo.

—Entonces merece la pena.

El jueves siguiente subió con un estuche de cuero enrollado, como los de los cuchillos de cocinero, y lo abrió en el banco: destornilladores tan finos que parecían de juguete, unas pinzas, una lupa de encajar en el ojo, una perilla de goma. Carmen apartó el termo para hacerle sitio. Julián desmontó el reloj encima de su pañuelo, desplegado sobre las rodillas, y yo, que me paso el día con las manos en la tierra, me quedé mirándole las suyas. No temblaban. Se movían sin prisa, sin dudar, como si el reloj les fuera diciendo por dónde.

—Ponte de espaldas al viento, Rocío —me dijo Carmen—, que como se vuele una pieza aquí no la encuentra ni Dios.

Estuve cuarenta minutos de pared, con el pelo en la cara. Carmen le iba pasando cosas sin que él se las pidiera: la perilla, el destornillador pequeño, un trapito. Él estiraba la mano y la cosa aparecía.

—Parecen ustedes un quirófano —dije.

—Ella siempre ha tenido buena mano —dijo Julián, con la lupa en el ojo.

—¿Siempre?

—Desde que la conozco. Que es siempre, a mi edad. Un año es siempre. Carmen se rio y le pasó el trapito.

El reloj tardó tres jueves. Cuando me lo devolvió, andaba. Antes de dármelo le abrió la tapa trasera. Con una punta de acero, Julián escribió algo por dentro, muy pequeño, y me acercó la lupa.

«JF 5-23».

—Para que el próximo que lo abra sepa que estuvo aquí.

—¿Usted hace eso con todos?

—Con los que me importan.

Le quise pagar y se ofendió. Carmen dijo que con unas croquetas íbamos en paz, que las haría ella, y que eso no contaba como pago porque no las iba a hacer yo.

* * *

Hubo un jueves de ese verano, uno de mucho levante, en que oí la frase.

Yo estaba sacando hojas de la fuente, que se atasca con cualquier cosa. Julián tenía el brazo extendido sobre el respaldo del banco, y con el índice repasaba las letras del listón del medio. Las conozco bien, porque cada vez que el Ayuntamiento manda repintar el banco yo lijo con cuidado alrededor para que no se pierdan: «J y M 1964». Están muy gastadas, con verde viejo metido en los surcos. Él pasaba el dedo por la J, por la y, por la M, como quien busca una muesca a oscuras.

Carmen miró el dedo. Luego miró al monte, donde no había nada que mirar.

—Usted me recuerda a alguien —dijo Julián.

—Eso se lo dirá a todas —dijo ella.

Él quitó el dedo del respaldo. Ella le sirvió café. Y no dijeron nada más hasta que pasó el barco de las siete y media.

Yo pensé que él intentaba ligar, que lo hacía fatal y que ella lo estaba toreando con mucho estilo. Me fui a la furgoneta riéndome sola. Ya dentro pensé que quién sería la M, porque la J estaba claro que no iba a ser él, que hay muchas jotas en el mundo.

* * *

En otoño empecé a notar cosas.

Primero, que repetía. Un jueves de octubre Julián me contó lo de Suiza: que el primer año barría, que lo ponían a mirar. Yo dije «sí, me lo contó», y él dijo «¿ah, sí?» con una sorpresa sincera. Carmen me miró por encima del termo y negó con la cabeza, muy poco. Desde entonces, cuando me volvía a contar algo, yo ponía cara de no saberlo. Aprendí que Suiza tenía montañas cuatro veces.

Luego, el reloj de bolsillo. Ya no lo miraba cada cuarto de hora, sino cada dos minutos, y alguna vez lo abría, lo miraba y me preguntaba la hora a mí.

—Las seis y diez, Julián.

—Ya. Es que este va adelantado.

No iba adelantado. Ese reloj no se ha adelantado en su vida.

Carmen empezó a llegar antes que él. Se sentaba en su punta y vigilaba la cuesta. Cuando él aparecía, ella fingía que estaba distraída con el bolso.

Un jueves de noviembre, a eso de las siete y media, Julián se levantó para irse y se quedó parado en mitad de la explanada. Miró hacia la Cuesta del Olivar, luego hacia las escaleras del otro lado, luego otra vez a la Cuesta. Yo estaba enrollando la manguera, y de pronto su ruido en el albero fue lo único que se oía.

—Julián, ¿qué pasa? —dijo Carmen.

—Nada. —Se tocó la gorra—. Que no sé por dónde se baja.

Lo dijo tranquilo.

Carmen recogió el termo, los vasos y el frasquito, sin prisa, y le cogió del brazo.

—Por aquí. Que lo sé yo.

—¿Usted vive por mi casa?

—Vivo por todas partes, Julián. Vamos.

—¿Quiere que los acerque en la furgoneta? —dije.

—No, hija. Andando, que es cuesta abajo. Y luego me subo yo sola, que tengo piernas.

Los vi bajar poco a poco, él un poco inclinado hacia ella, como si le contara un secreto. Una hora después vi a Carmen subir sola la Cuesta del Olivar hacia su casa, parándose en cada escalón, con una mano en la barandilla.

* * *

En diciembre apareció el hijo.

Yo no sabía que era el hijo. Era un hombre de unos cincuenta, alto, con la barba corta salpicada de gris y cara de haber dormido poco y corregido mucho. Subió un jueves a las siete y cuarto, buscó con la mirada, vio el banco y se le relajaron los hombros como cuando sueltas una bolsa de la compra.

—Papá.

—Hombre —dijo Julián—. ¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a por ti. Begoña ha hecho cena.

Julián lo miró un segundo de más. Luego se levantó, se guardó el pañuelo y le tendió la mano a Carmen, una mano formal, de despedida de notario.

—Hasta el jueves.

—Hasta el jueves, Julián.

El hijo saludó a Carmen con la cabeza, educado, un poco despistado. Él no le preguntó quién era ella y ella no le dijo nada. Se fueron cuesta abajo, el hijo con la mano en el codo del padre sin que se notara que era para sujetarlo.

—Es el hijo —me dijo Carmen el jueves siguiente—. Es profesor. Se lo ha llevado a vivir con él.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque me lo ha dicho Julián, niña. Que se te olvida que yo hablo con él.

En Navidad me dio otro táper. Este ponía CROQUETAS POLLO. Dentro había un papelito doblado con la receta, en una letra redonda de colegio de monjas. Al final ponía: «La bechamel, sin prisa. Lo que se hace con prisa se pega».

* * *

Jueves 21 de marzo de 2024. El olivo estaba echando hoja nueva, verde por arriba y plata por debajo.

El hijo dejó a Julián abajo, en la Cuesta, a eso de las cinco y media, y lo vi subir los últimos escalones con la gorra en la mano. Se sentó en su punta. Sacó el reloj y lo miró.

A las seis no había subido Carmen.

A las seis y media tampoco. Julián miraba la cuesta. Yo podé un seto que no hacía falta podar, y luego otro.

—Rocío —me llamó—. ¿Qué hora es?

—Las siete menos veinte.

—Ya. Este va adelantado.

A las siete y media el sol empezó a caer por la derecha, como siempre. Las sombras del olivo se alargaron hasta la barandilla y luego se deshicieron. Se encendieron las farolas del puerto. Yo había terminado hacía una hora y me senté en el murete, a tres metros.

—Habrá tenido algo —dije—. Médicos, o la peluquería.

—Habrá tenido algo —dijo él.

A las ocho y cuarto subió el hijo, con el móvil en la mano. Vio a su padre a oscuras en el banco y se paró en seco.

—Papá, que te he dicho que a las siete y media.

—Es que la señora no ha venido.

El hijo me miró a mí, como si yo pudiera traducirle. Le hice un gesto de no saber, que era la verdad.

—Bueno, ya vendrá —le dijo al padre—. Vamos, que hace fresco.

Julián se levantó. Le costó. Miró la cuesta una última vez.

* * *

El jueves siguiente tampoco vino. Ni el otro. Julián subía, se sentaba, miraba la cuesta, miraba el reloj. Ya no preguntaba. Yo regaba con el ojo puesto en la Cuesta del Olivar, como si fuera yo la que esperaba a alguien.

Me enteré en abril, en la plaza de la Fuente. Estaba arrancando las petunias muertas del parterre grande y se paró a mirarme una señora bajita, de pelo teñido color caoba, con su carro de la compra. La conocía de vista: subía a veces con Carmen hasta el portal del 14.

—Tú eres la de las croquetas, ¿no? La del mirador.

—Sí, señora.

—Ay, hija. —Se apoyó en el carro—. La Carmen se murió. El jueves de hace tres semanas, por la mañana, en su casa. Un ictus. La encontré yo, que tenía llave.

Yo tenía una petunia en la mano. La seguí teniendo.

—No lo sabía.

—Ella me hablaba de ti. Que eras muy trabajadora y muy sosa, y que te ibas a meter a bombera.

—Eso último no está claro.

—Ella decía que sí. —Se le fue la voz y la recogió con un carraspeo, como se coloca una silla—. Bueno. Que te lo quería decir.

—¿Y el señor del banco? Julián. ¿Lo sabe?

La señora me miró de un modo raro, como si fuera a decirme algo y luego decidiera que no le tocaba a ella.

—Eso no lo sé, hija. Yo a la familia no la conozco.

Siguió con su carro hacia la Cuesta. Yo me senté en el bordillo del parterre con las manos sucias encima de las rodillas. Por la noche llamé a mi madre y le hablé del gato y de la lluvia. No le conté nada. Ella notó algo, porque al final me preguntó si estaba comiendo bien.

—He hecho croquetas.

—¿Tú? —dijo mi madre, y se rio tanto que tuvo que dejar el teléfono.

Me salieron pegadas. Las hice con prisa.

* * *

No sabía si decírselo. El jueves subí con la idea de hacerlo. Julián estaba en su punta y había dejado libre la otra. Me senté en ella. Era la primera vez en dos años que me sentaba en ese banco.

—Julián.

—Rocío. —Me sonrió—. ¿Ya has aprobado?

—Todavía no.

—Ya aprobarás. Lo de la cuerda es técnica, no fuerza. Los pies, que la gente se olvida de los pies.

No le había hablado de la cuerda desde hacía un año. Se lo había guardado él. Eso me desarmó un poco.

—Julián, la señora Carmen... —dije, y me paré, y luego lo dije entero, porque si lo dejaba a medias no iba a poder volver a empezar—. La señora Carmen se murió. Hace un mes. Me lo ha dicho una vecina suya.

Él se quedó mirando la bahía. Pasó un velero a motor, con la vela recogida, haciendo un ruido de cortacésped.

—Ya —dijo.

Sacó el pañuelo del bolsillo. No lo desdobló. Lo tuvo en la mano, apretado, con el pico planchado hacia fuera.

—Ya —dijo otra vez—. Era muy buena mujer.

—Sí.

—Hacía muy buen café.

—Sí.

Estuvimos así un rato. Luego él guardó el pañuelo con cuidado, colocando el pico. Sacó el reloj, lo abrió, lo miró, lo cerró.

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte.

—Pues ya no tardará —dijo, y miró hacia la cuesta.

No volví a decírselo. Pensé que ya lo sabía en algún sitio donde yo no llegaba, y que hacérselo saber cada semana era como podar el mismo árbol todos los jueves hasta dejarlo en el tocón.

* * *

En mayo subí un termo.

Lo compré en un bazar de la calle Carretería, verde, de rosca, lo más parecido que encontré, y un paquete de cincuenta vasitos de plástico blanco. Y en el súper de abajo compré un botellín de anís de esos de minibar, porque no sabía dónde se compran los frasquitos de muestra y no iba a preguntar.

Me senté en la punta de ella. Desenrosqué el tapón y serví dos vasos. En uno eché una gota de anís. Se me fueron dos, en realidad, porque el botellín no tiene la boca hecha para eso.

Le di el vaso. Lo olió.

—Anís —dijo.

—Una gota. Bueno, dos.

Bebió. Se quedó con el vaso cerca de la cara, con el vapor empañándole las gafas.

—Así es como lo tomo yo —dijo—. ¿Y tú cómo lo sabías?

—Lo vi.

Asintió como si eso lo explicara todo. Luego pasó el dedo por las letras del respaldo, la J, la y, la M, el 1964, y esta vez nadie miró a otro lado, porque yo no sabía que había que mirar a otro lado.

* * *

Han pasado más jueves. En septiembre me presenté por tercera vez, pasé la cuerda con los pies, como me dijo él, aprobé el teórico con un ocho y pico y me suspendieron en la entrevista, que yo ni sabía que existía. En junio vuelvo. Mi madre dice que a la cuarta va la vencida, que no es un refrán pero lo va a ser.

El termo lo subo algunos jueves, no todos. Julián unas veces me conoce y otras no, y cuando no me conoce me trata con la misma educación de caballero antiguo, me da la mano al irse y me dice «encantado, señorita».

Una tarde me preguntó si yo era la nieta de la señora del termo. Le dije que no, pero que me habría gustado. Le pareció una respuesta muy razonable.

El hijo se llama Andrés. Me lo dijo un jueves de lluvia, debajo del olivo, que para la lluvia no sirve de nada. Desde hace unos meses ya no deja a su padre en la cuesta: sube con él y se queda de pie junto a la barandilla, mirando el móvil o mirando a su padre, según el día.

* * *

Hoy es jueves. Es mayo, el olivo está cargado de flor, esas florecillas blancas que no ve nadie y que dejan el banco perdido de polvo amarillo. Le he quitado un chupón del tronco, pero no el de la sombra. Ese no.

Ha subido Julián del brazo de Andrés, parándose en cada escalón, con la gorra de paño y el pañuelo planchado en pico. Se ha sentado en su punta, la de siempre. Andrés iba a quedarse de pie junto a la barandilla, como otras veces. Pero hoy no. Hoy se ha sentado en la otra punta. En la de ella.

Julián ha sacado el reloj, lo ha abierto, lo ha mirado, lo ha cerrado. Le ha dicho algo a su hijo que no he oído. Andrés ha contestado algo más corto. Luego los dos se han quedado mirando los barcos.

Andrés me ha visto con la manguera y ha levantado la mano. Julián, al verlo, ha levantado la suya también, por si acaso. Les he devuelto el saludo de lejos.

Luego he abierto el agua y he regado el olivo despacio, en círculo, alrededor del tronco, sin encharcar, para que la tierra lo vaya bebiendo a su ritmo. Como la bechamel. Lo que se hace con prisa se pega.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Con quién te gustaría sentarte en un banco, sin prisa, todas las semanas? ¿Qué haría falta para proponérselo?

NUEVE

PERDÓNAME, HERMANO



A LAS OCHO MENOS diez, la niebla no dejaba ver la verja del cementerio desde el aparcamiento. Joaquín Morales sabía que estaba ahí porque la había cruzado dos veces en su vida con traje oscuro y las dos veces había jurado no volver hasta que lo trajeran. La cita era a las ocho y media.

Reme le había puesto la bufanda gris en la puerta de casa, se la había anudado dos veces, como a un niño que va al colegio, y le había dicho:

—Tú escucha. No hace falta que hables. Escucha.

—Yo siempre escucho.

—Tú esperas a que el otro se calle. No es lo mismo.

Sonó el móvil en el soporte del salpicadero. *Carla*. Joaquín dejó que vibrara tres veces, por dignidad, y contestó a la cuarta.

—¿Has llegado?

—Estoy aquí. No hay nadie. A lo mejor no viene.

—Viene, papá. Me ha mandado un mensaje a las siete diciendo que ya estaba despierto. Me ha preguntado si tú sigues tomando el café solo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se lo preguntes tú.

Carla tenía treinta y dos años y la paciencia de quien trabaja en atención al cliente de una compañía eléctrica. La carta del Ayuntamiento había llegado a la casa de la abuela Amalia, que Carla abría una vez al mes para ventilar, y ella había llamado al cementerio, había encontrado el número de su tío a través de una prima de Antequera y lo había llamado. Joaquín se enteró cuando ya estaba hecho.

—Los dos herederos tienen que estar presentes y firmar —le había leído Carla en voz alta, en la cocina, con el papel delante—. Los dos, papá. No es opinión mía. Lo pone aquí.

—Que firme él y que me mande el papel.

—Es una reducción de restos, no una multa de tráfico.

Ahora, por teléfono, añadió:

—Y luego desayunáis.

—Eso no lo pone en el papel.

—Lo pongo yo.

Colgó antes de que él pudiera contestar, que era una cosa que había sacado de su madre. En el reflejo negro de la pantalla Joaquín se vio la cara de su padre, que era lo que le pasaba desde hacía unos años en todos los cristales.

Por el fondo del aparcamiento, entre la niebla, se encendieron los faros de un coche que llevaba ahí más tiempo que él.

* * *

Enrique había llegado a las siete y veinte. A partir de las cinco había dejado de intentar dormir. Llevaba en el asiento del copiloto un ramo de claveles blancos envueltos en celofán que con la calefacción olía ya un poco a funeraria.

Vio llegar el Mégane azul de su hermano y lo reconoció antes de verle la cara, por la forma de aparcar: dos maniobras cuando sobraba con una, para dejarlo recto. Su padre aparcaba igual la furgoneta delante del bar, a las seis de la mañana, cuando no había nadie que mirase.

Se bajó y se acercó con el ramo en la mano como un novio de pueblo.

Joaquín salió del coche. Estaba más ancho y más bajo, como si la espalda se le hubiera ido hacia dentro. El pelo, todo blanco. La bufanda gris le daba aire de canónigo.

—Joaquín.

—Enrique.

Se quedaron a un metro, con la niebla entre los dos, que era una cosa práctica porque así no se veían del todo.

—Has adelgazado —dijo Joaquín.

—Ocho kilos.

—¿Estás malo?

—No. Me lo quitó el médico. El azúcar, la tensión... Lo de siempre.

—Lo de papá.

—Lo de papá.

Joaquín miró el ramo.

—¿Y eso?

—Claveles. A papá le gustaban los claveles.

—A papá no le gustaba ninguna flor, Enrique. Decía que eran dinero que se pudría.

—Pues para mamá.

—A mamá le gustaban las gitanillas. En maceta.

Enrique bajó el ramo hasta dejarlo colgando a la altura de la rodilla, como quien baja un arma.

—Ya te conocía yo esa costumbre de corregirlo todo —dijo.

—Y yo la tuya de comprar lo que no hace falta.

Fue lo más largo que se habían dicho en veinte años, y los dos lo notaron a la vez y se callaron, y echaron a andar hacia la oficina sin ponerse de acuerdo, uno un paso por delante del otro, primero Joaquín, luego Enrique, luego Joaquín otra vez.

A los nueve años, Enrique entraba en el bar después del colegio y su padre, desde detrás de la barra, sin dejar de secar un vaso, decía: «Ya está aquí el señorito». Lo decía con gracia, y los clientes se reían, y a Enrique le parecía que era una forma de cariño. Joaquín, que tenía trece y ya fregaba la plancha los sábados, no se reía. Enrique tardó treinta años en entender por qué.

* * *

La oficina era un barracón prefabricado con un calefactor de aire en el suelo que hacía un ruido de secador de pelo. Detrás del mostrador, una mujer de unos cincuenta, con chaqueta de punto y gafas colgadas de un cordón, les pidió los DNI, el título de la concesión, el libro de familia y la autorización firmada.

Joaquín sacó una carpeta de plástico azul. Carla lo había preparado todo, cada cosa en su funda, con un pósito amarillo en el que había escrito

ORDENEN QUE TE LO VANA PEDIR. Joaquín los fue poniendo sobre el mostrador con un orgullo que no era suyo.

Enrique sacó su DNI de la cartera. La funcionaria lo miró, miró a Enrique, volvió a mirar el DNI.

—Está usted más delgado que en la foto.

—Ocho kilos —dijo Joaquín, antes de que Enrique pudiera abrir la boca.

La mujer los miró a los dos, buscando el parecido. Debió de encontrarlo, porque sonrió un poco.

—Hermanos.

—Eso dice el libro de familia —dijo Joaquín.

Ella escribió la fecha en el impreso, 4 de noviembre de 2025, y les explicó el procedimiento. La concesión del nicho de don Francisco Morales Aguilar vencía ese otoño; se había optado por la reducción de restos y su traslado al nicho de doña Amalia Cortés Vela, cuya concesión seguía vigente. Ellos podían estar presentes o esperar a un lado; era decisión suya, y no tenía que ser la misma para los dos. Había una tasa.

—La tasa está pagada —dijo Joaquín—. La pagó mi hija por internet. Ahí tiene el justificante.

Enrique abrió la cartera otra vez.

—Te doy la mitad.

—No hace falta.

—Te doy la mitad, Joaquín.

—Que no hace falta, te digo.

La funcionaria les puso delante dos bolígrafos, uno azul y uno negro, y señaló dos casillas. Enrique cogió el negro. Joaquín esperó y cogió el negro también, después de su hermano. La firma de Enrique había cambiado: antes era una rúbrica enorme, con un lazo que se salía del papel, la firma de quien va a ser alguien; ahora era una E y una línea.

—Salvador los acompaña —dijo la mujer—. Abríguense, que ahí arriba la niebla cala.

Salvador era un hombre de cincuenta y tantos años, con mono gris, chaquetón azul marino con el escudo del Ayuntamiento y unas manos grandes y limpias. Llevaba una carretilla pequeña con herramientas tapadas por una lona y una caja de madera clara con una etiqueta en blanco.

—Buenos días —dijo—. Siento lo de su padre.

—Hace veinte años —dijo Joaquín.

—Ya. Pero hoy es hoy.

* * *

Subieron por una calle de cipreses que la niebla cortaba a media altura. Salvador andaba despacio, sin mirar atrás. Sabía que los que van detrás no tienen ninguna prisa por llegar.

Joaquín iba pensando en la notaría. La niebla tenía la misma luz que aquella sala de la calle Larios, con persianas venecianas y una mesa larga de madera brillante. Octubre de 2005. Su padre llevaba cinco meses muerto. El notario leyó la escritura con voz de radio, y en mitad de la lectura apareció el nombre de un señor de Marbella al que Joaquín no había visto nunca, y la palabra *participación*, y la palabra *cincuenta por ciento*. Enrique miraba la mesa.

No hubo gritos. Joaquín no gritaba, eso lo hacía su padre. Firmó lo que había que firmar y luego, en la puerta, con el abrigo puesto, se volvió hacia su hermano y le dijo en voz baja, para que no lo oyera el notario, que no tenía culpa de nada:

—Papá se murió sabiendo lo que eras.

La había pensado mientras el notario leía y la había pulido mientras firmaba, como se pule una copa. Era la frase más cruel que había dicho nunca y le salió perfecta, y durante años le pareció lo único que había hecho bien en todo aquel asunto.

—Es aquí —dijo Salvador.

El nicho del padre estaba en la cuarta fila, en un bloque de los antiguos, con el yeso algo descascarillado alrededor de la lápida. *Francisco Morales Aguilar. 1938-2005. Tu familia no te olvida*. La frase la había elegido Amalia, contra la opinión de los dos hijos, que entonces todavía se hablaban lo justo para opinar.

El de la madre estaba en el bloque de enfrente, a unos quince metros, segunda fila, a la altura del pecho. *Amalia Cortés Vela. 1941-2015*. En la repisa, un bote de cristal vacío.

Salvador colocó una escalera de aluminio, se puso unos guantes de trabajo y se volvió hacia ellos.

—Si quieren, pueden esperar ahí, junto al ciprés. Hace ruido, y el polvo. Cuando esté, los aviso. Y si quieren quedarse, se quedan. Aquí no hay una forma buena y una mala.

Enrique miró a Joaquín. Joaquín miró el ciprés.

—Nos quedamos un poco más atrás —dijo Enrique.

Era la primera decisión que tomaban juntos desde 2005 y la había tomado uno solo, pero el otro no dijo nada, y se retiraron hasta que la espalda de Joaquín tocó la corteza del ciprés.

Salvador trabajaba con calma. Primero, el cincel contra el yeso: golpes cortos, espaciados. Luego un ruido distinto, más hueco, cuando la lápida cedió, y Salvador la recibió con las dos manos y la bajó por la escalera sin prisa, apoyándola contra la pared con la inscripción hacia dentro, como si no quisiera que el padre viera lo que venía después. Ya no se oyó casi nada. De Salvador solo se veían las botas en el peldaño y el chaquetón azul, que se movía un poco.

Enrique tenía el ramo agarrado con las dos manos, y el celofán crujía.

—Deja de apretar eso —le dijo Joaquín.

—No estoy apretando nada.

—Estás haciendo un ruido que parece que estás friendo.

Enrique aflojó las manos. El celofán siguió crujendo un poco, por su cuenta, al recuperar la forma.

Entierro de la madre, marzo de 2015. Joaquín a la derecha del féretro, con Reme y con Carla, que entonces tenía veintidós años y le daba la mano. Enrique a la izquierda, solo. Entre los dos, el ataúd, más pequeño de lo que Joaquín esperaba, porque su madre había ido encogiéndose hasta caber en cualquier sitio. El cura dijo «sus hijos» varias veces y en plural, y cada vez que lo decía los dos miraban al frente, a la pared de nichos, como si estuvieran leyendo los nombres de los vecinos. Al final, Enrique se acercó a Carla y le dijo algo al oído. Joaquín nunca le preguntó qué.

—Ya está —dijo Salvador, desde arriba.

Bajó con la caja sujeta por debajo, del modo en que se lleva algo que no puede caerse, y les preguntó si preferían llevarla ellos hasta el otro nicho.

Ninguno de los dos contestó. Salvador esperó, con la paciencia de los que trabajan con piedra.

—La llevo yo —dijo Enrique al fin, y luego, enseguida—: si a ti te parece.

Joaquín iba a decir que no. Lo tenía en la boca, el no, como se tiene una tos. Pero vio las manos de su hermano, que estaban rojas de frío y del celofán, y vio que le temblaban un poco, no mucho, lo justo para que alguien que lo había visto aprender a andar se diera cuenta.

—Dame las flores —dijo.

Enrique le dio las flores. Salvador le dio la caja a Enrique. Y recorrieron los quince metros de grava hasta el nicho de la madre: Salvador delante, con la carretilla vacía; Enrique después, con la caja; y Joaquín el último, con un ramo de claveles que a su padre no le habrían gustado, pisando las huellas del otro sin querer.

* * *

Enrique había pensado que iba a pesar más, y se sintió estúpido por haberlo pensado, y a la vez se acordó de su padre levantándolo a pulso para sentarlo sobre la barra, a los cinco o seis años, delante de los clientes del vermú de los domingos, y diciendo: «Este no pesa nada. Este no va a servir para cargar barriles». Y era verdad: nunca sirvió para cargar barriles.

Salvador abrió el nicho de la madre con el mismo cuidado, los mismos golpes cortos. Esta vez ellos no se apartaron. Cuando terminó, Salvador bajó de la escalera, se quitó un guante y alargó la mano hacia la caja.

—¿Me la da?

Enrique se la dio. Salvador subió, la colocó dentro, en el fondo, y se quedó un segundo con las manos sobre la tapa, como comprobando que no cojeaba. Luego bajó.

—Ya están juntos —dijo.

No lo dijo con solemnidad. Lo dijo como se dice que ya está listo un coche en el taller. Joaquín, que tenía preparada una cara para casi cualquier cosa que dijera el operario, no tenía preparada esa, se dio la vuelta y se puso a mirar los cipreses con mucho interés, y se sonó con un pañuelo de papel, y Enrique miró hacia el otro lado para no verlo, porque eso sí lo sabía hacer: no ver a su hermano cuando su hermano no quería ser visto.

Salvador volvió a sellar la lápida de la madre con yeso fresco. La lápida vieja, si la querían, podían recogerla en el almacén en el plazo de un mes; si no, se destruía.

—¿Ustedes la quieren?

Los dos hermanos se miraron. Era una lápida de mármol gris de cincuenta kilos con *Tu familia no te olvida* grabado en letras doradas.

—¿Para qué la queremos? —dijo Joaquín.

—Para nada —dijo Enrique.

—Mamá la pagó en tres plazos.

—Ya lo sé.

—Que se destruya —dijo Joaquín.

—Que se destruya —dijo Enrique.

Salvador asintió, apuntó algo en un parte doblado en cuatro y les tendió la mano a los dos, por orden de edad, aunque nadie se lo había dicho. Luego se fue bajando entre los cipreses, y la niebla se lo comió a los veinte metros. Se quedaron solos delante del nicho de la madre. Joaquín metió los claveles en el bote de cristal, sin agua, y los colocó mirando hacia fuera.

—No tienen agua —dijo Enrique.

—Ya lo veo.

—Hay una fuente a la entrada.

—Pues ve.

Enrique fue. Tardó cinco minutos en volver con el bote lleno, y Joaquín lo esperó, que no era lo mismo que no irse.

La mañana de la notaría, Enrique llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta una carta de cuatro folios dirigida a su hermano. Explicaba lo del restaurante de Fuengirola, el socio que desapareció, el banco, las llamadas a las once de la noche. Explicaba que el inversor de Marbella le ofrecía lo justo para no perder la casa y que había dicho que sí un martes, solo, como quien se tira por una ventana. Explicaba que no se lo había dicho a nadie porque su padre acababa de morir y porque, si se lo decía a Joaquín, Joaquín lo iba a mirar exactamente como lo miró después. Cuando oyó la frase en la puerta, Enrique se metió la mano en el bolsillo, apretó la carta y no la sacó. Se la llevó a casa. La rompió en el ascensor.

* * *

—Carla dice que desayunemos —dijo Joaquín en el aparcamiento, con las llaves en la mano.

—A mí me lo ha dicho también.

—Si no desayuno contigo no me deja entrar en casa.

—Entonces tendremos que desayunar.

—Eso parece.

—¿Dónde?

Joaquín tardó en contestar. La niebla empezaba a levantarse por los bordes.

—En la Fuente —dijo.

Enrique lo miró.

—¿En el bar?

—Ya no es el bar. Ponen tostadas de aguacate.

—¿Tú has vuelto?

—Una vez. Con Reme. Hace tres años. No me acuerdo de qué me tomé.

Fueron en dos coches. Enrique, detrás, veía en cada semáforo la nuca blanca de su hermano y pensaba en la de veces que había ido detrás de esa nuca: al colegio, a la playa en el autobús de los domingos, por el pasillo estrecho de detrás de la barra cuando su padre los mandaba al almacén a por hielo.

La plaza de la Fuente estaba igual y no estaba igual. La mercería era ahora una tienda de móviles. Y donde había estado el letrero de chapa roja con letras blancas, *BAR MORALES*, había ahora un rótulo de madera clara con letras finas: *Cafetería La Fuente*.

Aparcaron uno detrás de otro. Joaquín hizo sus dos maniobras.

* * *

Dentro olía a café y a pan tostado, que era lo único que no había cambiado. La barra de mármol, que Joaquín había limpiado con bayeta todas las noches de su vida entre los catorce y los cuarenta años, ya no estaba. En su lugar había un mostrador de madera con una vitrina de bizcochos y una máquina de café plateada que hacía ruido de tren.

Una chica de veintitantos con delantal negro les dijo «buenos días, chicos», y Joaquín decidió que le caía bien por lo de *chicos*. En la plaquita del delantal ponía *Yanira*. En la caja, un hombre con barba hablaba por teléfono de un pedido de leche de avena.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. Joaquín se sentó de espaldas a la pared y Enrique se quedó de pie un momento, mirando por encima de la cabeza de su hermano.

—Está ahí —dijo.

Joaquín no se volvió. Sabía lo que estaba ahí. La vez que vino con Reme se tomó el café de pie, junto a la puerta.

Era una foto en blanco y negro, ampliada, con un marco negro sencillo. El Bar Morales en 1970: la fachada recién encalada, dos mesas de hierro en la acera. En la puerta, Paco Morales, con camisa blanca remangada, treinta y dos años, el pelo negro peinado hacia atrás con brillantina y la cara de un hombre que se ha comprado el mundo a plazos. En su brazo izquierdo, un bebé de un año, gordo, con un gorrito de lana, que miraba hacia otro lado. Y a su derecha, subido a un taburete, un niño de cinco años con pantalón corto y los calcetines caídos, cogido del bolsillo del pantalón de su padre, serio como un guardia.

Debajo, en una plaquita dorada, alguien había puesto: *Bar Morales, 1970. Aquí empezó todo.*

—«Aquí empezó todo» —leyó Enrique, en voz alta.

—Eso lo han puesto los del aguacate.

—Papá habría puesto el precio de la caña.

—Papá habría puesto la foto al revés para que no se viera la humedad de la esquina.

Enrique se rio. Fue una risa corta, por la nariz, la misma que se le escapaba de niño en misa y que le costaba un capón del padre al salir.

Yanira vino a tomarles nota. Joaquín pidió un café solo y media tostada con aceite y tomate. Enrique pidió un cortado y otra media igual.

—¿Integral o blanco el pan?

—Blanco —dijeron los dos a la vez.

Yanira se fue. Joaquín miró encima de la puerta de la cocina, donde antes estaba el reloj. Ahora había una pizarra con los desayunos escritos con tiza.

El reloj de pared del Bar Morales era de péndulo, con caja de madera oscura y esfera de números romanos, comprado de segunda mano el año en que abrieron. Se atrasaba cinco minutos cada semana y Paco decía que eso era bueno para el negocio, que así los clientes creían que tenían tiempo para la otra. Cuando se paraba del todo, venía Julián, el relojero de la calle Agua Clara, se subía a una silla, lo descolgaba, se lo llevaba debajo del brazo y lo devolvía a los tres o cuatro días funcionando. Nunca cobró. Paco le ponía el café y la copa de anís y le decía «esto no te lo pago con esto», y Julián decía

«claro que sí», y los dos se quedaban tan contentos. Joaquín, de chico, le sujetaba la silla.

—¿Te acuerdas del reloj? —dijo Joaquín.

—Lo tengo yo.

Joaquín lo miró.

—¿Cómo que lo tienes tú?

—Lo descolgué la última noche. No te lo dije porque... Bueno. No nos estábamos diciendo nada.

—¿Y funciona?

—No. Se paró en 2008, en una mudanza. Está en el pasillo de casa, parado a las cuatro menos veinte.

—Mira qué bien. Dos veces al día da la hora exacta.

—Eso decía papá de ti.

—Eso decía papá de todo el mundo.

Llegaron los cafés y las tostadas. Yanira dejó un platito con sobres de azúcar, de los alargados.

Joaquín cogió un sobre, lo rompió por la esquina con los dientes, como hacía siempre, y lo vació en el cortado de su hermano. Luego otro. Estaba removiendo cuando se dio cuenta de lo que hacía, y se quedó con la mano quieta.

Cada mañana, antes del colegio, la madre les ponía el Cola Cao en dos vasos de Duralex en la cocina del bar, y era Joaquín el que le echaba el azúcar a Enrique, porque Enrique era pequeño y lo esparcía por la mesa. Dos cucharadas y media. Ni dos ni tres. Si era menos no sabía a nada y si era más le daba dolor de barriga, y Joaquín, que tenía diez años y era un tirano, le echaba dos y media exactas, nivelando la media con el dedo, y le decía: «Esto es lo que hay, y si no, lo tomas solo».

Enrique miraba el café.

—Ya no tomo azúcar —dijo—. Por lo del médico.

Joaquín soltó la cucharilla dentro de la taza.

—Pues pide otro.

—No. —Enrique cogió la taza con las dos manos, como había cogido la caja una hora antes—. Hoy sí.

Le dio un sorbo. Hizo una mueca.

—¿Qué?

—Que solo me has echado dos.

—Es que ya no hay sobres de media.

—Eso es una excusa.

Joaquín iba a contestar y no contestó. Partió la tostada en dos con el cuchillo, con más fuerza de la necesaria, y se quedó mirando el tomate.

Enrique dejó la taza en el plato.

—Joaquín.

—Qué.

—Perdóname.

Lo dijo así, sin más. No dijo «perdóname por lo del bar» ni explicó nada de lo que llevaba veinte años explicando por las noches a un techo. Lo dijo con la misma voz con la que había pedido el cortado, y por eso se oyó tanto.

La máquina de café soltó un chorro de vapor. Fuera, en la plaza, la niebla se había ido del todo y daba un sol pálido, de noviembre, sobre el caño de la fuente.

Joaquín no levantó los ojos de la tostada. Pensó en muchas cosas a la vez y en ninguna entera: en la frase de la notaría, que seguía estando perfecta; en los veinte años de camarero en un hotel de Benalmádena, sirviendo cócteles a ingleses quemados por el sol hasta que la espalda dijo que no; en su padre, que nunca le dijo a él *el señorito* y nunca le dijo tampoco ninguna otra cosa; en las manos rojas de Enrique en el cementerio.

Quería decir que sí. Lo notaba, el sí, en algún sitio, pero estaba muy abajo, debajo de veinte años de cosas, y no subía.

—No puedo —dijo.

Enrique asintió despacio. No pareció sorprendido.

—Ya.

—No digo que no. Digo que no puedo. Hoy.

—Ya lo sé.

—No sé si es lo mismo.

—No es lo mismo —dijo Enrique.

Joaquín cogió la mitad de su tostada. Le dio un bocado. Masticó más de lo que necesitaba el pan. Enrique bebió su cortado con dos de azúcar, entero, hasta el fondo, y no volvió a hacer muecas.

Ninguno de los dos se levantó.

Fue Enrique el que pidió la cuenta, y fue Joaquín el que dijo:

—A medias.

—Te invito yo. Por lo de la tasa.

—A medias, Enrique. Si no, no.

Yanira trajo el tique en un platito de metal. Seis euros con ochenta. Enrique puso tres con cuarenta en monedas, apilándolas como su padre apilaba la caja por las noches. Joaquín puso un billete de cinco y esperó la vuelta.

Al pasar junto a la foto, Enrique se paró delante del niño serio del taburete.

—Estabas enfadado ya ahí —dijo—. Mírate la cara.

—Me estaba picando el jersey. Mamá me lo hizo de una lana que picaba.

—Tenías cinco años y ya estabas enfadado.

—Y tú, con un año, ya mirabas hacia otro lado.

El bebé del gorrito miraba hacia algo que no salía en la imagen; nadie sabría ya qué era.

—Es verdad —dijo Enrique.

Salieron a la plaza. Hacía menos frío.

Joaquín sacó las llaves y se quedó con ellas en la mano, como en el cementerio.

—El reloj —dijo.

—¿Qué le pasa?

—Que no se puede tener un reloj parado en el pasillo. Da mal fario.

—Tú no crees en eso.

—Mamá sí. —Joaquín miró la fuente—. Habrá alguien que lo arregle todavía. Alguno quedará.

—Puedo buscarlo.

—Busca. —Joaquín abrió la puerta del Mégane—. Y cuando esté, me lo dices. Que Carla no lo ha visto nunca.

—¿Que se lo lleve a tu casa?

Joaquín se metió en el coche y bajó la ventanilla. Tardó en contestar; se aflojó la bufanda, la del nudo doble que le hacía Reme.

—Me lo dices —repitió—. Y ya vemos.

Subió la ventanilla y arrancó. Hizo una sola maniobra para salir, que le quedó torcida, y no la corrigió.

Enrique se quedó en la acera hasta que el Mégane dobló la esquina de la farmacia. Luego sacó el móvil. Tenía un mensaje de Carla de las diez y cuarto: *¿Qué tal?* Escribió *Bien*, lo borró. Al final escribió *Me ha echado el azúcar*, y lo mandó, y se quedó mirando la pantalla hasta que aparecieron las dos rayitas azules, y debajo, al momento, los puntos de alguien que escribe.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Hay alguien a quien no hayas perdonado, o que no te haya perdonado a ti? Escribe la primera frase de esa conversación, aunque no sepas si la tendrás ni si quieres tenerla.

DIEZ

LA CAJA DE ZAPATOS



DOS MUJERES DELANTE DE la Torre Eiffel, de espaldas a ella, como si les estorbara. La de la izquierda es mi tía Pilar a los veintisiete años: falda por debajo de la rodilla, rebeca abrochada hasta arriba, el bolso cogido con las dos manos, igual que lo cogía en la parada del autobús cuando yo era pequeña. La de la derecha es más alta, lleva el pelo corto y unas gafas de sol enormes, y se ríe con la boca abierta, de una forma que en las fotos de mi familia no se ríe nadie. Detrás, la torre sale cortada por arriba. Quien hizo la foto no se molestó en meterla entera.

Al dorso, con la letra de mi tía, pequeña, inclinada, de quien ha rellenado formularios de aduana durante cuarenta años:

París, agosto de 1967. M. dice que la Torre Eiffel es fea. Tiene razón.

* * *

La caja estaba en el altillo del pasillo de la Cuesta del Olivar, 9, detrás de dos mantas de cuadros, un ventilador sin aspas y una bolsa con todas las facturas de la luz desde 1989. Era una caja de botines de señora, de cartón marrón con la tapa un poco hundida, y en un lado ponía *Calzados Gálvez · Málaga · Talla 37 · Color avellana*.

Era un sábado de marzo. Mi padre me había dado las llaves con cara de no querer saber nada de la casa en un mes, y yo había subido con Vera y un rollo de bolsas de basura de las grandes. La casa olía a cerrado y a la colonia de lavanda que mi tía se echaba en la nuca antes de salir, aunque fuera a tirar la basura. Murió en febrero, en el hospital, a los ochenta y cuatro años.

Hasta el último domingo vino a comer a casa de mis padres, como todos los domingos de mi vida: llegaba a la una y media con una bandeja de pasteles de la confitería de la plaza, se sentaba en la silla de la esquina y se marchaba a las seis, porque no le gustaba subir la cuesta de noche.

Eso era mi tía Pilar. La que había cuidado de los abuelos hasta que se murieron. La que trabajó en una consignataria del puerto desde los diecinueve hasta los sesenta. La que no fue a misa nunca. La que no se casó. Mi madre decía «la pobre Pilar» con un tono que yo, de niña, creía que tenía que ver con el dinero.

—¿Esto qué es? —preguntó Vera desde abajo de la escalera.

—Zapatos viejos.

—Pesa mucho para ser zapatos.

No eran zapatos. Eran fotos, unas doscientas, sueltas, algunas con el borde blanco dentado, otras de ese color de los setenta que se ha vuelto naranja, y las últimas en papel brillante de tienda de revelado. Mi tía no tenía álbumes. En su casa había exactamente cuatro fotos a la vista: los abuelos el día de su boda, mi padre de soldado, yo con el uniforme del colegio y yo con Vera recién nacida. Siempre pensé que no le gustaban las fotos.

* * *

Extendimos las fotos en la mesa de la cocina, encima del hule de cerezas. Vera las iba colocando en filas, por colores, hasta que le expliqué que era mejor por fechas, y entonces empezó a ordenarlas con una seriedad de archivera, dándoles la vuelta, leyendo despacio la letra inclinada.

—Lisboa, mil novecientos setenta y cuatro —leyó—. «Nos han timado con las sardinas». Mamá, ¿qué es timar?

—Engañar con el precio.

—Tánger, setenta y seis. «M. regatea en francés y gana». —Me miró—. ¿Quién es eme?

—No lo sé.

—Sale en todas.

Era verdad. En las que no salía, la que faltaba era mi tía, y se notaba que la foto la había hecho ella: torcida y con el dedo en una esquina. Asturias, Roma, el Sáhara, Santiago, un pueblo de Portugal con un nombre que no supe pronunciar, la cubierta de un barco. La mujer de las gafas iba

cambiando de gafas, de pelo y de década, igual que mi tía, y en todas las fotos las dos estaban un poco más cerca de lo que se ponen dos personas para salir en una foto.

—¿Por qué no sale ningún señor? —preguntó Vera.

—Porque eran amigas y se iban de viaje juntas.

—¿Todos los años?

Miré las fechas. Sesenta y siete, sesenta y nueve, setenta y uno, setenta y cuatro. Ochenta y dos. Noventa. Dos mil siete. Agosto, casi siempre. Mi tía cogía las vacaciones en agosto y se iba «con las compañeras de la oficina», a «un hotelito en la sierra». Volvía con una caja de bombones para mi madre y un llavero para mí. Tuve llaveros de la Torre de Belém, del Coliseo, de un camello. Nunca pregunté de dónde eran.

—Casi todos los años —dije.

Vera cogió una de los ochenta en la que mi tía, con un pañuelo en la cabeza que no le recordaba, apoyaba la cabeza en el hombro de la otra en un banco de estación.

—¿Era su novia?

Lo preguntó como pregunta si hay natillas. Yo tenía en la mano una foto de las dos en Roma comiéndose un helado del mismo cucurucho, cada una por un lado, y me la quedé mirando más tiempo del necesario.

—No lo sé, cariño.

—Pues sale en todas —repitió Vera, que a los nueve años ya había descubierto que a veces basta con decir dos veces lo mismo. Y después, cogiendo otra—: Mira, la tita con el sombrero feo. El de Navidad, el que le dije.

* * *

Las dos sentadas en un banco de madera bajo un olivo, con la bahía detrás y un barco grande saliendo del puerto. Pilar lleva un vestido claro y el pelo recogido; la otra, un pañuelo al cuello y las piernas cruzadas. No miran a la cámara: se están mirando entre ellas, y una acaba de decir algo que a la otra le ha hecho gracia. El banco es el del mirador de Santa Inés. Lo reconocí por el olivo, que ya entonces tenía el tronco retorcido sobre sí mismo. Los listones están recién pintados de verde, y en el del centro del respaldo, entre las dos espaldas, alguien había grabado unas letras con navaja: una jota, una y

griega, una eme y un año, 1964. Los cortes se ven nítidos, con la pintura nueva metida en los surcos, como si fueran de hacía poco.

Mirador, mayo de 1969. Nos la hizo un muchacho que pasaba con una cámara colgada. M. le dio un caramelo de propina y él se ofendió.

* * *

Era la única hecha a cien metros de donde yo la tenía en la mano. Desde la ventana de la cocina de mi tía, si te asomabas mucho, se veía la copa del olivo.

—Ese banco existe —le dije a Vera—. Está ahí arriba.

Subimos. Eran las seis y empezaba a refrescar. El banco seguía en su sitio, con los listones pintados de marrón, y por debajo, en los desconchones, asomaban capas de verde de distintas épocas, como los anillos de un árbol. Me senté donde se sentaba mi tía en la foto. Vera se sentó donde se sentaba la otra y cruzó las piernas, porque es así.

Pasé la mano por el respaldo. Las letras seguían ahí, gastadas, casi lisas, y el año ya había que adivinarlo más que leerlo. Pensé que alguien, en 1964, se había sentado aquí con alguien y había querido dejarlo escrito, y que a lo mejor esos dos tampoco se lo habían dicho a nadie. Lo pensé un momento y lo dejé estar. Tenía bastante con lo mío.

—¿La tita venía mucho aquí?

—No lo sé.

—Mamá, tú no sabes nada de la tita.

Lo dijo sin maldad, comprobándolo, como quien descubre que una caja que parecía llena está vacía. Me reí porque era verdad y porque reírse era más fácil. Desde el banco se veían las grúas de la consignataria donde ella había escrito a máquina conocimientos de embarque en tres idiomas. No sabía cuáles eran los tres.

* * *

Un bebé gordo y calvo en brazos de Pilar, en el patio de la casa de mis abuelos, entre las macetas. El bebé soy yo. Pilar me sujeta como se sujeta algo que no te han dejado coger muchas veces, con los codos muy separados, y me mira a mí, no a la cámara.

Elena, abril de 1983. La madrina. Me ha mirado como si me conociera.

Una niña vestida de primera comunión, con la limosnera torcida y un diente menos, en la puerta de la parroquia. A un lado, cortada por el borde, media figura de mujer con un pañuelo al cuello.

Comunión de Elenita, mayo de 1991. M. se ha quedado en la esquina, que dice que las iglesias le dan alergia.

* * *

Esa noche, en mi casa, con Vera dormida y Óscar viendo un partido con el volumen bajo, seguí con la caja en el sofá. Ya sabía que se llamaba Mercedes, porque en una de Roma ponía *Mercedes, cincuenta años, y no lo aparenta*, y en otra, *Merceditas se enfada si la llamo Merceditas*.

—Dime que es normal —le pedí a Óscar— no saber nada de alguien a quien has visto todos los domingos durante cuarenta y dos años.

—Es normal. Yo no sé qué hace mi hermano los martes.

—Tu hermano los martes va al pádel.

—¿Ves? Tú sabes más que yo.

Entonces salió la del concierto. Era el salón de actos del conservatorio, con las sillas de tijera y las cortinas granates, hecha desde la última fila. Al fondo de la foto, en el escenario, un piano y una niña de once años muy tiesa, con una diadema. Y en primer término, de pie junto a la puerta, con el abrigo puesto y el bolso cogido con las dos manos, mi tía Pilar.

Primer concierto de Elena, junio de 1994. Tocó la sonatina sin equivocarse. Llegamos tarde y nos quedamos de pie al fondo, que no nos vieran. M. lloró, y aun así hizo la foto. Yo no, que alguien tenía que vigilar la puerta.

De aquel concierto me acordaba del miedo en las manos, del pedal que chirriaba, de mi madre en la tercera fila haciéndome gestos para que sonriera. Y de que la tita no vino porque tenía inventario en la oficina. Le dije que no la quería ver nunca más, con esa crueldad de los once años que se cura sola, y al domingo siguiente ya la había perdonado porque me trajo una palmera de chocolate.

Estuvo. De pie, con el abrigo puesto en junio, junto a la puerta, para poder irse antes de que se encendieran las luces.

—¿Qué te pasa? —dijo Óscar.

Le di la foto. Él la miró por los dos lados y no dijo nada, que es lo mejor que sabe hacer Óscar cuando lo hace bien.

* * *

Una postal. En la cara, una playa ancha de arena oscura, unas barcas varadas, un paseo marítimo con palmeras y, en letras amarillas, *Rincón de la Victoria*. En el dorso, el matasellos de octubre de 2018, la dirección de la Cuesta del Olivar, 9, y una letra que no es la de mi tía: grande, redonda, apretada contra el borde, como si se le hubiera acabado el sitio antes que las ganas.

Querida P.: esta es la primera postal que mando sin haber viajado. La comida es sosa y hay un señor en el pasillo que canta boleros a las tres de la mañana, bastante bien, por cierto. Ven el martes. Trae las galletas de limón, no las de canela. M.

En el remite: *Mercedes Aranda. Residencia Las Acacias, habitación 12. Rincón de la Victoria (Málaga).*

* * *

Llamé un lunes desde el conservatorio, entre una clase de lenguaje musical y una de coro. Me cogió el teléfono una chica muy joven que tuvo que preguntar a otra. Sí, la señora Aranda seguía allí. ¿De parte de quién?

—De la sobrina de Pilar Castro.

Hubo un silencio, de la chica tapando el auricular, y luego una voz de mujer mayor, con un deje de profesora que reconocí porque es el mío:

—¿Elena? ¿La del piano?

—Sí.

—Venga usted el jueves. No, el jueves no, que hay bingo y me lo tomo en serio. El miércoles. A las cinco. Y no traiga flores, que aquí se mueren de aburrimiento.

* * *

La residencia era un edificio blanco de tres plantas a dos calles de la playa. Mercedes Aranda me esperaba en una salita de la planta baja, sentada muy derecha en un sillón de orejas, con un bastón de empuñadura de plata

apoyado en la pierna y un pañuelo de seda al cuello. Las gafas ya no eran de sol, pero eran igual de grandes. Me miró de arriba abajo antes de que yo dijera nada.

—Tienes las manos de tu tía —dijo—. Siéntate. ¿Te puedo tutear? Llevo media vida tuteándote sin conocerte.

Había traído la caja de zapatos en una bolsa de tela. La dejé en el suelo, entre las dos, y ella la miró sin cogerla.

—Calzados Gálvez —dijo—. Se los compró para el viaje de Lisboa y le hicieron una rozadura el primer día. Los devolvió a la vuelta, gastados y todo, y se los cambiaron. Tu tía era capaz de devolverle unos botines usados a un zapatero y que el zapatero le diera las gracias.

—Me enteré por internet —dijo, sin que le preguntara—. Llamé a la casa una semana entera. Pilar no cogía el teléfono a veces, por fastidiar, pero una semana no. Yasmina, la chica de las tardes, me miró las esquelas en el ordenador. Ya habían pasado once días.

—Lo siento. Nadie...

—Nadie sabía a quién avisar. —Lo dijo con calma, colocándose el pañuelo—. No es un reproche, hija. En la agenda de tu tía yo estaba apuntada como «Peluquería». Era una broma nuestra. Si alguien llamaba a la peluquería, le contestaba yo y le decía que no había hora hasta el jueves.

Saqué la foto de París. Ella se puso otras gafas encima de las gafas y la miró de lejos y luego de cerca.

—Fea —dijo—. La torre. Nosotras estábamos estupendas.

Y me lo contó en el mismo tono en que se cuenta un viaje en tren. Que se conocieron en 1962 en una academia de idiomas de la calle Granada donde ella daba clases de francés por las tardes, y que mi tía se apuntó porque en la consignataria le habían prometido subirle el sueldo si aprendía.

—No aprendió nunca. Tenía un oído malísimo. En cuanto abría la boca parecía que estaba pidiendo un mollete en Atarazanas. Le subieron el sueldo igual, porque nadie más en aquella oficina sabía dónde estaba Marsella.

—¿Y luego?

—Luego fuimos amigas mucho tiempo. Somos de una generación lenta. Lo supimos en el setenta y tres, en un hotel de Granada con una cama que crujía como un barco viejo. Y a partir de ahí, cuarenta y cinco años. Hasta que me vine aquí, que ya fueron visitas. Los martes. Con galletas de limón.

—Cuarenta y cinco años —repetí.

—Juntas. Sin vivir juntas. —Se encogió de hombros—. Por prudencia, al principio. Tú no sabes lo que era aquello, ni falta que te hace. Yo era profesora en un instituto; ella tenía a tus abuelos en casa, que primero la necesitaban y luego más. Después, por costumbre. Las dos teníamos nuestras manías y nuestras casas, y nos gustaba echarnos de menos un poco. Ella venía a la mía los miércoles y los viernes. Y en agosto, nos íbamos.

—Y los domingos...

—Los domingos eran vuestros. —Me miró por encima de las dos gafas—. Ella decía que los domingos eran para la familia. Yo le decía: ¿y yo qué soy? Y ella decía: tú eres la peluquería.

Lo dijo con gracia, pero tardó un poco en seguir. En el pasillo sonaba el carro de la merienda, con las tazas tintineando.

—El concierto —dije—. El primero. Estuvisteis.

—Claro. Llegamos tarde por culpa de un autobús y yo me eché a llorar en la sonatina como una tonta. Pilar me dio un codazo. Luego, en la calle, me dijo: «Ni una palabra, que les he dicho que tenía inventario». Y yo le dije: «Pues haber dicho que tenías peluquería».

Esta vez nos reímos las dos.

—¿Por qué no lo dijo? —pregunté. Era la pregunta que llevaba en la bolsa de tela desde el sábado—. A nosotros. Nunca.

Mercedes se quitó las gafas de encima de las gafas y las dobló con cuidado.

—Eso pregúntaselo a tu padre. Yo solo sé por qué no lo dije yo. Y ya da igual.

Antes de irme le pregunté si quería quedarse la caja.

—¿Las doscientas? ¿Dónde las meto? Aquí tengo un armario de sesenta centímetros. Tráemelas otro día y elijo. —Se apoyó en el bastón para levantarse, y no dejó que la ayudara—. ¿Tocaste en el entierro?

—Sí. Una pieza corta.

—Entonces algo estuve. —Me dio dos besos, secos, firmes—. Dile a Yasmina que te apunte para la semana que viene. En la peluquería.

Mi padre y mi tía, jóvenes, sentados en el escalón de la casa de la Cuesta del Olivar. Él tendrá diecinueve años; ella, veinticuatro. Tienen la misma nariz y están comiendo pipas de un cucurucho de papel de periódico. Mi padre la mira de reojo; ella mira a la calle.

Con Fernando, verano de 1964. Me ha preguntado si me voy a casar algún día. Le he dicho que cuando él aprenda a escupir las cáscaras en el cucurucho.

A mi padre se lo pregunté en su cocina un martes por la tarde, mientras mi madre estaba en gimnasia acuática. Tiene ochenta años y la costumbre de pelar una mandarina cuando no quiere hablar, y aquel día peló dos. Le puse la foto del concierto en la mesa, entre las cáscaras.

—Estuvo —le dije—. En mi concierto. Al fondo.

Él la cogió y se le movió la boca un poco hacia un lado.

—Con abrigo. En junio. Tu tía era así.

—Con Mercedes.

Separó un gajo, se lo comió despacio, escupió la pepita en la mano.

—Mercedes Aranda —dijo—. La francesa. Tu madre la llamaba la francesa, y era de El Palo. Vino a tu comunión. Se quedó en la esquina.

—Papá. ¿Lo sabías?

Se limpió las manos en un trapo que no estaba limpio. Miró por la ventana, que da a un patio de luces y no deja ver nada.

—Lo sabíamos todos —dijo—. Nadie lo dijo nunca. Ni ella ni nosotros.

Lo dijo de corrido, como si lo hubiera pensado tantas veces que ya no tuviera que prepararlo. Esperé a que dijera algo más y no lo dijo, y entonces lo dijo.

—Tu abuela lo sabía. Un día, yo tendría treinta años, me dijo: «Tu hermana es feliz, y eso a nadie le importa». Y yo entendí que a nadie le importaba. Que era una orden. —Se rio sin ganas—. Y luego pasaron los años y ya no había manera. ¿Cómo le preguntas a tu hermana, a los sesenta, eso? ¿Qué le dices? Oye, Pilar, lo de la peluquería...

—¿Tú sabías lo de la peluquería?

—Elena, tu tía llevaba el pelo igual desde 1975. Ninguna peluquería del mundo tarda cuarenta años en hacer siempre lo mismo.

Me reí. Él también, ahora sí. Luego se quedó mirando la foto otra vez.

—En el entierro estuve todo el rato mirando a la puerta —dijo—. Pensé: si viene, la saludo. Le doy la mano. Y no vino. Y pensé que no había querido venir.

—No vino porque nadie la avisó.

Mi padre dejó la mandarina a medias en la mesa, que es algo que no ha hecho nunca en su vida. Estuvo un rato callado, con las manos abiertas encima del hule.

—Claro —dijo—. ¿Quién la iba a avisar?

* * *

Las dos, ya mayores, en una terraza junto a un puerto con barcas de colores. Mercedes lleva el bastón colgado del respaldo de la silla. Pilar tiene el periódico doblado por el crucigrama y el bolígrafo en la boca.

Galicia, agosto de 2017. Último viaje, dice M. Eso dijo también en 2009, en 2013 y en 2015.

* * *

El primer domingo de abril fui a buscar a Mercedes con Vera en el asiento de atrás y la caja de zapatos en el regazo de Vera, que se había ofrecido a custodiarla y no la soltó en todo el viaje.

—Tú eres Vera —le dijo a mi hija mientras se abrochaba el cinturón—. La que le dijo a Pilar en Navidad que su sombrero era feo.

Vera me miró como si yo hubiera revelado un secreto de Estado.

—Yo no le he contado nada —le dije.

—Me lo contó ella —dijo Mercedes por el retrovisor—. Me contaba los domingos. Todos. Lo que comáis, lo que decía tu madre de los pasteles... Lo del sombrero le hizo mucha gracia, aunque se lo siguió poniendo.

Subimos la Cuesta del Olivar en primera y al pasar por el número 9 Mercedes no volvió la cabeza. Aparqué junto al muro y el último trozo lo hicimos a pie, Mercedes de mi brazo y del bastón, parándose cada diez pasos a decir que la cuesta la habían puesto más empinada que antes, que eso era cosa del Ayuntamiento.

El banco estaba libre. Hacía una tarde clara, con el mar quieto y un portacontenedores muy grande atracado en el puerto. Mercedes se sentó y pasó la mano por el listón.

—Antes era verde —dijo—. Le quedaba mejor.

Vera abrió la caja sobre las rodillas de Mercedes y Mercedes empezó a sacar fotos. No miraba los dorsos. Le bastaba una ojeada para saber dónde, cuándo y qué había pasado esa mañana. Las iba separando en dos montones, y Vera los sujetaba para que no se los llevara el aire, aunque no había aire.

—Esta no, que salgo gorda. Esta tampoco, que sale ella enfadada, y tenía motivo. Esta sí. —Una de un tren, las dos dormidas, con la boca abierta—. Esta la hice yo con el temporizador y luego no me lo perdonó.

—¿Por qué no te quedas las bonitas? —preguntó Vera, señalando una de Roma con la Fontana y un atardecer en el desierto.

—Porque las bonitas son de los sitios. Estas son de nosotras. —Le enseñó la del tren—. Mira qué cara de tonta.

Vera la miró muy de cerca. Luego me miró a mí, que estaba de pie junto a la barandilla, y yo supe lo que iba a preguntar antes de que lo preguntara, y no hice nada por impedirlo.

—¿Tú eras la novia de la tita?

Mercedes dejó la foto del tren en su montón. Se colocó el pañuelo.

—Novia es una palabra muy corta —dijo—. Yo era la persona con la que tu tía se iba de vacaciones. Y la que le decía que sus sombreros eran feos, que en eso coincidimos tú y yo. Y la que la esperaba los miércoles y los viernes. Ponle tú el nombre, que tienes más fuerzas.

Vera lo pensó.

—Novia.

—Pues novia —dijo Mercedes—. Pero con mucho menos papeleo.

Escogió veintitrés. Las contó dos veces y las metió en un sobre grande que traía en el bolso, de los de la academia, con el membrete ya amarillo. La de París iba dentro. El resto lo devolvió a la caja y le colocó la tapa con las dos manos.

—Estas son para la familia. Ya iba siendo hora de que fueran de alguien.

La foto del banco, la de 1969, no estaba en ninguno de los dos montones. La llevaba yo en el bolsillo del abrigo desde el sábado del attillo.

Se la di. Ella la miró un rato largo. Luego miró el respaldo detrás de su espalda, las letras gastadas que ya casi no se leían, y otra vez la foto.

—Esto ya estaba escrito cuando nos sentamos —dijo—. Pilar decía que alguien se había declarado aquí y que por eso le gustaba el sitio. Yo le decía que alguien se había aburrido con una navaja. Ninguna de las dos lo supo nunca.

Me la devolvió.

—Quédatela tú. Así tienes algo de las dos en el mismo sitio.

Nos quedamos un rato mirando el portacontenedores. Vera se había comido la mitad de las galletas de limón que habíamos traído para Mercedes y le lanzaba las migas a una paloma con mucha puntería y poco éxito. La tarde iba cayendo sobre los montes, igual que en la foto.

—Mercedes —dije—. El dieciocho de junio tengo el concierto de fin de curso de mis alumnos. En el mismo salón de actos. Las sillas son las mismas, creo. Las cortinas las cambiaron.

No dijo nada, pero me miró.

—Te reservo un sitio. Delante.

—Delante no, que se me ve el bastón y los niños se distraen. —Se lo pensó—. En la tercera fila. Y sin abrigo, que es junio.

—En la tercera.

—Y que alguien haga la foto —dijo—. Desde el fondo. Que a mí siempre me ha gustado esa vista.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

¿Qué parte de la vida de alguien a quien quieres no te has atrevido
nunca a preguntar? ¿Y qué parte de la tuya no has contado?

ONCE

TODAVÍA ESTÁS A TIEMPO



MI PADRE LO DIJO una mañana, en el hospital, sentado en el borde de la cama, con la misma voz con la que durante cuarenta años dictó problemas de trenes que salen de dos estaciones a la vez:

—Tu madre ha llamado. Preguntó por ti. Le dije que estabas aquí.

Después se quitó las gafas y las limpió con la sábana, que en mi padre es lo mismo que irse a otra parte. Yo me quedé con el bocadillo sin abrir y, en el portátil, una frase a medio traducir de un manual de instrucciones: el aparato no debía usarse sin supervisión. Pensé que eso valía para casi todo.

Eso fue en octubre. A mi padre le dieron el alta y yo volví a mis encargos. Y la frase se vino conmigo a casa, como esas pelusas que se te quedan pegadas al jersey y que encuentras días después en otra parte.

Preguntó por ti.

Casi ocho años sin hablar con ella. Antes de esos ocho, otros veinte de hablar mal, a ratos. Yo tenía trece años cuando se fue de casa, en noviembre de 1996. Volví del instituto y en la puerta del frigorífico había una nota sujeta con el imán de una piña de plástico. La nota decía que la perdonara, que no podía más, que había lentejas hechas. Las lentejas estaban en el fuego, que seguía encendido al mínimo. Me acuerdo de eso más que de la nota: de que lo apagué yo.

* * *

El correo lo escribí una noche de enero, a las tantas, que es cuando escribo las cosas que no debería escribir.

Maite:

No sé cómo empezar esto, así que empiezo por lo que sé. Papá me dijo que llamaste en octubre, cuando estuvo ingresado. Me ha costado tres meses decidir si te contestaba y todavía no estoy segura de estar haciéndolo bien.

No te escribo para decirte que todo está olvidado, porque no lo está. Me acuerdo de la nota del frigorífico. Me acuerdo de los cumpleaños que pasaron sin una llamada, y del de los dieciocho, que llamaste a las once de la noche y no se te entendía. Me acuerdo de mi graduación. Me acuerdo de 2017 y de lo que me dijiste en aquella cafetería.

Pero también me acuerdo de otras cosas, y eso es lo que más me molesta. De que me hacías trenzas de raíz que no se deshacían en todo el día. De que cantabas fatal y te daba igual. De que una vez nos comimos entre las dos un bote entero de leche condensada con dos cucharillas, sentadas en el suelo de la cocina, y me dijiste que eso era un asunto reservado.

No sé qué quiero de ti. Creo que quiero saber si eres otra persona o si sigues siendo la misma. Creo que también me da miedo que seas otra persona, porque entonces

Ahí me paré. Lo leí como si me lo hubiera mandado un cliente: dos adverbios de más, un «me acuerdo» que funcionaba hasta la cuarta vez y luego parecía una letanía. Lo corregí entero por costumbre. Cambié «fatal» por «muy mal» y luego volví a poner «fatal». Y cuando lo tuve limpio, cada coma en su sitio, me di cuenta de que era una carta para quedar bien y que lo único verdadero era la frase que no había terminado.

Lo seleccioné todo y lo borré. El ordenador ni siquiera me preguntó si estaba segura. Hay programas que te lo preguntan todo y luego, para lo importante, nada.

* * *

No tenía su número. Lo tenía mi padre.

Se lo pedí un domingo, en su cocina, mientras él hacía un sudoku de los difíciles sin lápiz, que es su único truco de salón. No me preguntó para qué. Dejó el sudoku a medias, buscó en el cajón de los trastos un sobre del banco y escribió el número por detrás con su letra de pizarra, los siete cruzados con una rayita, a la europea.

—Lo tengo apuntado desde hace años —dijo—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso esto.

Me dio el sobre y volvió al sudoku. Se equivocó en la última casilla. Dijo una palabrota muy suave, de profesor jubilado, y yo me guardé el sobre en el bolsillo del abrigo y no volvimos a hablar del tema. En mi familia tenemos mucha práctica en no volver a hablar del tema.

Para escribirle por WhatsApp tuve que guardar el número en el móvil. Me quedé un rato con el cursor parpadeando en la casilla del nombre. Al final escribí «Torremolinos», como quien guarda el teléfono de un fontanero o de un restaurante de playa al que piensa no volver.

El mensaje me llevó una tarde entera y ocupaba tres líneas.

Soy Nuria. Papá me dijo que llamaste. Si quieres, podemos vernos un rato. Un sábado por la mañana. El sitio lo elijo yo.

Lo mandé, metí el móvil en un cajón y lo saqué enseguida porque me pareció infantil. Las dos marcas se pusieron azules a los cuarenta segundos. Durante seis minutos apareció y desapareció el aviso: *escribiendo*. Nada. *Escribiendo* otra vez. Me imaginé a mi madre en un sofá que no conocía, con las gafas de cerca en la punta de la nariz, borrando y empezando. Por primera vez en mucho tiempo pensé que nos parecíamos en algo.

Si. Cuando tu digas y donde tu digas. Gracias hija

Y un minuto después:

Perdon por los acentos que este telefono no me los pone y no se donde se cambia

Me reí sola en la cocina, y me sentó fatal haberme reído.

* * *

—¿Y por qué aquí arriba? —me preguntó Bea—. Que me parece muy bien, ¿eh? Pero tú no eres de miradores. Tú eres de cafeterías con enchufe.

Estábamos en su azotea, en Las Cañadas, tendiendo una lavadora de ropa de niños. Bea tiene dos, y por lo visto producen calcetines por generación espontánea, porque ninguno tiene pareja. Nos conocemos desde la facultad; ella dejó la traducción por la fisioterapia, porque las espaldas, dice, se quejan en un solo idioma.

—Porque es abierto —dije—. Porque si me tengo que ir, me levanto y me voy, y no tengo que esperar a que me traigan la cuenta.

—Y porque la salida es cuesta abajo.

—Eso también.

Desde su azotea se ve la copa gris del olivo del mirador asomando por encima de las casas de arriba. La semana anterior yo había subido sola, un martes, para ver cómo era: una explanada de tierra, una barandilla de hierro, un banco de madera debajo del olivo y la bahía entera delante, sin pedirte nada. Me pareció un sitio donde nadie podía acorralar a nadie.

—Vale —dijo Bea—. Ahora dime qué quieres.

—No sé qué quiero.

—Mentira. Dímelo como si fuera una lista de la compra.

Me quedé con una pinza abierta en la mano.

—No quiero hablar de mi padre. Ni de lo que pasaba en casa antes de que se fuera, ni de lo que él hizo o no hizo, ni de quién tuvo la culpa. Eso es lo primero.

—Bien.

—No quiero que me llame todos los días. Ni todas las semanas. No quiero mensajes de buenos días con flores y gatitos.

—Eso ponlo arriba del todo —dijo Bea—. Mi suegra me manda uno cada mañana con un búho. Un búho, Nuria. A las ocho de la mañana. Es un animal nocturno.

—Una hora al mes —seguí—. Una hora. Y el sitio lo elijo yo. Siempre.

—¿Y qué más?

—Nada más.

Bea dejó el barreño en el suelo y se secó las manos en el pantalón.

—¿Y si te pide perdón?

—Ya me lo pidió en 2017. —Colgué un calcetín sin pareja con las dos pinzas, como si pudiera escaparse—. Me lo pidió igual que se pide la cuenta, y se quedó esperando a que yo dijera «ya está, mamá, no pasa nada». Como no lo dije, me dijo que ella ya había hecho su parte. Y luego, que era igual que mi padre, que no perdonaba ni una.

—Ya.

—Por eso no quiero hablar de él.

Bea asintió. Tiene una manera de asentir que no es darte la razón, sino decirte que te ha oído.

—Una cosa te voy a decir y me callo —dijo—. No tienes que perdonarla. Ni el sábado ni nunca. Puedes sentarte en un banco con ella una hora y bajar la cuesta, y eso no te obliga a nada. Ni a volver ni a no volver.

—Ya lo sé.

—Ya lo sabes, pero no lo sabes. —Me quitó la pinza de la mano y colgó bien el calcetín, con una sola—. Así, mujer. Que pareces tú la que no ha tendido en su vida.

* * *

Cogí el taxi en la parada de la Alameda. No quería llegar con las piernas temblando por la cuesta; ya me iban a temblar por otra cosa.

Abrí la puerta de atrás, me senté, dije «al mirador de Santa Inés, en Las Cañadas» y el conductor se dio la vuelta para mirarme por encima del asiento.

—Cama de la puerta —dijo.

Tardé un segundo. El pelo más corto, pero la misma cara de estar a punto de contar un chiste por si acaso.

—Sergio.

—El mismo. —Arrancó—. ¿Y tu padre? ¿Sigue oyendo solo por un lado?

—Por el que le conviene.

—Como todos los padres. Mi madre igual, pero al revés: oye lo que no tiene que oír.

—¿Y ella?

—Ahí sigue, con sus series y opinando de todo, que es lo que la mantiene.

En un semáforo sacó del bolsillo de la puerta un periódico doblado por la página de los crucigramas.

—Ya que estás aquí. «Que no se ha expresado, pero se entiende». Seis letras.

—Tácito.

Contó las casillas con la punta del bolígrafo.

—Cabe. Tienes un oficio muy útil.

—Solo para los crucigramas.

No me preguntó qué iba a hacer al mirador un sábado a las diez de la mañana, con un abrigo demasiado gordo para abril. Al final de la Cuesta del Olivar paró al pie de los últimos escalones.

—Hasta aquí llego. Lo demás es a pie, que los escalones no le sientan bien a la suspensión.

Me cobró menos de lo que marcaba el taxímetro. Dijo que era el descuento de antigua compañera de planta.

—¿Te espero? —preguntó—. Que no tengo prisa.

—No. Gracias. No sé cuánto voy a tardar.

—Bueno. —Movi6 la cabeza igual que Bea—. Para bajar, la cuesta es cuesta abajo. Que es la buena.

Me bajé. Cuando ya había dado unos pasos, bajó la ventanilla.

—¡Nuria! La tarjeta la sigues teniendo, ¿no?

—En la cartera.

—Pues eso. —Y se fue marcha atrás por la cuesta, despacio, con el brazo fuera de la ventanilla, como si se despidiera también de la calle.

* * *

Ella ya estaba.

Había llegado antes. Eso me molestó, porque yo había calculado llegar la primera y elegir el lado del banco. Mi madre llegaba tarde a todo; a mi comunión llegó con la misa ya por el ofertorio. Y ahora estaba ahí, sentada en el banco del olivo, en el extremo de la izquierda, con un bolso en las rodillas y una bolsa de plástico al lado.

La vi antes de que ella me viera. Más pequeña. El pelo teñido de un castaño que no era el suyo, corto, bien peinado. Una chaqueta azul marino que parecía comprada para la ocasión. Las manos juntas encima del bolso, y una de ellas, la derecha, abriendo y cerrando el cierre sin parar. Clic. Clic. Clic. Yo tengo esa manía con los bolígrafos. No sabía que la tuviera ella.

Cuando me oyó en el albero, se levantó tan deprisa que el bolso se le cayó al suelo. Se agachó a recogerlo y se quedó de pie con él abrazado.

—Hola —dijo.

—Hola.

No nos dimos dos besos. Ella hizo un movimiento, medio paso, y yo me quedé donde estaba, y ella lo entendió y se volvió a sentar. Yo me senté en el otro extremo. Entre las dos cabían, por lo menos, dos personas más.

—Te he traído nísperos —dijo, y empujó la bolsa por el banco hacia mi lado, como quien desliza una ficha de dominó—. De Atarazanas. Te gustaban mucho. No sé si te siguen gustando.

—Me siguen gustando.

—Ah. Bueno. Pues ahí están.

No los toqué. Me quedé mirando la bolsa. Mi madre se quedó mirando el mar. Abajo, en el puerto, un pesquero entraba con una nube de gaviotas detrás.

—Llevo diez años sin beber —dijo de pronto—. Desde 2015. En marzo hizo diez.

—Lo sé. Me lo dijiste en 2017.

—Ya. Pero ahora son diez. —Clic, el cierre del bolso—. Voy a las reuniones los martes, en los bajos de una parroquia. No creo en Dios, pero el café es gratis. Allí me han enseñado a decir las cosas en orden. Así que te las voy a decir en orden, si me dejas, y luego tú dices lo que quieras. O no dices nada.

—Vale.

Sacó del bolso un papel doblado en cuatro. No lo desdobló. Lo tuvo en la mano todo el rato, como un amuleto, y habló sin mirarlo.

—Me fui de casa en noviembre del noventa y seis y te dejé una nota en el frigorífico. Tenías trece años. Me perdí tu instituto entero. Me perdí tus cumpleaños, y los que no me perdí fue peor que si me los hubiera perdido. Te prometí cosas que sabía que no iba a cumplir. Te mentí sobre dónde estaba y cuánto había bebido. —Hablabla despacio, con la voz plana, como si leyera un parte—. En tu graduación...

—Ya sé lo que pasó en mi graduación.

—Ya. Pero lo tengo que decir yo.

Me callé.

—En tu graduación llegué borracha. Me senté detrás. Grité tu nombre cuando te lo dijeron por el micrófono, y grité más cosas. Me levanté para hacerte una foto, me fui contra la fila de delante y tiré a un señor. Tuvieron que sacarme dos padres. Tú estabas arriba con la beca puesta y yo te vi la cara.

Yo me acordaba de la cara del señor. Un hombre mayor, con traje gris, abuelo de alguien de la promoción. Mientras lo levantaban dijo «no pasa nada, no pasa nada», con una educación que fue lo peor de todo. El decano carraspeó y dijo el siguiente nombre, y yo bajé del escenario por el lado contrario, me fui a los servicios, me quité la beca y la doblé con mucho cuidado, por las costuras, como si doblarla bien sirviera de algo.

—Y en 2017 —siguió mi madre— te pedí perdón como si me debieras algo. Como si a los dos años de dejarlo ya tuviera derecho a que me dijeras que todo estaba bien. Y como no me lo dijiste, te dije cosas feas. Eso también lo siento. Eso a lo mejor es lo que más siento, porque ya no estaba bebiendo. Eso lo hice yo sola.

El papel seguía doblado en su mano. Clic, el bolso.

—Lo siento, Nuria. Todo. No te pido que me digas nada.

Me quedé callada un rato largo. Una paloma vino a mirar la bolsa de los nísperos y se fue decepcionada. Lo que ella había dicho era verdad, estaba en orden, sin adornos. Era casi un buen texto.

—Gracias —dije al final.

Ella dijo que sí con la cabeza muy deprisa, varias veces.

—Pero tienes que entender una cosa —dijo, y yo noté cómo se me ponía rígida la espalda contra el respaldo—. No para que me perdones, solo para que lo sepas. Yo estaba enferma. Es una enfermedad, me lo han explicado mil veces, y yo entonces creía que era una persona mala y bebía más porque creía que era mala. Y en aquella casa yo me ahogaba, Nuria. Tú eras una niña y no te enterabas de nada, pero aquella casa...

—Eso no.

Lo dije más alto de lo que quería. Mi madre se calló de golpe, con la boca entreabierta.

—De la casa no. De papá no. Esa es la primera cosa que te quería decir. No voy a hablar de él contigo. Ni de lo que pasaba antes, ni de quién tuvo la culpa de qué. Nunca. Si eso no te sirve, me lo dices ahora.

—Me sirve.

—Y lo de la enfermedad lo sé. —Me oí la voz demasiado seca y no la arreglé—. Lo he leído. Lo entiendo. Y aun así. Las dos cosas son verdad a la vez. Tú estabas enferma y yo apagué el fuego de las lentejas. No me pidas que elija una.

Ella miró al frente. Tenía los ojos muy brillantes, pero no lloró. Pensé que eso también lo habría aprendido los martes.

—Las lentejas —dijo—. No me acordaba de las lentejas.

—Yo sí.

—¿Estaban buenas, por lo menos?

La miré. Ella me miró. Durante un segundo no supe si era una broma o una pregunta, y creo que ella tampoco lo sabía.

—Se habían pegado —dije.

—Claro. Al mínimo y todo, se pegan. Siempre se me pegaban.

Y ahí, sin que ninguna de las dos lo buscara, a mí se me escapó un resoplido que no llegó a ser risa, y a ella se le escapó otro, y las dos miramos hacia otro lado muy deprisa, como si nos hubieran pillado.

* * *

Le dije lo demás. Lo de las llamadas, lo de la hora al mes, lo de los sitios. Lo dije de corrido, como lo había ensayado tendiendo calcetines.

—Una hora al mes —repitió ella.

—Una hora.

—¿Y los cumpleaños?

—Ya veremos.

—¿Y si me pongo mala? ¿Si me pasa algo? Que tengo sesenta y ocho años, Nuria, que una ya no...

—Entonces me llamas. Si te pasa algo de verdad, me llamas.

—¿Y lo de verdad quién lo decide?

—Tú. Me fío de que lo decidas bien.

Me sorprendió decirlo. A ella también: se le quedó la mano quieta encima del cierre del bolso.

—¿Y podría mandarte un mensaje el domingo? Solo para ver si has llegado bien a casa.

—Vivo a quince minutos de aquí. Ya habré llegado.

—Ya. Ya, tienes razón. —Se rio un poco, nerviosa—. Es que no sé cómo se hace esto. En las reuniones te dicen cómo se pide perdón, pero no te dicen qué se hace después. Después de pedir perdón no viene nada en el folleto.

Pasó una mujer con un carrito de bebé. Mi madre la siguió con la vista.

—Tú de pequeña te dormías en el carrito en cuanto pasábamos por una calle empedrada —dijo—. Tu padre decía que eras como un...

Se calló. Demasiado tarde. Yo ya me había levantado.

No lo decidí. Las piernas se levantaron y yo fui detrás. Di tres pasos por el albero y oí detrás de mí cómo ella decía «no, no, no» muy bajito, no a mí, a ella misma, riñéndose. No me volví. Llegué hasta la barandilla y me agarré al hierro, que estaba frío todavía.

Pensé: ya está. La salida es cuesta abajo y está a diez metros. Pensé en la tarjeta de Sergio en la cartera. Pensé que había otros miradores en Málaga.

No sé cuánto tiempo estuve. Lo bastante para que una gaviota se posara en la barandilla, a dos metros, y me mirara de lado con un ojo amarillo, con muy poco respeto.

Cuando volví, mi madre seguía sentada exactamente en el mismo sitio, con las manos sobre el bolso, sin abrir el cierre. Había desdoblado el papel. Lo tenía en las rodillas. Desde arriba vi que era una lista, con su letra redonda, de las de antes, y que el último punto estaba subrayado dos veces: *no hablar de Ernesto*.

—Lo traía apuntado —dijo sin mirarme—. Lo traía apuntado y lo he hecho igual. Lo siento. No vuelve a pasar.

—Vale.

—No vuelve a pasar, Nuria.

—Ya te he dicho que vale.

Me senté. Esta vez un poco más cerca. Una persona de distancia, no dos. No sé si ella se dio cuenta. Yo sí.

* * *

Abrí la bolsa de los nísperos porque necesitaba hacer algo con las manos. Estaban maduros, con alguna mancha marrón en la piel, de los buenos. Me comí uno. Ella dudó y luego cogió otro. Escupimos los huesos en la mano y nos quedamos con ellos en la palma, porque la papelera estaba al otro lado de la explanada.

—¿Y qué haces? —le pregunté—. Por las noches. Si no es mucho preguntar.

Me daba miedo la respuesta y prefería saberla.

—Por las noches es lo peor —dijo—. A partir de las diez es cuando antes... Bueno. Pues me pongo la tele. Una tontería, no te rías. Unos americanos que compran trasteros en subasta sin saber lo que hay dentro, y luego lo abren y a veces hay una moto antigua y a veces hay un colchón con manchas.

Me volví a mirarla.

—¿El de los trasteros?

—Ese. Me tiene enganchada. Hay uno con un sombrero de vaquero, que siempre puja de más y siempre le sale mal, y él tan contento.

—El del sombrero siempre puja de más porque lo que quiere es fastidiar a la pareja aquella —dije—. A los del almacén de segunda mano. No le importa lo que haya dentro.

Mi madre se quedó con el níspero a medio camino de la boca.

—¿Tú lo ves?

—Todas las noches. Cuando termino de trabajar. Es lo único que no tengo que traducir, porque ya viene doblado, y el doblaje es tan malo que me descansa.

—¡El doblaje es horroroso! —Se le iluminó la cara de una manera que no le había visto en treinta años—. La señora de la pareja tiene la voz de otra persona, de una señora mucho mayor.

—Es la misma voz que la de un anuncio de seguros.

—¡No me digas!

—Te lo digo. Lo comprobé un día.

—¿Y tú crees que es verdad lo que encuentran, o que se lo ponen?

—Se lo ponen. Seguro.

—Eso pensé yo. Eso mismo. Y la moto aquella, la de la temporada pasada...

—Ese capítulo no lo he visto.

—Pues no te lo cuento. —Se tapó la boca con la mano, la del hueso de níspero—. Que te lo destripo.

Y entonces sí, nos reímos. No mucho. Nos reímos las dos a la vez, mirando al mar, cada una con sus huesos de níspero en la mano, de que la mujer que me había dejado una nota en el frigorífico y yo lleváramos años, cada una en su sofá, a veinte kilómetros, viendo a la misma hora a un señor con sombrero de vaquero pagar demasiado por un colchón con manchas.

—Qué tontería —dijo ella, secándose el rabillo del ojo con el dedo.

—Una tontería enorme.

Me levanté a tirar los huesos a la papelera. Le cogí también los suyos. Ella me los puso en la mano con cuidado, uno a uno, como si fueran monedas. Al volver al banco, me fijé en el respaldo. En el listón del centro, debajo de la pintura marrón y de varias capas de verde, alguien había grabado unas letras a navaja hacía mucho tiempo: *J y M 1964*. Casi borradas. Pasé el dedo por encima sin pensarlo. Lo primero que pensé fue que no tenían puntuación, ni falta que les hacía. Lo segundo, que quien las grabó no sabía todavía cómo iba a terminar lo suyo.

—¿Qué miras? —preguntó mi madre.

—Nada. Unas letras.

* * *

Al final fue ella la que miró el reloj. Un reloj pequeño, dorado, con la correa demasiado holgada en la muñeca.

—Ya va a ser la hora —dijo—. Hemos estado una hora y diez. Me he pasado.

—Nos hemos pasado las dos.

—Ya, pero la norma es tuya. —Guardó el papel en el bolso, cerró el cierre, clic, una sola vez—. ¿Puedo preguntarte una cosa más? Una y ya.

—Pregunta.

—¿Ha merecido la pena? Lo de hoy. Para ti. No te pido que me digas que sí.

Lo pensé de verdad, porque me lo había preguntado de verdad. Pensé en el correo borrado, en el «Si. Cuando tu digas» sin acentos, en el señor del traje gris. En el hombre del sombrero.

—No lo sé todavía —dije—. Pregúntamelo dentro de un año.

Ella asintió. No insistió. Eso, en 2017, no lo habría hecho.

—¿Entonces...?

—El mes que viene. Una hora.

—El mes que viene. Una hora. —Lo repitió como si apuntara una dirección que no quería equivocar—. ¿Y dónde?

—Ya te lo diré yo.

—Ya me lo dirás tú. Claro.

Me levanté. Ella no.

—Yo me quedo un rato —dijo—. Hace muchos años que no veo el puerto desde arriba.

Ella empujó otra vez la bolsa de los nísperos por el banco, y yo la cogí. Nos quedamos un momento así, ella sentada y yo de pie, sin saber si dar un beso, si tocar un hombro, si nada. Elegimos nada. Pero ella me miró desde abajo, entornando los ojos por el sol, y dijo:

—El del sombrero esta semana compra uno con una barca dentro. Lo he visto en el anuncio.

—No me lo cuentes.

—No te lo cuento.

* * *

Bajé la Cuesta del Olivar sola, con la bolsa de los nísperos colgando de la muñeca. Un gato dormía encima de un coche al sol. En un balcón, una señora mayor regaba unos geranios y me dio los buenos días como si me conociera de toda la vida. Le contesté lo mismo.

A mitad de la cuesta me paré y saqué el móvil. Busqué «Torremolinos». Estaba ahí, debajo de una ferretería y de la mujer que me corta el pelo. Le di a editar. Borré «Torremolinos» letra a letra, sin prisa, con el dedo, y me quedé con la casilla vacía y el cursor parpadeando.

Escribí *Mamá*. Lo miré un rato. Lo borré.

Escribí *Maite*, y le di a guardar.

Después me comí otro níspero, allí mismo, de pie en mitad de la cuesta, y me guardé el hueso en el bolsillo del abrigo porque no había ninguna papelera. Lo encontré días después, junto al sobre del banco de mi padre, duro y brillante, como si todavía pudiera plantarse.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

Si pudieras poner tus propias condiciones para volver a hablar con alguien, ¿cuáles serían? ¿Qué necesitarías oír tú?

DOCE

LAS COSAS QUE NUNCA DIJIMOS



Septiembre

AMPARO GIL HABÍA ENTREGADO cartas a muertos, a presos, a niños que todavía no sabían leer y a un loro de la calle Cárcer que, según su dueña, era el destinatario legítimo de las postales de un sobrino de Venezuela. En treinta y cinco años de Correos había aprendido que una carta casi nunca se pierde: se retrasa. Se queda esperando en un casillero equivocado, en el bolso de alguien, entre las páginas de un libro, en el cajón falso de un secreter. Pero llega. Lo que hace falta es alguien que no se canse antes que ella.

Llevaba casi un año sin cansarse.

Había vuelto a Las Cañadas siete veces. Se había aprendido las cuestras, los gatos, la tienda de chucherías que abría solo por la tarde, el hombre de la camiseta del Málaga que regaba los geranios a las doce en punto como si alguien lo cronometrara. Había preguntado por un Julián en la farmacia, en la panadería, en la cafetería de la plaza, a dos señoras en un portal y a un chiquillo en bicicleta que le había respondido «¿Julián qué?» con tanta razón que ella no supo qué decirle. Había preguntado mal. Lo supo en septiembre, una noche, mientras se quitaba las medias sentada en la cama: había estado buscando a un hombre, y en toda una vida de oficio nunca había encontrado a nadie buscando al destinatario. Al destinatario se le encontraba buscando a la vecina más vieja del edificio.

Al día siguiente fue a ver a Paco Jiménez, el de los muebles.

—Otra vez la señora del secreter —dijo él, sin levantar la vista de una silla que estaba encolando—. Que no me lo devuelve, ¿no?

—No vengo a devolverle nada. Quiero saber de qué portal salió.

Paco Jiménez levantó por fin la vista. Tenía las manos llenas de cola y una paciencia que se le acababa a los cinco minutos.

—Señora, yo saco muebles de cuarenta pisos al año.

—Este pesaba como un muerto —dijo Amparo— y usted tiene la espalda que tiene. Seguro que se acuerda de las escaleras.

Él se quedó quieto. Luego soltó una risa corta.

—Cuesta del Olivar. Un cuarto sin ascensor. El hijo me ayudó a bajarlo y casi nos matamos los dos en el rellano del tercero. Había una vecina en el tercero que nos abrió la puerta para que descansáramos y nos sacó agua en vasos de Nocilla.

—¿Qué número?

—Eso ya no lo sé. El portal tenía una maceta de aspidistras más grande que yo.

El portal de la maceta de aspidistras era el número catorce. Amparo subió tres pisos con una mano en la barandilla y la otra en el bolso, donde llevaba el sobre metido dentro de una funda de plástico, como llevaba antes los certificados que había que entregar en mano. Llamó al tercero A. Le abrió una mujer pequeña, de pelo color caoba recién marcado, con un delantal de flores sobre una blusa de domingo aunque era martes.

—Si es por lo del gas, ya me lo han revisado —dijo la mujer.

—No es por el gas. Me llamo Amparo, he sido cartera toda mi vida y tengo una carta que no he sabido entregar.

La mujer se apoyó en el marco de la puerta y la miró de arriba abajo, sin prisa, como se mira en los pueblos a los forasteros que no venden nada.

—Pase usted, que en los rellanos no se habla.

La cocina de Paqui López olía a sofrito y a lejíja. En la nevera había una lista de la compra escrita en mayúsculas grandes y separadas, y otra foto, más pequeña, del hombre del bigote con su uniforme de conductor de autobús. Amparo sacó la funda de plástico y la dejó en la mesa, sobre el hule. Paqui se puso unas gafas que llevaba colgadas del cuello y leyó el nombre del sobre. No lo leyó deprisa. Lo leyó como leen las personas que aprendieron tarde y que nunca han vuelto a dar las letras por hechas.

—Julián —dijo.

—Es lo único que pone. La carta es de 1984. La firma una eme.

Paqui no tocó el sobre. Se quitó las gafas. Se las volvió a poner.

—Esa letra es de la Carmen —dijo.

Amparo se acordó de golpe de una vecina que, casi un año antes, regando unas macetas, le había hablado de «la Carmen, la del cuarto», y a la que no había hecho caso porque ella buscaba una eme.

—Me ha escrito notas cuarenta años —siguió Paqui—, cuando yo no estaba: «Paqui, te he cogido dos huevos», «Paqui, el butano lo he pagado yo». Las tengo en una lata. Esa ele larga es suya.

—¿Y Julián?

—Julián es el del banco —dijo Paqui, como si fuera evidente, como si en el mundo hubiera un solo Julián y un solo banco—. El de la relojería. El que subía los jueves al mirador con la Carmen.

Amparo había pasado por delante de la persiana verde de la calle Agua Clara cuatro veces. Había leído el cartel de «Se alquila». Había visto, encima de la persiana, la sombra clara de un rótulo que ya no estaba. Y no había pensado nada, porque estaba buscando a un hombre y no una tienda.

—Pero la carta dice que ella tenía un marido.

—Lo tuvo. Antonio, que en gloria esté, un buenazo. Se murió hace diez años. —Paqui se sirvió un vaso de agua del grifo y se lo bebió entero—. Lo del banco fue después. Y lo del banco, mire usted, lo empecé yo.

—¿Usted?

—Yo le dije que el relojero subía los jueves al mirador. Se lo dije por decir, porque estábamos tendiendo y lo vi pasar por la cuesta con su gorra. Y ella se calló un rato largo, y al jueves siguiente se puso la rebeca buena, la color vino, y subió. —Paqui miró la foto de la nevera—. A mí me pareció muy bien. Una a nuestra edad tiene derecho a sentarse donde le dé la gana.

Amparo preguntó si sabía de algún hijo. Paqui sabía de un hijo. Tenía su número apuntado en una libreta de tapas de hule, debajo del de la farmacia de guardia, porque cuando se murió la Carmen fue ella quien tuvo que llamarlo, y desde entonces le parecía mal tachar a nadie de la libreta.

—Daniel —dijo—. Vive en Madrid. Es ingeniero. Un niño muy bueno que llamaba poco, como todos.

Octubre

La tía Fina vivía en un piso de Arganzuela con un balcón lleno de geranios que no le había pedido nadie y un televisor que nunca se apagaba del todo. Tenía ochenta y dos años, había servido en casas de Madrid desde los diecinueve y conservaba de Málaga solo la forma de decir «niño» y la costumbre de dar la razón antes de llevar la contraria. Daniel la visitaba por Navidad y cuando se acordaba. Desde abril del año anterior se acordaba más.

—Siéntate, que me pones nerviosa de pie —le dijo—. ¿Quieres un Cola Cao?

—Tía, tengo cuarenta y siete años.

—Por eso. Con cuarenta y siete años no te lo hace nadie.

Le hizo el Cola Cao. Daniel esperó a que se sentara, a que encontrara el mando, a que bajara el volumen de un concurso donde una mujer muy elegante no sabía cuál era la capital de Portugal. Luego sacó el móvil, buscó el chat de su madre —seguía llamándose «Mamá», no había sido capaz de cambiarlo ni de borrarlo— y puso un audio. Lo había escuchado tantas veces que ya podía mover los labios con él.

Hoy jueves, ya sabes, al banco con Julián, el de la relojería. Me ha vuelto a contar lo de su Menchu, la novia que tuvo de chico. Ochenta años y todavía se le pone la voz de otra manera. Bueno, que ya te lo contaré.

Y la risa. Esa risa corta y rara, como de alguien que celebra un chiste que solo entiende ella.

La tía Fina no dijo nada. Cogió el mando y apagó el televisor del todo, y en el piso se oyó el ascensor, una moto en la calle, el reloj de cocina.

—Me ha llamado una vecina de mamá —dijo Daniel—. Paqui, la del tercero. Una señora ha encontrado una carta en el secreter que vendí. Una carta de mamá para un tal Julián. Firmada con una eme.

La tía Fina se miró las manos.

—Menchu —dijo—. Así le decíamos en casa. Tu abuelo, tu abuela, yo. Hasta que se casó. Luego tu padre le dijo una vez «Menchu» delante de la familia de él y la suegra se rio, y ella ya no quiso. Se quedó Carmen para todo el mundo. —Levantó la vista—. ¿No lo sabías?

—No.

—Claro. ¿Cómo lo ibas a saber, si ella no lo decía? —La tía se quedó mirando la pantalla negra del televisor, donde se reflejaban los dos, pequeños y deformados—. Julián Ferrer. El sobrino del relojero de Agua Clara. Fueron novios desde que ella tenía dieciséis años. Él se fue a Suiza y ella se quedó con tu abuela, que ya no veía. Yo estaba aquí, sirviendo, mandando dinero. Cuando él se fue, tu madre estuvo un año que no comía. Y luego conoció a tu padre y comió.

—¿Por qué no se fue con él?

La tía Fina tardó en contestar.

—Porque yo ya me había ido —dijo—. Alguien tenía que quedarse.

Daniel esperó a que añadiera algo más. No lo añadió. Se levantó, fue a la cocina y volvió con un paquete de galletas María que dejó en la mesa como quien deja una prueba. Él no se lo dijo, pero comprendió que su tía llevaba sesenta años con aquella frase en la boca, y que se la había dicho a él porque a su hermana ya no podía.

Esa noche, en el metro de vuelta a casa —había ido un rato, como siempre, como si las visitas tuvieran que caber entre dos reuniones—, Daniel volvió a poner el audio. Ya no oía la misma risa. Oía a una mujer de setenta y siete años que sale de un banco de madera, baja una cuesta, se sienta en su cocina y le cuenta a su hijo, en un mensaje que sabe que él escuchará luego, o nunca, que un hombre le ha hablado de ella sin saber que era ella. O sabiéndolo. Eso todavía no lo sabía.

Le escribió a Paqui: «¿Sabe usted dónde puedo encontrar a Julián?». Paqui no sabía escribir mensajes largos, así que lo llamó.

—Los jueves —le dijo—. Lo sube su hijo. Pregúntale a la muchacha del Ayuntamiento, la que poda el olivo, que esa lo sabe todo.

Jueves, 13 de noviembre de 2025. Una y cuarto de la tarde

El taxista que lo recogió en la estación María Zambrano tenía la radio sin volumen y un crucigrama doblado en el salpicadero, con la mitad de las casillas llenas a bolígrafo y la otra mitad a lápiz.

—¿A Las Cañadas? Eso es subir mucho para un jueves —dijo—. ¿A qué parte?

—Al mirador de Santa Inés.

—Ah. —El taxista lo miró por el retrovisor—. Ese mirador está de moda. En primavera llevé a una señora que subía allí arriba con más miedo que si fuera a un juicio. Se ve todo Málaga, eso sí. Hasta lo que no quieres ver.

—¿Y fue bien? Lo de la señora.

—No lo sé —dijo el taxista—. Yo la dejé arriba. A los taxistas nos toca el principio de las historias, nunca el final. Por eso hago crucigramas, que acaban.

A Daniel se le escapó la risa. Llevaba la mochila sobre las rodillas y, dentro de la mochila, una cajita de cartón color crema, amarillenta en las esquinas, con un sello de tinta violeta gastado: «Relojería Ferrer · Agua Clara, 7 · Málaga». Dentro, sobre un algodón que había sido blanco, un reloj de niño con la esfera azul, la correa de piel marrón cuarteada y unas agujas que se habían quedado paradas a las siete menos veinte de algún día de su infancia.

—Nueve letras —dijo el taxista en un semáforo—. «Lo que se deja para otro día».

—¿Cómo?

—En el crucigrama. Vertical, nueve letras. «Lo que se deja para otro día». Lo tengo atascado desde hace un año, de un crucigrama de un hospital. Lo copio en todos los periódicos nuevos a ver si sale.

Daniel contó con los dedos, sobre la mochila, sin que se notara. Le salió una palabra de nueve letras que cabía perfectamente. No la dijo.

—No lo sé —dijo.

—Ya. Nadie lo sabe —dijo el taxista, satisfecho, como si eso confirmara algo.

Una y media

Andrés Ferrer había encontrado la agenda el domingo anterior, buscando otra cosa.

Desde que Daniel Ruiz lo llamó —un número de Madrid, una voz educada y nerviosa que se presentó tres veces, que dijo «perdone que le moleste» al principio de cada frase, que habló de una carta, de una vecina, de una madre muerta y de un banco—, Andrés había vuelto a abrir la caja de puros donde su padre guardaba los cuadernos de taller. Los había sacado de la tienda en junio de 2020, el día que bajaron la persiana por última vez, y

desde un vistazo en el trastero, en primavera, no había vuelto a mirarlos. Cinco cuadernos de hule negro con el año escrito en esparadrapo en el lomo, con las esquinas redondeadas por el uso y las páginas llenas de una letra apretada, inclinada, de relojero, que con los años se había ido haciendo más grande y menos segura.

Buscó 1984 porque Daniel le había dicho «1984», y porque era profesor de Historia y no sabía buscar de otra manera.

Lo encontró en la página de mayo, entre una revisión de un Omega de un notario y un cambio de pila de un Casio de un tal Pepe el del quiosco.

12-V-1984. Señora C. N. Reloj de pulsera niño, esfera azul, cuerda manual. Para su hijo, seis años. Pagado al contado. Era Menchu. No le he dicho nada. Ella tampoco.

Lo leyó de pie, en la terraza, junto a la mesa plegable con un mantel verde y una lámpara de brazo que había convertido en banco de relojero para su padre. Lo leyó otra vez sentado. Begoña salió a tender, lo vio con el cuaderno en las rodillas y la cara rara, y le preguntó si se había muerto alguien.

—Hace mucho —dijo él—. Pero me acabo de enterar.

Luego, como ya no podía parar, buscó más. No encontró nada en los cuadernos, que se acababan en 2020. Pero en el cajón de la mesilla de su padre, debajo de los pañuelos planchados que Begoña seguía planchando porque él se ponía nervioso si no, estaban las agendas de bolsillo de los años anteriores: una por año, de tapas de hule, con una cinta para marcar, iguales que la que su padre llevaba siempre en la chaqueta y que Andrés nunca había leído. Su padre apuntaba en ellas a lápiz las citas del médico, los cumpleaños, el día que tocaba cambiar la bombona. A partir de 2023 las letras empezaban a caerse de los renglones. En la de 2022, en la página del 7 de abril, había cuatro líneas.

Andrés no le dijo nada a Daniel por teléfono. Le pareció que había cosas que no se dicen por teléfono, y le pareció también que aquello no le pertenecía del todo a él.

Ahora estaba sentado en el banco del olivo, al lado de su padre, con la caja de puros en una bolsa de tela sobre las rodillas. Su padre llevaba la gorra de los jueves, la chaqueta de pana marrón y el reloj de bolsillo, que sacaba cada cierto tiempo, miraba sin leer y volvía a guardar. Hacía sol de noviembre, ese sol que en Málaga parece de marzo y engaña a los turistas,

que suben en manga corta y bajan con frío. Abajo, el puerto estaba lleno de grúas quietas.

—Hoy viene gente —le había dicho Andrés al salir de casa.

—Ya lo sé —había dicho su padre—. Los jueves siempre viene gente.

Rocío, la jardinera, estaba al otro lado de la explanada pasando el rastrillo por el albero con más cuidado del necesario. Andrés sabía que todo había empezado en una señora jubilada de Correos, que había seguido por la vecina del tercero y por un ingeniero de Madrid, y que había llegado hasta él porque Rocío tenía su número desde un jueves de lluvia, por si su padre se perdía. Le resultaba extraño que tanta gente supiera algo de su padre que él no sabía.

—¿Está esperando a alguien? —le preguntó a su padre, por costumbre.

—A Menchu —dijo Julián—. Hoy se retrasa. Ella nunca se retrasa.

Las dos menos diez

Amparo subió la última cuesta con el bolso cruzado sobre el pecho como en sus años de reparto, cuando la cartera pesaba ocho kilos y había que llevar las manos libres para los perros. En el bolso, en la funda de plástico, el sobre. Y en el bolsillo del abrigo, otra carta: la que su hermana Inés le había contestado desde Barcelona en diciembre, dos folios por las dos caras, con un sello de la Sagrada Familia pegado un poco torcido. En marzo había ido a verla en tren, como le había propuesto, y había vuelto con un catarro y tres kilos más. La carta la llevaba encima desde entonces. Para qué, no lo sabía. Para tener algo en la mano, quizá, cuando lo que había en la otra pesara demasiado.

Vio el olivo, el banco y, en el banco, a un anciano con gorra y a un hombre de unos cincuenta con una bolsa de tela. Vio llegar por el otro lado, desde la parada del taxi, a un hombre más joven, alto, con mochila y abrigo de Madrid, que se detuvo a diez metros como si el banco quemara.

Amparo había hecho esto muchas veces. Llamar a una puerta con un telegrama. Subir a un cuarto piso con una carta del juzgado. Darle a una viuda el último giro de la pensión del marido. Sabía que lo importante era no dudar en el último momento, porque si el cartero duda, el destinatario se asusta.

Se acercó al banco.

—¿Don Julián Ferrer?

El anciano levantó la cara. Tenía los ojos muy claros, de un gris aguado, y la cara afeitada con un cuidado que no era suyo.

—Para servirla —dijo.

—Traigo una carta para usted. Siento el retraso.

Julián miró el sobre, la funda de plástico, las manos de Amparo. Luego miró a su hijo, como se mira a alguien para saber si hay que firmar.

—No es certificada —dijo Amparo—. No tiene que firmar nada.

Daniel se había acercado. Andrés se levantó para dejarle sitio, y los dos hombres se dieron la mano por encima del anciano con una torpeza de cuñados en una boda, diciendo los dos «encantado» a la vez y los dos «perdón» a la vez, y quedaron de pie, uno a cada lado del banco, sin saber qué hacer con los brazos.

Andrés se agachó delante de su padre, a su altura.

—Papá, es una carta para ti. De hace mucho. ¿Quieres que te la lean?

—Las cartas se leen —dijo Julián—. Para eso se escriben.

—Léala usted —le dijo Andrés a Daniel en voz baja—. Mi padre ya no lee bien. Y es de su madre.

Daniel sacó la carta del sobre. Eran dos cuartillas pautadas, dobladas en tres, con dobleces que se habían vuelto blandos. Conocía la letra. La conocía de las tarjetas de cumpleaños, de las notas que le dejaba encima de la mesa cuando él llegaba tarde de estudiar, de un «te he dejado croquetas en el horno» que había guardado una semana en la cartera a los veinte años sin saber por qué. Se aclaró la voz dos veces.

Leyó.

No leyó bien. Se trabó en «despachado», se saltó una línea y tuvo que volver, en «la luz apagada» se le fue la voz a un sitio raro y la tuvo que ir a buscar. Amparo, que se sabía la carta de memoria, movía los labios con él como mueve los labios la gente en misa. Andrés miraba al suelo. Rocío había dejado de rastrillar.

Que seas feliz. Lo digo de verdad. M.

Julián no dijo nada al principio. Tenía las manos sobre las rodillas, abiertas, con las palmas hacia arriba, como si esperara que le pusieran algo encima.

—La eme —dijo por fin—. Menchu hacía la eme así. Con la patita para atrás. Se lo corregía la maestra y ella seguía.

Daniel bajó la carta.

—Mi madre se llamaba Carmen —dijo—. Carmen Navas.

—Ya lo sé —dijo Julián—. Menchu.

Las dos y cuarto

Andrés abrió la bolsa de tela y sacó el cuaderno de los ochenta. Buscó la página, que ya tenía marcada con un billete de autobús, y se lo tendió a Daniel sin decir nada. Daniel leyó en silencio. Luego se lo pasó a Amparo, que se puso las gafas.

Era Menchu. No le he dicho nada. Ella tampoco.

—El mismo día —dijo Amparo—. El doce de mayo. Él la reconoció.

—Y no dijo nada —dijo Daniel.

—Y ella tampoco —dijo Andrés.

Andrés sacó entonces la agenda de 2022, la de tapas de hule, y la abrió por la cinta. No se la dio a nadie. La leyó él, en voz alta, porque le pareció que tenía que ser él, que era la letra de su padre y le tocaba.

—Jueves, 7 de abril. La señora del banco se llama Carmen. Es Menchu. Ella no lo dice. Yo tampoco.

Rocío, desde el muro, dijo «ay» en voz muy baja, y luego se tapó la boca con la mano del guante, avergonzada.

—Yo creía que se acababan de conocer —dijo, sin acercarse—. Dos años viéndolos. Yo creía que se acababan de conocer.

—Todos creíamos cosas —dijo Amparo.

Daniel se sentó en el banco, en el sitio que había dejado Andrés, al lado de Julián. Notó en la espalda, a través del abrigo, las letras grabadas del respaldo. Se giró para miraras. *J y M 1964*. No las había visto el jueves de abril del año anterior, cuando subió al mirador y se quedó en la barandilla, a unos metros. Aquel jueves había visto, sentado en este mismo banco, a un anciano con gorra que miraba hacia la cuesta y que dijo en voz baja, a nadie, «hoy tampoco». No le había dicho más que buenas tardes. Lo tenía ahora al lado.

—¿Esto lo hizo usted? —le preguntó a Julián.

El anciano se volvió en el banco con un esfuerzo de hombros y pasó el índice por la jota como se repasa una muesca para ver si hay que limarla.

—Con la navaja de mi tío Eusebio —dijo—. La de cortar la cuerda de los paquetes. Ella decía que nos iban a poner una multa. Yo le dije que el Ayuntamiento no sabía leer.

Andrés soltó una carcajada. Su padre lo miró con extrañeza, como se mira a un desconocido que se ríe en el autobús, y luego, contagiado, sonrió también.

Daniel abrió la mochila y sacó la cajita de cartón. Se la puso a Julián en las palmas abiertas, que era donde parecía que había que ponerla. El anciano reconoció el sello antes que el reloj: pasó la yema del pulgar por las letras violetas, «Relojería Ferrer», y asintió con la cabeza, satisfecho, como quien reconoce a un pariente en una foto.

—Este lo vendí yo —dijo.

—Lo sé —dijo Daniel—. A mi madre. Para mí.

—Esfera azul. Cuerda manual. —Julián sacó el reloj del algodón con dos dedos y lo acercó a la luz—. Está parado.

—Lleva parado treinta años.

—Eso no es nada para un reloj —dijo Julián, y por un momento su voz fue la de un hombre de setenta años detrás de un mostrador, tranquilizando a un cliente—. Andrés, la navajita.

Andrés buscó en el bolsillo de la chaqueta. Desde que había montado el banco de la terraza llevaba siempre encima un abridor de tapas, una pinza y un destornillador de relojero en un estuche de gafas, porque su padre se ponía nervioso si los jueves no tenía «la herramienta». Le dio el abridor. Julián encajó la punta en la ranura de la tapa trasera con un pulso que no tenía para abrocharse los botones, presionó, giró la muñeca. La tapa saltó con un chasquido limpio.

Dentro, sobre el acero, rayado con una punta fina, había una sola marca.

JF 5.84 · M

—Los relojeros ponemos la fecha de la revisión —le explicó Julián a Daniel, con una paciencia enorme—. Para saber cuándo se tocó por última vez.

—Pero aquí pone eme —dijo Daniel.

—Ah —dijo Julián, y se quedó mirando la tapa abierta mucho rato—. Eso no lo pongo nunca.

Nadie dijo nada. Abajo, en el puerto, un barco blanco hizo sonar la sirena, una sola vez, larga, y los gorriones del olivo se levantaron todos juntos y se volvieron a posar.

Julián cerró la tapa con la palma de la mano, sin herramienta, con un golpe seco. Dio cuerda al reloj: despacio, sin forzar, con las yemas, diecisiete, dieciocho vueltas, como se da cuerda a algo que hay que convencer y no obligar. Se lo acercó a la oreja. Luego se lo acercó a la oreja a Daniel, sin preguntarle, con una autoridad de abuelo.

Se oyó el tic. Pequeño, rápido, terco.

—Va —dijo Julián—. Se lo dije a tu madre: si se para, me lo traes. —Le devolvió el reloj y le dio dos palmadas en la mano, como se cierra un trato—. Ha tardado un poco, pero lo has traído.

Las tres menos cuarto

Después hubo que hacer cosas de personas: decidir quién se quedaba la carta, sentarse, levantarse, buscar un sitio a la sombra porque a esas horas todavía picaba. Rocío trajo de la furgoneta el termo verde que había comprado en un bazar de la calle Carretería y dos vasitos de plástico que no alcanzaban para todos, y Amparo dijo que ella no tomaba café después de las doce, y Andrés dijo que él tampoco, y al final bebieron todos del mismo vasito por turnos, como en una excursión. Julián pidió una gota de anís. No había anís. Rocío dijo que el jueves que viene subía anís, y lo dijo de una manera que sonó a promesa.

Daniel quería que la carta la guardara Julián. Andrés dijo que su padre la perdería, que lo perdía todo menos los relojes, y que si la guardaba él, Andrés, la iba a guardar mal, porque no era suya. Amparo, a la que nadie preguntó, dijo que una carta es del destinatario, y que el destinatario era aquel señor de la gorra, y que lo demás eran detalles de intendencia. La metieron en la caja de puros, con los cuadernos. Andrés prometió leérsela a su padre los jueves, cuando la pidiera. Si la pedía.

—¿Y usted? —le preguntó Daniel a Amparo, cuando se quedaron un momento solos junto a la barandilla—. Un año buscando a un desconocido. ¿Por qué?

Amparo se encogió de hombros. Llevaba la mano en el bolsillo del abrigo y Daniel vio que apretaba algo.

—Deformación profesional —dijo—. Y porque cuando la leí pensé que si esa mujer había tardado diecinueve años en escribir lo que escribió, y la carta cuarenta en salir del cajón, lo menos que podía hacer yo era tardar uno en llevarla.

—Gracias.

—No me las dé. Me ha venido bien a mí. —Sacó la mano del bolsillo con la carta de Barcelona, el sello torcido—. Yo también tenía una pendiente. Con mi hermana. La eché al buzón un mes y pico después de encontrar esta. Me contestó.

—¿Y qué le dijo?

Amparo se lo pensó, como si fuera a resumir dos folios por las dos caras y no le salieran las cuentas.

—Que ella también —dijo.

Las cuatro

Antes de irse, Daniel se sentó otra vez al lado de Julián. Andrés se había apartado para hablar con Begoña por teléfono —«sí, bien, raro, luego te cuento, no, no ha llorado nadie, bueno, un poco»— y el anciano se había quedado mirando el mar con la gorra echada hacia atrás y el reloj de bolsillo en la mano.

—Mi madre le mandaba audios a usted también —dijo Daniel—. Bueno, no a usted. A mí. Pero hablaba de usted. Todos los jueves.

—¿Y qué decía?

Daniel tuvo la tentación de ponerle el audio. Sacó el móvil, buscó el chat, puso el dedo sobre el triángulo. No lo pulsó. Pensó que la voz de su madre diciendo «su Menchu» en aquel banco, delante de aquel hombre, era una cosa que no le correspondía decidir a él, y que a lo mejor ella no la habría querido así. Guardó el móvil.

—Que se lo pasaba bien —dijo—. Que usted le contaba cosas.

—Yo le contaba cosas a la señora del banco —dijo Julián, muy despacio— y ella hacía como que no se las sabía.

Lo dijo sin tristeza, como se cuenta el truco de un juego de cartas. Luego se quedó callado, y Daniel no supo si el anciano seguía allí, en la conversación, o se había ido a otro año. Esperó.

—Tú eres el niño —dijo Julián al cabo de un rato, mirándolo de lado.

—Sí.

—Tenías el reloj al revés. Te lo puso tu madre con la esfera para dentro, porque decía que así no se rayaba. —Julián chasqueó la lengua—. Eso es una tontería, pero yo no se lo dije. A Menchu no había que corregirla delante de la gente.

Daniel se rio. No recordaba haber llevado nunca el reloj al revés y, sin embargo, de pronto lo recordó: el cristal frío en la cara interior de la muñeca, el gesto de girar el brazo para ver la hora como hacían los pilotos en las películas, la sensación de llevar un secreto.

—Ella no me dijo nunca que se llamaba Menchu —dijo.

—Ni a mí que la Carmen era ella —dijo Julián—. Y aquí estamos.

Las cinco menos diez

Bajó la Cuesta del Olivar andando, aunque Andrés se ofreció a llevarlo a la estación en coche y Amparo le dijo que conocía un atajo por unas escaleras que no salían en los mapas. Quería bajarla andando. Llevaba el reloj de esfera azul en la muñeca izquierda, con la correa en el último agujero, que aun así le apretaba, y con la esfera hacia dentro. Hacía tic contra el pulso, un tic más rápido que el suyo, como si tuviera prisa.

En el número catorce se paró y levantó la vista hacia el cuarto piso. En la ventana del 4.º B había otras cortinas, unas de color mostaza que su madre habría odiado, y una bicicleta infantil en el balcón. En el tercero, Paqui estaba asomada con un paño de cocina en la mano, como si hubiera estado esperándolo toda la tarde y quisiera disimular.

—¿Qué? —le gritó desde arriba.

—Ya está —le dijo él—. Se la hemos dado.

Paqui asintió, se secó las manos en el paño aunque no las tenía mojadas y se quedó un momento mirando la cuesta hacia el mirador, hacia arriba, hacia donde no se veía nada desde allí.

—Pues ea —dijo, y metió la cabeza.

Daniel siguió bajando. A mitad de la cuesta, en el escalón ancho de la esquina con la calle de la Higuera, se sentó. No porque no le sostuvieran las piernas. Se sentó porque le pareció que había que sentarse allí, en un escalón cualquiera de aquella calle, al menos una vez.

Sacó el móvil. Abrió el chat de Alba. El último mensaje era de su hija, de hacía nueve días: «ok». Antes de ese, uno suyo, largo, sobre el horario del puente de diciembre. Antes de ese, otro de ella: un vídeo de un perro que se caía de un sofá, sin texto, enviado a las dos de la madrugada, que él había visto a las siete y media de la mañana en el metro y al que no había contestado porque no sabía qué se contesta a un perro que se cae de un sofá.

Pulsó el micrófono. Lo mantuvo pulsado. Se oyó a sí mismo respirar.

Soltó el botón sin decir nada y el audio se borró solo, porque había durado menos de un segundo.

Volvió a pulsarlo.

—Alba, soy papá —dijo—. No es nada, solo...

Se calló. Abajo, al final de la cuesta, una mujer tendía sábanas en una azotea y el viento se las hinchaba. Un gato atravesó la calle sin mirar. En la muñeca, contra el pulso, el reloj seguía andando, pequeño, rápido, terco.

—No es nada —repitió—. Solo quería contarte una cosa de tu abuela. Bueno, de muchas cosas. Es largo. A lo mejor no te lo cuento por aquí. A lo mejor te lo cuento cuando vuelva, si quieres, si te viene bien. Te invito a cenar. A donde tú digas, aunque sea el sitio ese de las hamburguesas que tienen nombres de grupos de música. —Se rio un poco, sin querer, y dejó la risa dentro del audio—. Y el perro del sofá era muy bueno. No te lo dije. Era buenísimo. Me reí en el metro y una señora me miró mal.

Se quedó un momento callado, con el dedo apretando todavía. Pensó en todo lo que se podía decir y en lo poco que cabía en un mensaje de voz. Pensó en el pescado, en el tiempo, en la Paqui.

—Te quiero, hija —dijo—. Eso es todo. Ya te lo contaré.

Soltó el botón. El audio salió con su pequeño sonido de burbuja. Se quedó mirando la pantalla: el micrófono gris, el reloj de envío, la doble marca.

No esperó a que se volviera azul.

Se levantó del escalón y siguió bajando la cuesta, hacia el centro, hacia la estación, hacia el resto de la tarde. Detrás de él, en lo alto, en el mirador de Santa Inés, bajo el olivo, había un banco de madera con unas letras grabadas, y un hombre que esperaba a alguien, y un hijo que esperaba con él.

Y tú, ¿qué te quedó por decir?

Escribe aquí la cosa que nunca dijiste. Solo una. Luego decide si esta página es su destino o solo su borrador.

EPÍLOGO



El jueves siguiente

El jueves siguiente, Rocío subió anís.

Lo compró el miércoles en el supermercado de la plaza, un botellín de los que se venden junto a la caja, y lo llevó toda la mañana en el bolsillo del forro polar mientras desbrozaba los parterres del colegio y vaciaba papeleras en la avenida. A las cinco menos cuarto ya estaba en el mirador, rastrillando un albero que no lo necesitaba.

Andrés llegó con su padre a las cinco y diez. El anciano llevaba la gorra, la chaqueta de pana y, en el bolsillo de la chaqueta, por primera vez, nada. Andrés le contó a Rocío en voz baja que el reloj de bolsillo se lo había dejado en casa porque esa mañana lo había desmontado entero encima de la mesa de la cocina y todavía no había terminado de montarlo. Que estaban todas las piezas. Que lo terminaría el sábado. Que a lo mejor.

Se sentaron. Rocío sirvió el café del termo en dos vasitos de plástico y echó en uno una gota de anís, con el cuidado con que se echa un medicamento.

—Con una gota basta —dijo Julián, antes de que ella dijera nada.

—Ya lo sé —dijo Rocío.

A las cinco y media subió Paqui, despacio, agarrada a la barandilla, con un táper de croquetas envuelto en un paño de cocina. Dijo que pasaba por allí, lo cual era mentira, porque al mirador no se pasa: se sube. Se sentó en la punta del banco y le preguntó a Julián si se acordaba de ella, y él dijo que claro, que era la que vivía debajo, y Paqui se rio tanto que se le cayó el paño.

A las seis llegó un mensaje al teléfono de Andrés. Era una foto, desde Madrid: un reloj pequeño de esfera azul en una muñeca de hombre, con la esfera hacia dentro, y al lado, encima de una mesa de cafetería, un vaso de refresco con una pajita de colores y una mano de chica con las uñas pintadas

de verde que hacía el gesto de la victoria. Debajo, una sola línea: «Va bien. Gracias».

Andrés se la enseñó a su padre. Julián miró la foto mucho rato, acercándola y alejándola como se mira una pieza diminuta.

—Lo lleva al revés —dijo—. Como se lo ponía su madre.

Luego le devolvió el teléfono, se bebió el café de un trago y se quedó mirando el mar.

El sol se puso a la derecha, como siempre. Los gorriones se metieron en el olivo. Abajo, alguien encendió las luces del puerto. Nadie dijo nada importante en toda la tarde.

CARTA AL LECTOR



Querido lector, querida lectora:

Si has llegado hasta aquí, has pasado un buen rato en Las Cañadas. Has subido la Cuesta del Olivar unas cuantas veces, te has sentado en el banco del olivo y has conocido a gente que no existe pero que, probablemente, se parece mucho a alguien que conoces.

No te voy a decir qué tienes que hacer ahora. Ya lo sabes. Lo sabías antes de empezar, y por eso, quizá, elegiste este libro.

Solo quiero dejarte una idea que recorre todas estas historias. Las palabras importantes casi nunca suenan importantes. Nadie dice «te quiero» como en las películas. Se dice «que no se le pare», «te he dejado croquetas en el horno», «llámame cuando llegues», «ya te lo contaré». Se dice llevando un reloj a revisar todos los años o subiendo una cuesta un jueves con un termo de café. Casi todo lo que de verdad nos decimos va escondido dentro de otra cosa.

Por eso no hace falta encontrar la frase perfecta. No existe. Lo que existe es el momento, y los momentos se acaban.

Así que, si te parece, cierra el libro con calma. Déjalo en la mesilla o préstaselo a alguien. Y luego coge el teléfono, o baja la escalera, o escribe una carta con sello, o siéntate al lado de esa persona sin mirar la pantalla.

Gracias por leer.

Gustavo Molina Zafra

AGRADECIMIENTOS



A quienes alguna vez guardaron silencio cuando querían decir algo importante.

A quienes encontraron el valor de hablar, incluso cuando las palabras llegaron con dificultad.

Y a quienes siguen teniendo una conversación pendiente.

Gracias por abrir este libro y dedicar un poco de vuestro tiempo a estas historias.

Ojalá alguna de ellas os acompañe más allá de sus páginas.

Gustavo Molina Zafra

SOBRE EL AUTOR



Gustavo Molina Zafra es autor de *Las cosas que nunca dijimos*, una colección de relatos sobre los vínculos familiares, la memoria, las despedidas y las palabras que a veces dejamos para después.

Esta obra invita a detenerse en las pequeñas historias cotidianas y a recordar la importancia de expresar lo que sentimos mientras todavía estamos a tiempo.

Hay palabras que merecen ser pronunciadas a tiempo.

Un hombre descubre veintitrés audios de su madre que nunca llegó a escuchar. Una familia sigue comiendo los domingos a las dos alrededor de una silla vacía. Una cartera jubilada encuentra en un mueble viejo una carta escrita hace cuarenta años y decide entregarla. Dos personas mayores coinciden cada jueves en un banco, bajo un olivo, frente a la bahía.

Doce historias independientes que pasan por la misma cuesta de un barrio de Málaga y, sin que sus protagonistas lo sepan, terminan tocándose. Historias de padres e hijos, de hermanos, de abuelas, de amores tardíos y de perdones que llegan o no llegan. Con humor, con ternura y sin trampas.

Las cosas que nunca dijimos es un libro sobre lo que callamos por miedo, por orgullo o por cariño, y sobre lo que todavía estamos a tiempo de decir.

Al cerrarlo, querrás llamar a alguien.



Gustavo Molina Zafra

EL BOQUERÓN BOOKS

Descarga gratuita · elboqueronbooks.com

Powered by Limonada Web